

Ateneoa

— Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes — —

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

SUMARIO

008(83)105

Luis Alberto Sánchez.	<i>Indagación de Waldo Frank.</i>
María Baeza.	<i>Tres poemas.</i>
Ricardo A. Latcham.	<i>Interpretación de Maquiavelo. I.</i>
González Vera.	<i>Otras estampas.</i>
Januario Espinosa.	<i>La inutilidad de la actual Academia Española.</i>
E. Solar Correa.	<i>Un gran poeta en prosa: Alonso de Ovalle. I.</i>
F. Ortúzar Vial.	<i>Los jesuitas y el «niño bien».</i>

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

G. Lozinski.	<i>El archivo parisiense de I. S. Turguenco.</i>
Ricardo Donoso.	<i>Un historiador anónimo.</i>
José Vasconcelos.	<i>En la isla del Farallón.</i>
Milton Rossel.	<i>En torno al criollismo.</i>
Francisco García Calderón.	<i>Ortega y Gasset en la Argentina.</i>
Manuel Rojas.	<i>Divagaciones alrededor de la poesía. II.</i>
Marta Vergara.	<i>Por las grises ciudades del norte de Bélgica.</i>
Alfa.	<i>Crónica de espectáculos.</i>

NOTAS Y DOCUMENTOS — LOS LIBROS

LAS REVISTAS — DISPARATORIO

ENCUESTA ACERCA DE LA INDEPENDENCIA
ECONÓMICA DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA

INDICE DEL TOMO XIII

CONCURSO PARA LA LETRA DE UN HIMNO DE LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

La Universidad de Concepción, en su anhelo de propender a una más íntima vinculación de los Estudiantes con la Casa Universitaria y de fortalecer en ellos la conciencia de la labor espiritual que realizan los establecimientos de educación superior, ha tomado, entre otros acuerdos tendientes al fin indicado, el de tener un Himno propio que refleje aquellas aspiraciones, y al efecto llama a concurso a los poetas nacionales y extranjeros para premiar la letra de dicho Himno de la Institución.

El premio será de dos mil pesos (\$ 2.000.00).

Para apreciar los trabajos que se presenten, el Directorio de la Universidad nombró un Jurado compuesto por el Presidente, don Enrique Molina, el Vice-Presidente, don Julio Parada Benavente, el Director don Abraham Melo, el profesor de Castellano del Liceo, don Guillermo Benbow, y un estudiante designado por la Federación.

Los interesados deben enviar seis copias de sus trabajos al Secretario General de la Universidad de Concepción, bajo pseudónimo, en sobre cerrado, y en sobre aparte otra copia firmada con el pseudónimo y el nombre verdadero del autor.

El certamen se cerrará el 1.º de Septiembre del presente año.

ATENEAS

SUPLEMENTO ILUSTRADO

ADMINISTRACION

— BANDERA 131 - OF. 22
CASILLA 4138-TELEF. 65547

Santiago, Julio de 1930

ALBERTO RIED

008(83)(09)



Pocos espíritus de nuestro ambiente intelectual, tienen una prolificromía ideológica tan rica como la de ALBERTO RIED. **HIRUNDO**, su magnífico libro de cuentos, recientemente aparecido, da la medida de esa facultad exquisita en su autor. (Retrato de Sauré).

LEY 4055

El Seguro más barato contra
Accidentes del Trabajo se contrata
en el

DEPARTAMENTO DE SEGUROS,
Sección Accidentes del Trabajo

de la

Caja Nacional de Ahorros

DEVUELVE PARTE DE LA PRIMA A LOS ASEGURADOS CUYAS
POLIZAS NO HUBIEREN SIGNIFICADO PERDIDAS :::::

Solicítenos sin compromiso informaciones
y cotización de prima por un seguro
sobre el personal de obreros y empleados

OFICINA:

Calle MONEDA N.º 1390, Casilla 247, Teléfono 86638

SANTIAGO



Agencias en la

CAJA NACIONAL DE AHORROS DE CADA LOCALIDAD

USE

AFILAXINA SANITAS

Para protegerse contra las

**URTICARIAS ALIMENTICIAS Y
OTRA CLASE DE MOLESTIAS
===== INTESTINALES =====**

(Mariscos, Carne, Huevos, Leche, etc.)

DOSIS Y MODO DE USARLA: 1 a 2 grageas dos veces al día antes de las comidas

INSTITUTO M. T. SANITAS

AGUSTINAS 1955

SANTIAGO

Libros Recibidos por los Últimos Correos.

Richard Peters.-LA ESTRUCTURA
DE LA HISTORIA UNIVERSAL EN
JUAN BAUTISTA VICO. . \$ 12.—

Max Sheller.-EL RESENTIMIENTO
EN LA MORAL..... 9.—

Max Sheller.-EL PUESTO DEL HOMBRE EN EL COSMOS \$ 7.50

Ernst Kretschmer.-LA HISTERIA.... \$ 7.50

Hermann Siebeck.- ARISTOTELES.. \$ 7.50

Samuel Saenger.-STUART MILL.... \$ 9.—

Harold Lamb.-GENGHIS KHAN EMPERADOR DE TODOS LOS HOMBRES \$ 12.

Emil Ludwig.-EL HIJO DEL HOMBRE, Vida de Jesús..... \$ 10.50

Pablo Krische.-EL ENIGMA DEL MARIARCADO..... \$ 15.—

Hegel.-LECCIONES SOBRE LA FILOSOFIA DE LA HISTO-
RIA UNIVERSAL 2 tms..... \$ 39.—

Koffka.-BASES DE LA EVOLUCION PSIQUICA. Introducción
a la Psicología infantil..... \$ 16.50

Conde de Kaeyserling.— LA
FILOSOFIA DEL SENTIDO
El Conocimiento creador \$ 22.50

Waldo Frank.--PRIMER
MENSAJE A LA AME-
RICA HISPANA \$ 15.—

Nuestro surtido se compone de una cuidada selección de buenos libros.

ATENDEMOS PEDIDOS DE PROVINCIAS

461, DELICIAS 463

LIBRERIA "CULTURA"
CASILLA 6048

Teléfono 81291

Previsión en los Accidentes del Trabajo

Las altas chimeneas de las fábricas se yerguen poderosas en el espacio y son las atalayas en esta lucha cruenta por la vida de los hombres modernos.

Bajo las techumbres orinecidas por la acción del trabajo, hormiguean los obreros, afanados en la elaboración de los mil productos que la humanidad requiere para su existencia dinámica y atormentada.

Los capitales háñese ido acumulando en todas las naciones del mundo y parecen ambicionar cada día mayores esfuerzos en un afán de expandir las comodidades y las necesidades apaciguando los horrores de la miseria.

La industria actual se empecina en suprimir la mano de obra, es decir, el trabajo manual, abreviando de esta manera el crecimiento de los jornales, hipertrofiados por las necesidades del vivir.

Crea cada día nuevas y nuevas maquinarias llenas de sabiduría y es un problema palpitante aquél de las lesiones corporales que tales monstruos mecánicos acarrearán en los ejércitos de paz que las manejan.

Hombres previsores, grandes estadistas concibieron en tiempos pasados en los grandes centros fabriles de Europa o de Estados Unidos las primeras y humanitarias organizaciones de protección. Quisieron ser la Cruz Roja de estos batallones resignados, en la recia batalla por el pan.

Y crearon, además de las defensas materiales en las máquinas mismas, las primeras reglamentaciones protectoras que vendrían a suprimir la obra de los inevitables accidentes del trabajo.

En Sud-América cupo a la República Argentina la honra de dictar, hace ya más de seis lustros, las primeras leyes sociales de prevención contra tales accidentes. Dichas reglamentaciones fueron aplicadas originariamente en la práctica, por compañías particulares de seguros o por asociaciones de patronos humanitarios, que vieron en la cooperación, la resolución de un problema que iba tomando día por día caracteres de un verdadero mal social,

Pronto se establecieron las primeras disposiciones de carácter legal, regulándose las indemnizaciones y la atención médica requerida en cada caso, como también las pensiones a que tuvieran derecho los deudos de los obreros caídos en la brega del cotidiano trabajo.

En nuestro país, tal situación de falta de defensa del obrero, prolongóse hasta que también la iniciativa privada, hace unos veinte años, copiando las reglamentaciones argentinas, implantó un comercio de seguros contra accidentes a cuya protección, remunerativa para los aseguradores, se cobijaron gustosos todos aquellos patronos humanitarios que presintieron el nacimiento de leyes y de obligatoriedad en las responsabilidades.

Algunas compañías de seguros desempeñaron desde entonces el rol de verdaderas sociedades de beneficencia pública, cuyos beneficios llegaron a constituir un bien social.

Años más tarde, el espíritu democrático y previsor de los gobernantes, dictó las primeras leyes y fué el 1.º de Julio de 1916 cuando el Ejecutivo sancionó la Ley N.º 3170 que estableció en forma clara y perentoria, tanto las responsabilidades legales, cuanto las sanciones para aquellos patronos imprevisores o despiadados.

Posteriormente, en 1925, la Ley N.º 4055 vino a llenar todas las deficiencias y a ser aplicada profusamente en todos los ámbitos de la República.

Algún tiempo después, una de las instituciones más generosas y solventes, comprensiva de que no se debía lucrar con el dolor ajeno, impulsada por hombres de valía y gran preparación, abrió sus puertas hospitalarias en defensa del obrero, estableciendo clínicas y sucursales en todos los pueblos y faenas existentes en Chile.

Cupo este alto honor a la Sección Accidentes del Trabajo de la Caja Nacional de Ahorros, cuyos jefes no omitieron esfuerzos en favor del desarrollo de esta tentativa que en la hora presente se ve coronada por el éxito más franco.

Sin derribar las horradas y bellas actividades de sus congéneres, las compañías particulares de seguros contra accidentes, la Caja Nacional de Ahorros, ha venido a llenar una necesidad social.

Bajo el amparo de sus representantes y de un servicio médico que nada tiene que envidiar a los mejor organizados del mundo, prosigue en su marcha de progreso y se convierte en un organismo filantrópico, cuyos servicios amparan al desvalido que halla en ella la protección y el amparo, entendido de acuerdo con las modernas ideas de un verdadero bienestar social.

¡Señor!

Ud. necesita estar absolutamente reconcentrado en sus ideas para escribir una buena obra o un buen soneto. Esto, si escribe en una máquina deficiente, no lo conseguira jamás.

Evítese estas molestias escribiendo en la mejor Máquina de Escribir Portátil que es la

“UNDERWOOD”



Pida una demostración práctica sin compromiso alguno para Ud. a la

CASA DAVIS Y CIA.

BANDERA N.º 169.

SANTIAGO

La primera impresión asegura el suceso.

SU CORRECCION EN EL VESTIR ES UN PRIMER PASO DECISIVO EN EL EXITO DE LOS NEGOCIOS.

SATISFACER ESTE AFAN ES UN VERDADERO PRINCIPIO EN LA VIDA MODERNA.

Nuestra casa ha resuelto este problema, tanto desde el punto de vista de la insuperable calidad de los artículos empleados, como en cuanto se refiere a la elegancia y modernidad en el CORTE DE SUS TRAJES.

SASTRERIA

CARDONE H^{NOS.} L^{TDA.}

SANTIAGO

DELICIAS 983-987, casi esquina de Ahumada, Teléfono 62928

Sobretodos **TRINACRIA**

Sociedad Chilena de Publicaciones

BANDERA 131

OF. 22-CASILLA 4138-TELÉF. 65547

SEÑOR:

¿Le interesa a Ud. el mercado peruano?

¿Desea Ud. colocar sus productos o ampliar sus negocios en el Perú, cooperando en forma práctica a la celebración del Tratado Comercial actualmente en estudio?

“EL TIEMPO” de Lima le ofrece a Ud. las columnas de un Número Extraordinario dedicado a Chile. Aparecerá el 18 de Septiembre próximo.

Nuestros agentes presentarán a Ud. tarifas de avisos, monografías e informaciones.

DIRIJASE A LA

SOCIEDAD CHILENA DE PUBLICACIONES

BANDERA 131, Teléf. 65547. Oficina 22, Casilla 4138.—SANTIAGO

Siga Ud. el ejemplo de las principales firmas Chilenas que nos han favorecido con sus órdenes, contribuyendo en forma efectiva a la ampliación de sus actividades y al éxito del Tratado Comercial actualmente en negociación.

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
BELLAS ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VII — Santiago, Julio de 1930 — Núm. 65

Luis Alberto Sánchez,

INDAGACION DE WALDO FRANK

¿ME perdonó Waldo Frank que, rompiendo la camaradería forjada durante su breve permanencia en Lima, le hablara como profesor de la Facultad de Letras el día de su recepción? No lo sé. Pero sí estoy seguro de que comprendió profundamente el valor de la ceremonia y apreció el gesto con que la Facultad lo invitó a su tribuna y le ofreció el doctorado *honoris causa*. Y sé además que supo aquilatar la manera cómo se juntaron aquella mañana la tradición severa y centenaria de la Universidad, y la esperanza—milenaria, porque arranca de los profetas—palpitante y juvenil de Waldo Frank.

Ensayo ahora una indagación, apartada de los textos, a través de su personalidad y el *sentido*, o sea el *ritmo*, de su obra entera.

1.—MENSAJE

Es en los profetas del Antiguo Testamento, es decir en los primeros mensajistas—muy diferente a mensajero—, en quienes hay que buscar el acento patético con que, en medio de su elegancia, habla del universo Waldo Frank. Del universo, y por gradación inversa, de América, de su país, de su generación, de su *yo*. El mensaje que trae es su propia experiencia. Pero esta experiencia se dilata como una vasta esperanza cósmica, de modo que el *yo* se funde con el *todo*, y América no es sino la palpitación íntima de cada hombre que se conoce y que siente plenamente su deber y su misión. De ahí que en su primera conferencia—*Mi mensaje al Perú*—Frank dijera, sencillamente, que en el título de la conferencia había un truco yanqui, puesto que su mensaje era él mismo, su persona, su experiencia.

La razón del truco nos lleva a considerar el *mensajismo* americano. Hemos padecido, sin duda, la enfermedad del mensaje. Todo aquel que se sintió llamado—auto-llamado muchas veces— a opinar sobre asuntos generales de América, apeló al mensaje en los últimos tiempos. Mensaje que resulta, casi siempre, pastoral eclesiástica o proclama militar, aunque lo pronuncien o redacten laicos y civiles. El mensaje es un reflejo del *affiche* comercial sobre las ideas. Trasunta la influencia de la publicidad yanqui en la mentalidad latina. Es la prueba más palmaria de la norteamericana, capitalista y arrolladora; palpable además en el modo de vestir, de considerar la vida, de comportarse en los negocios, de enamorar cinematográficamente, de dar la mano, y hasta de mascar *chewing gum*. El mensaje parece una audición de Mr. Ford o Mr. Edison. Y de ahí que haya sido ineficaz totalmente el mensajismo de Ugarte, de Palacios, del propio Vas-

concelos y me temo mucho que esté en camino de ocurrirle lo mismo a otros. Porque el mensaje, entendido como sermón, lejos de confortar, desorienta; y además echa a perder una dosis de energía considerable, que en vez de aplicarse a la discriminación serena de los problemas, o a la preparación metódica de la acción, se dilapida en palabras, y en palabras sonoras que son las más peligrosas y debilitantes.

Waldo Frank reacciona contra ese género de mensajes. El no tiene la culpa de que su genio, esencialmente crítico, sufra la presión inevitable de su raza, cuyo arranque se vislumbra en Isaías. Por eso su criticismo asume la nota patética de que he hablado. Este criticismo, humano y patético, es su mensaje. Un mensaje que comprueba bastante, exhorta poco, integra mucho y erige la crítica en sistema de construcción y armonía, en vez de método de disociación y pendencia. Cuando el mensaje es la propia experiencia sintetizada, armoniosa, profundamente esclarecida por el propio análisis, entonces el consejo y el ejemplo que de ello surjan tendrán que ser armoniosos, hondos, sintetizadores. Y toda síntesis supone la indagación y el hallazgo de un ritmo. El ritmo constituye, pues, otra de las notas características de Waldo Frank. Y su mensaje se resume en el hallazgo de sí mismo, tal como él un día, en Europa, lejos de su patria, vió con más lucidez que nunca la realidad americana.

2.—PATETISMO

Waldo Frank es más conocido por sus obras de interpretación que por sus novelas. Entre aquellas se ignora generalmente *Salvos*, reunión de admirables ensayos estéticos. Entre éstos los más conocidos son

Rahab y Holiday. El público—también el autor— se olvida de *The unwelcome man* (1917). Pero considera los relatos novelescos de *City Block*.

Frank sigue en sus novelas la norma puritana que encontramos en tantos autores yanquis, desde el relato apasionado de *The scarlet letter* de Hawthorne—que ya fué cinematografiada—hasta el acento ronco, ronco de tanto jadear y proferir imprecaciones, de Walt Whitman. Como compensación a la locura capitalista e industrial de aquel país, sus gentes pensantes—«videntes, vivientes y oyentes» dijo Waldo Frank de la minoría de público que le iba a escuchar en sus conferencias limeñas—tienen la obsesión de lo trascendente, quizá como previniendo un posible castigo contra el *mammonismo* del país. Longfellow no olvidó aconsejar sobre la vida; en Thoreau florece un género de literatura honda y casi mística, y en Emerson, tan dispar de Whitman—aunque íntimamente poseído de semejante palpitación—, y en Poe, como en Wilson, brota, como en Ford, la tendencia a generalizar, que es, cuando se queda en la superficie, el disfraz del que no puede calar hondo; y cuando llega a la esencia, un medio de filosofar y de trascender.

Las novelas de Waldo Frank—lo que más ama él en su obra—revelan un sentimiento patético, místico y trascendente de la vida y la literatura. En *Rahab* aparece, desde el título hebraico, la pecadora tan distinta a las pecadoras de la literatura francesa, con algo de *pathos* y de *fatum* sobrenatural, un dejo de Ashaverus a través del relato apasionado. En *Holiday*, tal vez una de las páginas más relevantes es la de la descripción del misticismo negro, cuando en la iglesia todos oran, todos claman su infinita angustia; o cuando los linchadores emprenden la persecución del pobre negro, a quien se acusa y en quien hay que ejercer no ya sanción sino venganza y odio.

Son novelas en que la frivolidad no surge nunca. En

que el amor de mujer asume una categoría de trascendentalismo, de sobrenaturalidad. En que el dolor del negro pasa de lo pintoresco a lo semi-divino, a fuerza de ser profundamente humano. Tal como en los relatos de *City Block*, se advierte la presión de la vida, como pese a las diferencias técnicas en el *Manhattan Transfer* de John dos Passos—cuya ascendencia es judía como la de Frank.

El problema de la literatura existe para Waldo Frank como una manifestación de la vida. Nada más lejos de él que el deportismo literario. De ahí su discrepancia con Ortega y Gasset por la desacreditada *deshumanización*; y su acuerdo con Unamuno, sobre todo, quien dice:

Nada hace más estragos en la verdadera y honda espiritualidad, en la religiosidad, que la consideración predominantemente estética. El esteticismo ha corrompido la fuente religiosa en los países que se llaman latinos.

La literatura readquiere así su categoría humana, no obstante el estilo netamente artístico, ritmo puro, de Waldo Frank. Pero es que para él quien puede aprehender la verdad en su pureza es sólo el artista; y el *ritmo* no es fruto de la habilidad profesional de un literato, sino producto de la organización rítmica del pensamiento y del sentimiento, antes de su expresión.

3.—INTÉRPRETE

La cuestión del *ritmo—integración y armonía—*y de la trascendencia, que se plasma a menudo en *símbolos*, da un acento especial a la interpretación frankiana. Los libros de interpretación son cuatro, pero de ellos sólo tres están traducidos al castellano: *Our America* (1919), *Virgin Spain* (1926) y *The Rediscovery of Ame-*

rica (1929). (Este último apareció en francés, incompleto, en la revista *Europe*.) Estos tres libros encierran una proeza rítmica. Waldo Frank tiene el sentido desconcertante del viajero experto. Del que no necesita *cicerone*. Eso que él realiza en la vida: lanzarse solo a las calles de la ciudad a que acaba de arribar, internarse por sus callejuelas menos conocidas, orientarse por sí mismo, otear e indagar todo, en silencio y en compañía sólo de sí mismo, se advierte en sus libros.

En *Our America* utiliza los más variados elementos para llegar a su síntesis. Los políticos, los danzarines, los hombres de negocios, los escritores, los *pioneers*, los *cow-boys*, los artistas, los templos, las plazas, el cinematógrafo, los deportes, los diarios, todo le sirve para forjar su sinfonía. Este vocablo complace especialmente a Frank. El mismo lo da a *Virgin Spain*. Violoncelista en su adolescencia, con un profundo sentido musical, es capaz de extraer de tan disímiles elementos una tonalidad. Su interpretación está sustentada, toda ella, en la necesidad de integrar, de totalizar, de percibir el ritmo. He aquí una cuestión que tiene, indudablemente, un sentido metafísico, místico, un sentido netamente judío.

4.—INTEGRACIÓN

De la danza española y de unos cuantos datos, aparentemente inconexos, la intuición de Waldo Frank extrae un sistema, una síntesis. De la vida norteamericana, una visión panorámica. Coloca en fila elementos diversos y hasta contradictorios. Un político del tipo Bryan, en quien se manifiesta ya el descontento; uno del tipo Wilson; un hombre como Debbs; el artista Stieglitz; la danzarina Isadora Duncan; el escritor Mencken; el astro Chaplin; el dramaturgo O'Neill;

el poeta Mosses, la *flapper*, el *jazz*, la vida de Hollywood, el tráfago de Chicago, la vida absorbente de New York, la figura de Dreisser, el contrabandista Al Capone, el presidente Hoover; y de todo esto, como quien crea un mundo, exprime su idea central, la síntesis, la totalización, porque ha sabido hallar el ritmo único que rige tales fenómenos y personajes, en apariencia—sólo en apariencia—discordantes.

En España realiza una acción semejante. Observa a las danzarinas del norte africano; a la mujer andaluza—tan admirable como su pintura de la *flapper* neoyorquina—, a un polemista como Unamuno, a un poeta a lo Valle Inclán, a Belmonte, a Juan Ramón Jiménez, al Cid, al Quijote, al baturro, al castellano, la llanura misma de Castilla, el tipo de Isabel la Católica, la añoranza de Colón, y de tan abigarrado conjunto surge la magnífica sinfonía de *España virgen*, en la que se puede seguir, sin dificultad, el ritmo central, la idea guiadora, la armonía del pensamiento totalizador.

De Sud-América—confiesa Waldo Frank—tratará de hacer una síntesis, porque cree percibir remotamente el ritmo de toda esta vida nuestra. Pero no se atreve ni siquiera a bosquejar un capítulo, porque todavía le falta la idea base, la armonía, el panorama, el ritmo en suma. Y mientras no existe ese ritmo, nada tan difícil como bosquejar una obra, dislocada, inconexa, o con una conexión meramente intelectual. Waldo Frank necesita el ritmo, pero no el ritmo imaginado o pensado, sino el *ritmo sentido*. Tiene que sentir su obra, antes de planearla; percibir la armonía íntima del conjunto, llegar por un esfuerzo de intuición a la esencia misma de sus libros. Y entonces—sólo entonces—interviene la inteligencia, para disciplinar y ordenar el motivo central de la sinfonía.

Nada más admirable que su interpretación, a través del *jazz*, de la vida norteamericana. El *jazz*, como

expresión de rebeldía y de protesta—saxofón y *banjo*—, expresa claramente el sentimiento de las minorías de Norteamérica y la oscura ansiedad de las mayorías maquinizadas, cuya subconsciencia experimenta el trágico anhelo de emanciparse de la industrialización y el imperialismo injustos, absorbentes, peligrosos y anti-humanos.

El judío habla en él con fuerza incontrastable. Busca al mundo en el hombre. Su nuevo mundo, el que él anuncia, no es sino el esclarecimiento, el auto-conocimiento del hombre mismo. Su judío no es el que reza en la sinagoga, ni el que tiene determinados rasgos fisiológicos y abuelos sefaradíes; ni el que desea ir, en peregrinación angustiada, ante el Muro de las Lamentaciones a derramar, si es necesario su sangre, para abonar la renovación del ideal hebraico. El judío de Frank es el de *ideas judías*. La idea es lo que centraliza, porque la idea es una forma del espíritu. La raza es una mentira, si no existe la *raza de las ideas*. En el judío se sigue la huella de toda la minoría. Todo hombre minoritario, todo insatisfecho, tiene un parentesco con el judío. Aquella vieja estirpe de Israel resucita tan solamente en el que se identifica con la idea judía, es decir con la actitud judía.

Para Frank no existe, en puridad de verdades, una obra judía, sino una obra de judíos, porque así actúan las individualidades, sintiéndose a sí mismas, y de ellas hay que esperar la realización del viejo ideal de su raza. En una de sus conferencias—la tercera—dijo algunas bellísimas palabras de agradecimiento a su público. Y una vez más surgió, en ese minuto fugaz, el afán de síntesis.

Los que están acá—dijo poco más o menos—son una minoría, pero este teatro medio desierto es un símbolo de la humanidad, en la que sólo hay una escasa minoría de videntes, oyentes y vivientes.

En la trayectoria hacia estas síntesis, la intuición desempeña su misión incomparable. De ahí el rápido dominio de los caracteres que tiene Waldo Frank, y la manera veloz y certera con que llega al fondo de los hombres.

5.—EL PROBLEMA

Frank sostiene—¡y cómo no lo va a sostener, si ello está bulliendo!—que existe en Norte y Sud-América un problema palpitante. Problema que exige una solución urgente. Solución en que se hallan empeñadas las últimas generaciones del continente, desde hace algunos lustros. Generaciones que comprenden la dura obligación de vivir y vivir actuando. Pero para resolver este problema de América existe una primera etapa: conocer el problema implica un análisis profundo. Mas el análisis no se lleva a cabo con sólo querer. No todos pueden analizar. El análisis imperativamente pide *objetividad* en el que trata de llevarlo a cabo. Y la objetividad entraña una función *crítica* de primer orden.

Sin embargo, Waldo Frank llega a sus síntesis por la intuición que otorga al artista el primer rango entre todos los que se afanan en la indagación de la verdad. Sólo el artista es capaz de aprehenderla, nadie más que él. Arte y verdad se juntan en la intuición, y ésta se resuelve en pura *subjetividad*. Este es precisamente el punto en que Waldo Frank difiere de nuestros pensadores americanos, tan dados a la polémica y tan convencidos de que la seriedad y la sequía son los ingredientes primarios de un apostolado. Olvidan que todo apóstol y todo profeta encierran un alma profundamente artística y que, en la fundación de todo orden, la humanidad exige un sentido de belleza, un ritmo

sutil, sobre el que se erigen todos los credos. Por ese camino de la intuición, de la subjetividad y el arte, por un lado; del análisis, de la crítica y la objetividad, por el otro lado, Frank llega a esbozar su pensamiento. Cuando algunos han creído ver en él y su obra el deseo de unificar las dos Américas, él siempre ha respondido:

No; pido armonía, integración, cooperación entre las dos Américas, pero una identificación sería suicida; es preciso que cada América conserve sus rasgos característicos.

No hay que olvidar que en una página de *Virgin Spain* escribe textualmente:

El internacionalismo judaico fué un sutil veneno.

Nada hay más unitario que la individualidad humana; y sólo por el camino de ésta se llega a la unidad del mundo.

6.—ROMANTICISMO Y DISCIPLINA

Busca Waldo Frank, en medio de la fatiga de un ambiente industrial y materialista, fuentes vivas, renuevos para su anhelo totalista y humano. De ahí que escriba sobre California, que se deleite con el aspecto originariamente campestre de la personalidad de Bryan y que viaje por países aun primitivos y puros, como España, como América del Sur, como África. Mas de ahí no se debe deducir que se trata de un roussoniano perfecto. De Rousseau sólo admira el impulso para devolver su personalidad libre y pura al hombre.

Con él coincide sólo en lo que al *Emilio* se refiere, pero en ello tiene distinciones fundamentales: el niño—lo primitivo—no es para Frank la felicidad absoluta a la que se superpuso, malográndola, la civilización. El

niño—ha dicho—es lujurioso, salvaje, cruel, egoísta, y en realidad está muy lejos del ángel con el que se le compara. Acaso se acerca más al demonio. Desde luego, la cultura, el roce con los demás hombres y sobre todo el propio conocimiento, es lo que eleva al niño hasta la categoría de humano, es decir, de divino. Y en este punto se distancia, decididamente, de Rousseau.

Pero hay algo más. Frank viene a predicar disciplina, *método*. Toda la ansiedad que él ha comprobado en su país es la búsqueda del método. El *jazz* se queja y se rebela, porque no existe aún disciplina para la obra renovadora. Sufre y tropieza Chaplin, como una personificación de la marcha en procura del método. En los escépticos como Mencken, y en los críticos románticos como el formidable cuentista Sherwood Anderson, se encuentran los mismos síntomas: insatisfacción pero también desamparo, porque les falta disciplina. Toda la labor crítica del último decenio no significa sino la ansiosa marcha en busca del método. El *método*—objetividad, organización, totalización de energías, integración de elementos dispares—constituye el gran problema previo. En América se comprueban la rebeldía, la protesta, la insatisfacción, el enorme anhelo de reforma; pero faltan en Norte y Sur la disciplina, el método. De ahí que Waldo Frank al definir su mensaje diga que lo trae en sí mismo, es decir, en su experiencia europea, porque Europa le enseñó la dolorosa lección del método, y también la de su exhaustez.

Europa—dirá en algún párrafo de *El redescubrimiento*—es un cadáver.

Sólo que cadáver, como observa Frank, no significa cuerpo muerto, puesto que contiene multitud de seres en embrión. A tales seres los ata ese cuerpo inerte ya, y en apariencia sin vida, así como la disciplina y el mé-

todo unifican las voluntades más antagónicas. . . . No se encuentra en el desorbitado Rousseau lección semejante, ni consejo tan persistente en defensa del método.

7.—UBICACIÓN

Se puede ahora ensayar la ubicación de Waldo Frank. Su último libro, en que colecciona las conferencias de su gira indo-americana—*Mi primer mensaje a la América hispana*—nos lo presenta en la madurez de su ideario frente a los problemas de nuestra América, o, quizá, mejor, de las «dos» Américas, que él anhela ver unidas. Artista y crítico, creador y disciplinador, Waldo Frank tiene del artista la preciosa necesidad de hallar la verdad; del crítico, la facilidad para penetrar en su tecnología. Su educación y su raza nos lo definen con bastante claridad. Tiene del judío la gran esperanza mesiánica y el sentimiento místico, cósmico, fácil para sentirse *uno* con el universo, individualizando el mundo, o, mejor aún, universalizando el *yo*. Su educación le dió la claridad, el ritmo latino para expresarse y pensar. Y del puritano norte-americano conserva—y en dosis crecida—dos características acentuadas: la honestidad espiritual y la tenacidad para la lucha, propia del *pioneer*. Luchador o *pioneer* que, en ningún caso, significa un *struggler-for-life*, porque todo hombre de esta especie—piensa Frank—amputó su personalidad y oculta un egoísmo espantoso.

En las literaturas americanas, especialmente las del sur, no se encuentra par a Waldo Frank. Hay pensadores tal vez más grandes, apóstoles más decididos, pero no mantenedores de sistemas. Nuestros apóstoles personalizaron siempre. Su inquietud tendió a la cosa pública, mas siempre a través de la alusión personalista o de grupo. Sarmiento, a través de Rosas; Mon-

talvo, a través de García Moreno; Martí, a través de España; González Prada, a través del clero, fueron grandes odiadores. Actuaron en virtud de reactivos poderosos, directos e infalibles. En Rodó empezamos a encontrar el pensador de tipo desinteresado y abstracto. También al artista, como se ve en Prada y Montalvo, no así en Sarmiento. Pero Rodó era un profesor, le faltaba andarínaje, y andarínaje significa vida. Hablaba para una Academia; sus ejemplos surgían de libros filosóficos; su guía fué un profesor de escepticismo, Renan, y otro de paradójico fervor por la vida, Guyau. En Waldo Frank existe el contacto inmediato y directo con la existencia. La fe que lucha. El método erigido en ideal, porque de nada valdrán impulsos poderosos, si no se tiene disciplina, si no se encuentra, al cabo, el método.

Hay una frase amarga y terrible de *Nuestra América*:

Durante los cien años de su existencia material—escribe Frank—, América ha obtenido éxito. Ese éxito implicaba la represión de la vida, ya hemos visto hasta qué punto. El hombre que soñaba, amaba o creaba, en vez de enriquecerse era un paria y un hazme-reír. La vida se refugió—con su misterio y su pasión infinita—en los dominios del fracaso. La vida sobrevivió en el fracaso. En el fracaso la encontraron los nuevos profetas. Los artistas más eminentes de ahora—prosistas, poetas o pintores—exaltan la santidad del fracaso.

Pero el fracaso—que ha sido el llamado *éxito* de Norte América—se impone. Debe tener presente el hombre nuevo que «en un mundo agonizante, *creación quiere decir revolución*». Y que el artista no debe concretarse a reflejar y expresar, sino que debe *transformar*. Todo creador debe ser un transformador, es decir, un *revolucionario*. Porque el fracaso erigido en norma conduce indefectiblemente a ese camino, al contrario del éxito, que significa entronizamiento del egoísmo. Waldo Frank, campeón del fracaso, contra el éxito de su país,

revolucionaria al crear y realiza su función de artista, esforzándose por transformar. No es raro que en Estados Unidos sea minoría la gente que se agrupa en torno de él. Ni que le plazca tanto, cuando llega a una nueva ciudad, andar libre y solo, sobre todo solo, por las calles, procurando captar el ritmo esquivo.

Así aparece Frank, entre la inmensa masa de los Estados Unidos, en la misma actitud con que llega a las ciudades desconocidas: *libre y solo*. El nos habla de una Norte-América libre y sola, es decir, minoritaria. Los hombres representativos no le sirven sino para comprobar el estado de insatisfacción, protesta y rebeldía. Hay un dato singular: a Waldo Frank no van a escucharle—en Lima, al menos—en sus conferencias, sus compatriotas de nación. No se ven rostros yanquis en la sala. Van sus compatriotas de ideas, compatriotas en esa gran vastedad que él propugna, de la raza de las ideas. Hasta en el Islam ha visto ya el espectáculo de una gran idea en marcha. Una idea que requiere cohesión. Otra vez surge la obsesión de integrar y totalizar, que ya en *Salvos* (1924), le arranca esta frase:

The chief business of the American literary artist and critic of those days was therefore the launching of a call of rally.

Y estas otras, que explican su concepto trascendente del arte y la crítica, elevadas a categoría mucho más alta y humana:

We know that even as art is far more than expression, criticism is more than smiles and grimace and frowns.

En Estados Unidos, como en el resto del mundo americano, un pensamiento de semejante calidad es un pensamiento rebelde, libre y minoritario. Frank busca, más allá de la máquina, del «caos» que es la

civilización, la actitud y el sentido humanos. Siempre que le preguntan por su profesión, contesta: «hombre»; y muestra su tarjeta de afiliado a la organización de *Workers* de su país. Por haberlo entendido así, lejos de los aspectos oficiales y materialistas de su patria, las juventudes hispano-americanas lo han acogido con alborozo, y en España se le admira tanto o más que en Francia. Nada hiera tanto a Waldo Frank como que se le suponga propagandista de los Estados Unidos actuales, puesto que él prepugna su renovación, otros Estados Unidos que ahora están en embrión, que desaparecen para los ojos del mundo, bajo el cemento, las ferrovías, el petróleo, el carbón, los dólares, la ley Lynch y los buques de los Estados Unidos oficiales.

8.—COMUNIÓN

Nos deja Waldo Frank, en sus libros y sus conferencias—ahora reunidas en *Mi primer mensaje a la América Hispana*—, una huella más honda de lo que parece. Este «artista»—como lo han calificado insistentemente algunos que tienen del artista el concepto de un esteta puro—posee derrotero y meta. No debe olvidarse que el artista tiene la misión de *transformar*; no reflejar ni expresar; que la creación es siempre una *revolución*; que el arte, por consiguiente, va mucho más allá que un juego estético; y en fin que, como dice Unamuno, si el puro esteticismo es lo más antagónico a la religiosidad, en Frank, cuyo tono profundamente religioso no puede negar nadie que lo haya leído y escuchado, sería absurdo pretender encontrar ese «arte puro» en el sentido de belleza pura, que acostumbran algunos atribuirle.

En Waldo Frank surge la obra de creación, es decir, de revolución. Su revolución es más ambiciosa que to-

das las otras, porque aspira a insurreccionar los espíritus. Todas las formas de rebeldía conocidas le parecen tramos de la que él sueña y anhela. Su nuevo mundo no es el continente desunido que descubrió Colón, sino el nuevo hombre, del que son heraldos las minorías insatisfechas e idealistas del mundo entero. Minorías de Hispano-América, de España, de Estados Unidos, de los judíos, del teatro semi-desierto en que decía su última conferencia; minorías, expresión de gente inconforme y en actitud de rebeldía, porque aspiran a *crear*.

En Waldo Frank esta obra común, que es de todos, encuentra su expresión más clara. El deja su ejemplo, su consejo, su observación tan aguda, que ya no se pueden contemplar las realidades por él descritas, sin recordar su punto de vista. Y es por eso que el nuevo hombre, es decir, el nuevo mundo americano, crece, tendiendo a integrarse con los del Norte minoritarios, insatisfechos, y ya empezamos a extender cartas de ciudadanía fraterna a Sherwood Anderson, a Eugene O'Neill, a Waldo Frank y a Charlie Chaplin. También nos deja otra enseñanza: que el pensamiento, la meditación ahincada sobre la vida, no requiere los velos de un lenguaje esotérico mal llamado filosófico; y que la filosofía—de la cual se siente tan lejos—no es la técnica de un lenguaje, sino la preocupación profunda por toda la vida humana. A propósito bueno es recordar cómo en la *Sociología* de Simmel tiéndese también a integrar aspectos aparentemente fútiles con sucesos y corrientes graves.

En su afán de síntesis, después de su lúcido esclarecimiento crítico, realiza una labor enorme. Con su alto ejemplo de desdén a los halagos vanidosos, se diferencia de todos los conferencistas que han venido para dar conferencias, y no con sus conferencias, como Waldo Frank. Y por su insistente evasión del medio «caótico»

de su patria—Chaplin de la idea en un Hollywood de petróleo y carbón—lo reconocemos nuestro, de nuestra raza, de esta raza que él mismo definió tan bien, la raza de las ideas, la raza del descontento, de la inconformidad, de la insatisfacción; pero también de la esperanza.

María Baeza.

TRES POEMAS

I

*T*umba la mañana de costado
a la cruz del sur tras de mi casa
y levanta su diamante puro sobre la tierra
aun azul.

El viento desenreda los árboles con sus dedos frescos.

*Con la mejilla sobre la almohada te veo dormir;
en tu pecho que sube y baja va mi corazón
con remo seguro por la viva corriente.
No soy ya la virgen; soy tu esposa y el sol
rompe su pecho de oro en nuestro cuarto. Reímos.
Es el día.*

*Mi casa está tendida al sol este verano;
dulce la faena, la hago en un canto.
Mis manos preparan para ti y sabias
y ágiles van y vienen.
Por las anchas ventanas entra la luz
cantando con el viento.
Nuestro almuerzo alegre
es un montón de hortalizas, de frutas y de besos.*

*Asomó el mediodía su rostro ardiente
dentro del patio.
En el triángulo de sombra del muro de ladrillos
se arrullan dos palomas.
Su arrullo es profundo de amor y de verano.
Cae un chorro de agua y los gorriones
picotean, saltan y gritan.*

*Sola, mis párpados sienten la frescura
de la tarde blanca.
Una estrella, dos, tres, mi corazón sale a esperarte
y asomado a la esquina no te ve venir.
Mis manos se detienen mientras mi cabeza escucha.
Cuatro, cinco, seis estrellas, me dice
el vidrio de mi ventana. ¿Y él?*

*El viene caminando hacia mi casa.
Dulce calor de mis labios.*

*Hundo mi cabeza en tu pecho
y me empino para alcanzar tu boca.
La tarde te me devuelve y somos
un solo corazón que entra a soñar
en el oscuro pensamiento de la noche.*

II

*Soñé mi vida, pero esta niña no la soñé.
Soñé con el cardo ardiente de tu amor.
Tu pecho ancho gritaba
a mi pequeño corazón
a través del ambiente delgado de las tardes,
a través del ambiente cobalto de las noches.*

*Mi cuerpo crecía y se formaba
para el hueco de tu corazón.
Mis venas esperaban tu latido.
Pero el pasto humilde de mi vida
no alcanzaba a soñarte, hija mía.
Y hoy te tengo aquí,
apegada a la fuente de mi pecho;
tu manita me palpa
y es más ponderada que la dulzura
de una flor sobre mi seno.
La bellotita fina de tu cabeza morena*

*se revuelve en mi pecho
y se lleva mi vida glotonamente.
Y yo me embriago dentro de mí,
me embriago y me pongo a cantar a mi niña.*

*Y tú nos miras, nos miras
y nos cubres con la mirada tierna
de tus ojos oscuros
que nos sonríen hermosamente.*

III

*La voz de la sirena surge
como un gran arrullo
del corazón de paloma
de la mañana.*

*Mojadas aun de noche
tiemblan entre la niebla
las velas blancas
de las montañas*

*Echa atrás mi corazón
su capucha de sueños
y surge tu cara morena
y el rostro de flor de mi niña.*

*Ambas se asoman
a mi conciencia que parpadea.
Es un foco que enciende y apaga
tu sonrisa de hombre y su sonrisa de flor.*

*Tiemblan mis manos tendidas
sobre el abismo del mundo.
El caracol de mi alma
se cierra y ensordece.*

*Blanco y azul el abismo
del mundo está hostil.
Encienden cerca de mi pupila
tu astro ardiente y su estrella pura.*

*Y mi cuerpo da un salto ágil
y se echa a andar por el mundo
que está nuevo esta mañana.*

Ricardo A. Latcham.

INTERPRETACION DE MAQUIA- VELO

EL HOMBRE. LA OBRA

LA ruptura de la disciplina medioeval, compuesta de una subordinación estrecha del hombre a la Iglesia, por obra de intermediarios espirituales: gremios, cofradías, asociaciones religiosas y otros factores de trabazón, eleva al individuo en una posición nueva, revolucionaria y nutrida de realidades disonantes para ese universo que se desmorona. En un siglo fecundo en hechos de guerra, en cambios políticos, en celadas y traiciones; en un instante precioso de la historia, que sazona una cultura irradiente; en una ciudad que abruma los odios y dividen las facciones, aparece un hombre que cabalgará para siempre en alas de lo célebre; un hombre oblicuo y sencillo; un ser de pasta nueva, cuyo extracto nadie conoció y muy pocos entendieron; un hombre, que sin la fuerza de Napoleón, ni la olímpica serenidad de Goethe,

ni el ensueño ardiente de Rousseau, ni las realizaciones continentales de Bolívar, es quizá superior a todos ellos por la vastedad de su entendimiento, por el cambio constante a que lo somete el tiempo, por la prolifera resurrección que en dos o tres instantes tiene, por las súbitas muertes que aplastan su memoria, por el seguro despertar de su significado. Hombre es éste que aun no todos conocen, que muy pocos definen, que sustenta diversas plumas, que contradice por medio de una constancia toscana a los teorizantes de la política y a los brazos ejecutores de las más divergentes doctrinas. ¡Maquiavelo ha muerto! fué el grito de guerra de los jesuitas; ¡Maquiavelo ha resucitado! es lo que parecen significar hombres tan contrarios como Primo de Rivera, Cambó y Mussolini (1). Un día vi en el despacho del célebre político catalanista el rostro enigmático, suavemente mefistofélico y macerado con vigiliass de estudioso y mundano frenético, del secretario florentino. Poco después leía un prólogo del Duce a las páginas vitales del autor de *La mandrágora*. Maquiavelo vive en la entraña del Renacimiento y anima las páginas polémicas de muchos eclesiásticos que lo impugnan. Los jesuitas lo contradicen, y ese hombre desapoderado y propicio a todas las turbiedades del espíritu, a las traiciones más exquisitas de los ambientes cortesanos y a los desbordes más socráticos del sexo, que se llamó Federico el Grande, firma un libro donde impugna al autor de *El príncipe*.

Fuerza es confesar que estamos en presencia de uno de los caracteres más selectos y discutibles de la Historia. Discutible y ¿qué importa? Su bandera se dobla finamente a todos los vientos y lo mismo tremola en brazos de los tiranos que gira radiosa de luces inflamadas por obra del músculo potente de las democracias.

(1) Mussolini ha dicho en un prólogo a Maquiavelo: *Io affermo che la dottrina di Machiavelli è viva oggi piú di quattro secoli fa, poichè se gli aspetti esteriori della nostra vita sono grandemente cangiati, non si sono verificate profonde variazioni nello spirito degli individui e dei popoli...*

Maquiavelo provoca lo que Dubreton llama el «maquiavelismo perpetuo» y mi objeto al reiterar un tema, propicio a mentes más escogidas, no es otro que derramar un poco de la sugestión última que ha vertido su nombre tan pronto vilipendiado como dominante en las cimas de lo célebre. El destino de los hombres superiores es el que asigna la suerte a tan oscuro cuanto vividor y agudo secretario. Desde su nicho burocrático pasea un ojo rápido y avizor por el panorama de su época. Europa se entregaba, después de una prolongada vigilia meditativa, sólo poblada de astros de esperanza y de voces dolientes de milenarismo, a su nuevo despertar. El Renacimiento quiebra un módulo vital y desmorona las pacientes construcciones trabajadas por la Escolástica. Maquiavelo resulta respecto a Santo Tomás, su ilustre compatriota, como el Anticristo con relación al Salvador cristiano.

La vida en todas sus formas recibe una adoración frenética y la política se inunda de teóricos que buscan en la Romanidad, en las literaturas gentílicas, orientaciones poderosas en que hoy vemos bullir los gérmenes de los actuales imperialismos. La Reforma Religiosa da un golpe mortal a una Roma que se pudre entre los escombros de su pasada austeridad. Mucho ha girado el globo desde que Pedro y Pablo fundamentan la cátedra ecuménica de la Iglesia con el signo cálido de su misma sangre. Los Borgias, elevados a lo máximo con Alejandro VI, deshacen entre orgías y carnavales placenteros todo el efecto de una política teocrática que sueña con la estabilidad moral del mundo. La iglesia había recogido y renovado la cultura antigua, después de salvar—como anota Van Loon en su *Historia de la Humanidad*—los restos de toda civilización, palpitante aún con incierta vida, entre las patas de los caballos que conducen a los guerreros bárbaros. Santo Tomás edificó la ciudad política del medioevo y en su fecundo seno se nutre hasta hoy una actitud entera

ante la vida. Aristóteles se renueva presentándose despojado del severo manto clásico y vistiendo el sayal de un monje.

Todos los méritos de la organización medioeval quedan, sin embargo, atemperados cuando notamos su ineficacia realista. Maquiavelo debía cimentar su cátedra para que naciera el equilibrio. Por desgracia, muchos intérpretes han confundido su vigilancia con el frío cinismo de los oportunistas. Más tarde, la Contra Reforma debe erguir de nuevo el sentido católico en presencia de este cesarista ardoroso, de un convencido de la eficacia de la «verità effettuale», o sea, de toda la política moderna. Los jesuitas, empero, no conocieron a fondo sus ideas y malogran las refutaciones dándole a su doctrina una torcida interpretación. Faltaba además la unidad moral de Roma; la Reforma y la aparición de un mundo nuevo, que con el tiempo dominaría el dinero y sus derivaciones actuales: el Capitalismo y el Maquinismo daban un golpe mortal al arquetipo cristiano de la vida regulada por frenos de carácter ético. El mundo antiguo nacía en el burgo, en la cofradía, en la ciudad con fueros, en el monasterio, rodeado de campos de labranza y cotos para inquilinos piadosos. Guerras y empresas militares en que domina un carácter mercantil, que ya corrompe a las últimas cruzadas, revelan que Roma ha visto arrebatado su sitio en el escenario del mundo.

Maquiavelo es la consecuencia de este cambio. Resume, apretadamente, todo lo novísimo y coge, en brazadas felices, los mejores restos de la antigüedad, de ese mundo clásico que no estaba aún bien muerto y por cuyos restos materiales pasea quizá muchas veces sus ojos finos, cuyo mirar sugiere una madura experiencia en los retratos que conservan su estampa.

Maquiavelo es un hombre político; más aún un perfecto animal político. Carácter abierto a todas las ambiciones y a los apetitos más frenéticos de la vida, es

un hijo del Renacimiento. Pero de la antigüedad, ya sea cristiana como de la otra gentil con sus políticos certeros y sus generales espléndidos, recoge un carácter probo que no lo traiciona en supremos instantes de su destino. Meterse en sus escritos y obras; escarmenar en sus biógrafos e intérpretes, desde Villari, De Sanctis y Tomassini, hasta los modernos Ettore Janni, Giuseppe Prezzolini, Orestes Ferrara y Dubreton; compulsar textos y sentirlos ante la divina serenidad de Florencia, ha sido nuestra acción durante horas y horas de estancia en Europa. Esta interpretación modesta es sólo fruto de un buen deseo, al resumir, con un poco de claridad, lo mucho que se ha polemizado en su torno.

Cuéntase que un monje que refutó copiosamente a los Reformadores, pidió como merced última de sus superiores, al finalizar sus días, que lo dejaran leer, por una vez siquiera, los escritos de aquellos hombres a quienes tanto combatía. Idéntica cosa puede afirmarse de muchos escritores que han pasado la vista y no el espíritu sobre este hombre equívoco y cambiante, como los móviles espejismos del trópico. Su vecindad halaga, su prosa estimula, su centelleo de imágenes y giros encanta; pero su espíritu audaz y poderoso se fuga de entre las manos y nos revela sorpresivas y voltarias actitudes. Parece aun desconcertarnos esa sonrisa, punteada de sazonado escepticismo; esa cara ambigua, con algo de fauno, con algo de asceta; esa movilidad de su carácter que lo fuga siempre de una definitiva captación; y ese eco pesado que sobre su reputación se dilata por muchos siglos. Maquiavelo muere; Maquiavelo resucita y en cada una de estas muertes y en cada una de estas resurrecciones súbitas lo vemos más henchido de vitalismo, de energía y de sabor. Quieran los hados que en estas páginas no esté deformado su rostro como un cadáver.

EL HOMBRE

Juzgar a Maquiavelo con el criterio estrecho de una moral primaria resultaría un error craso. Su carácter complicado y su mezcla curiosa de vividor y hombre abnegado, de padre amoroso y marido inconstante, pero con un fondo tierno, revelan sólo facetas de la compleja alma renacentista. La correspondencia publicada por Papini en 1915 y la reciente interpretación de sus cartas íntimas hecha por Orestes Ferrara, entregan mucho de su misterio y elevan parte de ese velo odioso que cubre, por siglos, su reputación.

Imaginemos por un instante a esa vieja ciudad, con piedras maduras de lumbre y bellas *loggias* que cobijan refinados arcanos de vida, en cuyo corazón ve la luz Nicolás Maquiavelo el 3 de Mayo de 1469.

Non si sa nulla della sua giovinezza—dice Ettore Janni.

Su hogar revelaba un buen pasar sin opulencia. Su familia pertenece a la burguesía florentina que proporcionó a la República funcionarios probos, sacerdotes rutineros y militares imbuidos de ideas audaces. Díjose por algunos apologistas que Maquiavelo tuvo antepasados nobles y marqueses de blasones auténticos. Poco importa eso para añadir lustre a quien pertenece a la flor de la humanidad renacentista y ennoblece a cualquier linaje con su ingenio penetrante y su afinada sensibilidad política y literaria. Como otros grandes hombres—según apunta Prezzolini—nace con los ojos abiertos. Desde niño parece distinguirse por una sagacidad selecta, por una lumbre especial para escarmenar los actos humanos y los sucesos de esa extraña y potente vida que estallaba en Occidente. Las costumbres eran licenciosas y el placer, en sus más se-

ductoras formas, halagaba a estos ciudadanos que miraban el hundimiento de una moral. Savonarola elevaba sus frases de fuego en el escenario florentino y ninguno de sus flameantes acentos consigue apagar el fervor hacia los deleites que precipitaba a una sociedad hacia hogueras de disolución. Desde la Cátedra de San Pedro, otrora ennoblecida por Papas austerísimos, surgían ecos de simonía, de molicie, de avidez odiosa. Más tarde, junto con dejar la vida Alejandro VI, se precipitan sus íntimos y servidores sobre sus arcas secretas para despojarlo de los centenares de miles de ducados que apañó su codicia.

Maquiavelo se desenvuelve en este mundo como el pez en el agua (1). Amador de las partidas de placer, burlador punzante de los vicios burgueses, catador de los vinos burbujeadores y de las mórbidas cortesanas, se revela hasta los treinta años, que lo meten de lleno en la burocracia. Esta edad, que conoció la integridad doctrinaria de Cristo y participa del primer sabor pleno de la existencia, no falla en su sino. Los conocimientos de hombres y cosas, de política y religión, que vemos en sus escritos, deben no poco a tal iniciación en la vida de las oficinas. Mientras agoniza el poder teocrático de Savonarola, se inicia su práctica de los negocios de Estado. Asiste como meritorio a las oficinas del Municipio de Florencia. Alejandro VI toma partido por los *Arrabiati* que traban mortal contienda con los *Piagnoni*. Una hoguera martiriza al anguloso monje y poco después de su muerte Maquiavelo se incorpora como Canciller a la segunda Cancillería de la ciudad. La derrota de Savonarola es otra pedrada que marca

(1) Ferrara dice sobre la vida familiar de Maquiavelo: «La Marietta que fué esposa excelente y buena madre, aparece muy pocas veces en el ambiente de su marido: una sola carta suya se encuentra en toda la correspondencia particular; en alguna otra de un hijo se hallan referencias de ella: a veces Buonaccorsi habla a Maquiavelo de su esposa; pero en la vida pública de éste su existencia fué insignificante. Maquiavelo la amó con amor tierno y compasivo, sin refrenar por ello las antiguas costumbres: por el contrario, aumentó con los años las correrías extra-matrimoniales.

el rostro de la tradición cristiana. Triunfaba el apetito vital, el sentimiento pagano, la fecundidad placentera del Renacimiento (1). La virtud en el sentido medioeval fué reemplazada por una nueva interpretación pragmatista. Hombre virtuoso equivale ahora a ser eficaz, a político certero, a dominar las ideas generales. En este confuso despertar de la mente moderna vemos centellas de lo que más tarde harán tremolar en sus estandartes hombres diversos como Cavour y Disraeli, como Guillermo II y Roosevelt, como Clemenceau y Mussolini.

El catolicismo sometía a una revisión positiva los designios del Estado y colocaba por encima de todo un concepto apretado de la solidaridad ecuménica. Si, en verdad, hombres políticos del medioevo como Carlo Magno y Jaime el Conquistador sirvieron fines de unidad racial y de conquista material y colonizadora, fué en virtud de un idealismo determinado. Un historiador catalán dice que este monarca llevó los pies fir-

La casa no fué ciertamente el centro de la actividad de Nicolás. Durante, os años que desempeñó el cargo público estuvo en continuas misiones. Luego uando éstas terminaron, prefirió la taberna y la plaza pública, centros de actividad mayor para un hombre que no fuera un contemplativo. Además, la casa entonces no podía llamar amorosamente a los hombres superiores. Pequeña y sucia habitualmente, su construcción era baja; y los cuartos, normalmente, eran tres. En uno de ellos había un gran hogar y era dedicado a la cocina, donde transcurría la vida diaria. Las inmundicias hallaban su depósito debajo de la cama matrimonial; los animales domésticos, hasta los menos deseables, entraban por todas partes; la limpieza se hacía los sábados, únicamente. De todas las piezas, casi un oasis en medio del desierto sólo *la loggia*, la famosa *loggia* florentina tenía atracción. Abierta sobre la calle, llena de sol, ofrecía en los meses tibios un agradable refugio, pero solamente en algunos meses y no muchos, porque en invierno debía estar cerrada, y en verano era habitual en los florentinos de cualquier condición salir al campo, porque los que no podían alquilar una casa tomaban un cuarto o a veces una cama dentro de un cuarto alquilado, en comunidad con otros. (Especie quizá de *garçonnière* renacentista.)

Todas las ostentaciones del lujo se hacían en público, pues en el hogar la frugalidad era excesiva. Las comidas cortas y hechas rápidamente. Fray Gerolamo Savonarola calificó esta existencia: «Vuestra vida se pasa enteramente en la cama, en los paseos, en las orgías, en el desenfreno. Vuestra vida es una vida de puercos.»—Orestes Ferrara, *Maquiavelo*, págs. 71-72.

(1) Villari dice (Tomo I, pág. 216:) «La razón que quiere explicarlo todo se halla, en ocasiones, en frente de su propia impotencia.»

memente adheridos a la tierra, pero la cabeza perdida entre nubes.

Maquiavelo saltó su mirada por encima del escenario medioeval y posó su fértil inteligencia en el ideal de la Romanidad, en ese miraje seductor que todavía tiene la virtud de emborrachar con ardoroso vino a los imperialistas como Mussolini y a los factores de la violencia como Charles Maurras, doctrinero de las dictaduras de hoy.

Maquiavelo pasa noches y noches, alumbrado por débil lámpara de aceite, leyendo los viejos infolios que entregan el secreto de los Césares y la sugestión áurea de sus legiones. Nunca lo abandona tal sueño de poder, este firme criterio histórico que provoca su mejor obra: *Discursos sobre las décadas de Tito Livio*.

Cuando se interpreta a Maquiavelo todavía existen gentes que conservan el prejuicio que vertieron en su contra los jesuitas y los protestantes, ya sea el Padre Rivadeneyra, como Gentillet o el Cardenal Pole. Si Maquiavelo es hijo de su tiempo no es porque su época fuera substancialmente mala sino porque había muerto ya una manera de apreciar los sucesos políticos. Como dice Ferrara:

Mas él no constituyó una excepción pensando así; es, en cambio, la genuina expresión de su época. Se ha dicho y repetido durante más de un siglo para justificarlo, que fué el hombre de su tiempo. El error de esta afirmación estriba en que no se quiso expresar lo que efectivamente dice la frase, examinada literalmente, sino otra cosa, a saber: que sus principios fueron perversos, porque los tiempos fueron de maldad e infamia. No. Fué el hombre de su período histórico, porque éste fué realista y práctico; porque la concepción de la vida y el misticismo medioeval habían ya evolucionado hacia un realismo vigoroso y potente. Fué el hombre de su tiempo, por ser producto directo del Renacimiento en la parte que esta palabra es sinónima de verdad. Renacimiento y Maquiavelo son dos nombres que no pueden comprenderse si no se relacionan (1).

(1) Orestes Ferrara, *Maquiavelo*. Pág. 205.

La moral de esta época es compleja y resulta un poco precario nuestro modo de ver actual para juzgarla. Justifica bastante a esos hombres el hecho de que los apetitos duramente refrenados antes se avalanzaban a participar en un banquete de los sentidos que alejó la austera moral medioeval. En estos trances, por obra de su ahondamiento en las miserias del poder, en el medio de la calle y en las tabernas, jugando a los dados, precursores de nuestros vulgares «cachos» o cubiletes, el empleado de la Señoría perfiló sus magistrales lineamientos interpretativos. El amor golpeó muchas veces en su puerta y la inconstancia conyugal no le impide ser un buen marido, que allega los escasos ducados de precarios estipendios al sustento de su cónyuge. Véase esta carta suya al caro amigo Vettori:

Estando en la villa me he encontrado con una criatura tan delicada y noble por naturaleza y que no podría alabarla ni amarla bastante que no lo mereciera todavía más. Como vos a mí, voy a deciros los comienzos de este amor, con qué redes me tiene preso, dónde las tendió y de qué calidad fueron, y veréis que fueron redes de oro tendidas entre flores y tejidas por Venus, tan hermosas y suaves que si bien un corazón villano hubiera podido romperlas yo, al menos, no quise hacerlo, por lo cual con el tiempo me han ido estrechando tanto que los hilos se han hecho firmes, fortaleciéndose de un modo indisoluble.

El vitalismo extraño de Maquiavelo empapa sus actos, sus cartas y sus acciones. En su torno extendíase el eco de su ingenio; muchos sufrían el aguijón certero de su gracejo; otros se dolían molestos de sus eficacias; pero nada parecía indicar que en tal cerebro anidaba el genio. Hombres de semejante estirpe, por raros designios, sirven a los poderosos, llevan el prestigio propio al haber de las repúblicas, y sólo un abandono odioso y una incomprensión bárbara es el pago de su obra. ¿Soñaría este ardiente y luminoso intelectual en la resonancia póstuma de sus escritos? ¿Pensaría, quizá, en

medio del dulce ensueño de esos vinos áureos, bebidos junto a tibios cuerpos de cortesanas, en que giraba un nuevo concepto de la política por sus páginas preñadas de un vigoroso estilo toscano en que más tarde aprendería Papini sus vocablos de fuego?

Ardor temperado hay en Maquiavelo. Paradoja es ésta que vale la pena explicar. Se mezcla en el hombre un frío raciocinio político, una fidelidad poderosa a su patria con un instinto implacable de la nacionalidad italiana. En cambio, en sus actuaciones siempre queda un hueco para la incursión por lo vedado, para la libación en mesones y tabernas, que le entregan el nervio poderoso del léxico popular. En este rodar por su tierra y por naciones vecinas, de las que dejó atinadas descripciones y curiosas imágenes, se va modelando su alma dúctil y ondulante.

Hombre de la plaza pública en todo lo noble que encierra tal concepto es Maquiavelo. El seductor refugio de los gabinetes de lectura, el amable encierro del estudioso, las vigiliadas de la meditación, mucho de grande ponen en su intelecto; pero el secreto de su fecundidad nunca se sorprenderá sin imaginarlo, trotinante y múltiple, camino de Venecia o de las cortes francesa y pontificia, mezclándose con arrieros y bufones, con juglares y curas campestres, con cortesanas y posaderas. Un soplo primitivo de pueblo y de instinto se derrama por todas sus páginas, que hoy todavía se leen con el fervor que inyectan las obras maestras, donde el espíritu se mezcla con el amor a la vida total (1).

(1) Prezzolini imagina un delicioso pasaporte de Maquiavelo, que dice: *Passaporto di Nicolò Machiavelli, figlio del fu Bernardo e di Bartolomea di Stefano Nelli; nato a Firenze il 3 maggio 1469; professione: segretario della Commissione dei Dieci di Guerra e di altre Commissioni della Repubblica Fiorentina (dal 19 giugno 1498 al 7 novembre 1512); statura: media; corporatura: esile; occhi: neri e vivaci; capelli: neri come corvo; testa: piccola; fronte: spaziosa; bocca: piccola, labbra sottili, sorriso naturalmente «machiavellico»; guance: prominenti come quelle del gatto, della faina, della scimmia e di altri animali astuti; segni caratteristici: peloso; stato civile: ammogliato con Marietta di Bartolomeo Corsini. Sigilli e timbri d'ufficio di confine e d'arrivo. Piombino, Forlì, Siena, Roma, Pisa, Arezzo, Mantova, Ferrara, Perugia, Assisi, Senigaglia,*

Sin ánimo de intentar biografía conviene percibir un matiz de la vida de Maquiavelo que lo obliga a dejar sus mejores páginas a la posteridad. El Renacimiento estimula una literatura venal y servil, que floreció en las cortes y dió punto a levantar muy arriba a mediocres tiranuelos y a señores con más bolsa que inteligencia. El drama de Maquiavelo es la pobreza. Queda cesante; las denuncias o los chismes que circulan en su torno; el contraste entre su brillo y la opacidad de otros burócratas, quizá promueven el *venticello* calumnioso que lo priva del pan. En el retiro labra páginas impecederas, donde su «prosa sobria y vigorosa», «toda relieve y precisión», al decir de Janni, envuelve una ideología que se nutre de experiencia, de viajes y de calidad humana.

Mientras ruega que se agiten influencias para reponerlo en su oficio de la Cancillería, en tanto que dirige vanamente súplicas desoladas a los amigos, su estilo, cálido y espeso como un óleo, se difunde en el *Discurso sobre la primera década de Tito Livio*, en *El príncipe* y en su *Discurso sobre el arte de la guerra*. El destino de los hombres superiores tiene extraños momentos en que lo aparentemente adverso se torna en un beneficio luminoso para la humanidad. Mientras los poderosos que usaron de su ingenio y que bebieron lo mejor de su ciencia política en notas, informes y oportunos consejos, vuelven la cara al secretario, éste en ratos robados a la incertidumbre, mientras escasea el pan y el horizonte se nubla de vacilaciones, dedícase a escribir. No escribe por dinero ni es el modelo del fecundo escritor renacentista, que mueve la pluma bajo el aliciente de la paga. El más agudo crítico de Maquiavelo, Ettore Janni, protesta de que se le llame *intelectual*, en una acepción corriente. Su grande pasión es la política

Regno di Francia, Confederazione degli Svizzeri, Impero germanico, Verona, Piacenza, Civitavecchia, etc.—Prezzolini. *Vita di Nicolò Machiavelli Fiorentino*, pág. 25 y 26. 1927. Milano.

y en todos sus escritos circula ese aliento vivificador. Con desinterés poderoso, con abnegación heroica se entrega a la meditación sabrosa, a la dolorosa tarea de concebir métodos de gobierno. Ahí se alimenta su drama, porque en el íntimo santuario de Maquiavelo siempre vigila encendida una lámpara de esperanza. Este hombre que, en diversos instantes de la existencia, revela un don de acción poderoso, no se resignaría sin padecer a tal ostracismo. Un no sé qué de trunco hay en su vida; la preciosa inteligencia, hecha de acción y de estudio, quedaba relegada a un modesto rincón de la vida. En un tiempo de tanto esplendor artístico no se encuentran huellas de su relación con los hombres que rinden culto a las Musas. En su correspondencia no hay vestigios de interés por las artes. Vive su existencia retirado del mundo y entregado a silenciosas orgías meditativas. En los intervalos vuelve su mirada de fauno a ese teatro de episodios variados que es Florencia y añora las frescas doncellas y las garrafas colmadas de buen vino. Era magro, pálido, moreno, con vivos ojos y labios estrechos, penetrantes y sutiles. Sus labios semejan un arco tenso que tiene lista una sutil flecha de ingenio. La palabra late en ellos para herir a fondo, para romper prejuicios o derrumbar la estupidez de los burgueses que no lo comprenden. Los rotarios de su época siempre lo hostilizan y los señores a que sirve le vuelven la espalda cuando su inteligencia ya fué aprovechada.

Maquiavelo no se doblegó a la religión de la hipocresía, que dominaba en los círculos cortesanos. Lo más noble de su carácter, que ensombrecen actuaciones secundarias, quizá empujadas por el hambre vecina, es tal pugnacidad y tal respeto de humanista por las ideas generales. Muchos años dominó la idea de que Maquiavelo fué un vil adulador y un rastrero intelectual. Desde entonces hasta nuestros días, en épocas más progresistas, vemos, por desgracia, que el progreso no

ha corregido tal aspecto de la vida literaria. Nuestro tiempo, tan favorable al prolífico desarrollo de la cultura, de la ciencia y de la mecánica, no ha servido para levantar el nivel de los hombres. Intelectual es sinónimo de hombre a sueldo, que escribe por paga. Maquiavelo trabajó por salario en sus escritos e informes en que sirve a su patria florentina; pero sus obras básicas son el resultado de un culto ferviente a la verdad, a esa *verità effettuale*, que es una renovación profunda de los conceptos políticos. Ojalá que muchos de los actuales detentadores de la palabra *maquiavelismo* tuvieran un culto tan puro a ciertos principios como lo hubo en el alma del escritor florentino. Hoy tenemos, en diversas naciones, libertad de volar, de morir, de procrear, de limitar la población; pero carecemos de la libertad más grata al espíritu: de la libertad integral, de ser hombres. Maquiavelo es un animal político que no cohibió su pensamiento ante los poderosos por más que dedicara *El príncipe* a esos Médicis tornadizos, en cuyos caracteres oscilan las fluctuaciones del alma renacentista como una veleta propicia a los vientos más contrarios (1).

En una carta a Guicciardini se desgarró algo del propósito de Maquiavelo en su pasión intelectual. Dice:

Lograr de manera que, diciendo la verdad, nadie pueda dolerse.

En sus pinceladas enérgicas sobre la antigüedad, hay tal vigor que sentimos un soplo de contemporaneidad leyendo sus glosas. Se ha dicho que en el comentario a Tito Livio parece hacer caminos, construir acueductos y tomar parte en los trabajos, con el martillo y otras herramientas, dando voces y gritos contra la indolencia de los hombres de entonces y de todo tiempo.

(1) La dedicatoria precisa es a «*la bontà de Giovanni, la sapienza de Cosimo la umanità de Piero e la magnificenza e prudenza di Lorenzo*».

Tal es Maquiavelo: un político que no se resigna a vivir oscuramente, a dormir en la quietud dorada de las burocracias. Desea, en todo instante, asumir su papel verdadero, al que tiene derecho por su talento poderoso y por su dúctil ingenio. Desgarró su mirada el secreto de la antigüedad y con ese rico licor se embriaga, soñando en tiempos mejores para la ruin Italia. Culpa a los Papas de las divisiones y banderías que destrozan la Península, y en tal actitud vemos hoy el germen de la futura unidad italiana. Otro acierto político es su concepción de la necesidad de que las naciones tuviesen ejércitos a firme y que no oscilasen sus cimientos a merced de la traición y de la inconstancia de las legiones mercenarias.

Puede soportar una falsa religión, pero lo intoxica la idea de que la defensa nacional esté entregada a tornadizas muchedumbres de oscuros soldados. En el caos italiano se yergue solitaria y potente su fina estampa. Es el navegante que busca un rumbo, es el instinto del nauta que desea hacer llegar a feliz puerto el navío que conduce a su nación. Es tanta su fertilidad de recursos que en unas instrucciones redactadas por su pluma aconseja a un orador de Florencia cerca de Carlos V, llamado Rafael Girolami, que tenga juego en su casa para arrancar así noticias útiles al Estado. En sus diversos escritos abunda esta oficiosidad burocrática, este deseo ardiente de recurrir a métodos originales en su busca de la verdad. Fué escéptico sobre la calidad de los hombres y hay en él una carencia formidable de sentido moral. Lo ofende, más que la violencia, la estupidez. Si el tirano ha de ser una fatalidad o un determinismo, prefiere que sea inteligente. Cuando Maquiavelo coquetea con el poder absoluto exige que esté en buenas manos. La fatalidad histórica hace girar las dictaduras en brazos débiles, en inconstancia de rumbos. Si ha de haber autoridad, menester es que la rodee el prestigio de la inteligencia.

Janni califica de *lealtad burocrática* su posición con respecto a la república de Florencia. En virtud de tal concepto se pueden explicar actuaciones distintas de este literato. No confundamos en el análisis de su vida aquella porción propia, sagrada, en que bulle su potente ingenio, con esos instantes en que obra movido por un celo de servidor público. Ningún Estado tiene derecho al pensamiento íntimo, a aquella porción selecta en que vela lo sagrado del ser, es decir, a lo mejor del hombre. Maquiavelo supo resguardar su experiencia, su tesoro privado, y nos dejó ese maravilloso tratado de *El príncipe*, donde si alguna vez extrajeron veneno poderoso los amantes de las tiranías y de los regímenes brutales, queda, en cambio, un riquísimo venero de sólida doctrina republicana y democrática, en el sentido puro que entrañan tales conceptos. Maquiavelo, que repudia tantos aspectos de la Edad Media y sonrío agudamente ante los desbordes teocráticos de Savonarola, hereda, sin embargo, lo más fino de esa época: el instinto civil del escritor. En la Edad Media todo intelectual poseía un carácter de funcionario, ya fuese civil o eclesiástico. Las crónicas, donde balbucea la historia y los tratados teológicos, especialmente los de *Justicia et Jure*, hervían de finalidades sociales. El Renacimiento corrompió dicha tradición y formó un tipo de intelectual parásito, adulón y áulico, que en los peores instantes de nuestro tiempo revive bajo el disfraz carnavalesco del periodista. Entonces se hacían gacetillas rimadas o en prosa que provocaban risas y obligaban a aflojar los cordones de la bolsa a los potentados. Lo que algunos admiradores exagerados del Renacimiento suelen estimar actitudes hermosas de mecenazgo intelectual no es, en ocasiones, sino una burda degeneración de la literatura. La Edad Media, en su agonía, levantó un tipo de escritor social que se corona magníficamente en un florentino como Maquiavelo. El Dante y su *Divina Comedia* formulan un

concepto altísimo de la vida intelectual. El propio cielo y el infierno sirven allí fines políticos y en los avernos se castiga a los pícaros, a los falsarios, a los traidores a los ideales republicanos. Maquiavelo es la antípoda del «padre de los literatos» cortesanos: el Aretino. La conciencia social domina su pluma y es su título más gallardo para la inmortalidad.

No obstante su amor a la autoridad bien manejada, que no está reñida con la responsabilidad de un gobierno popular, Maquiavelo se irrita con la vileza, más propicia a la adulación de los poderosos que al abierto examen de los regímenes libres. La política—para él—es un arte que excluye la vileza. Es un maestro de energía moral, de rumbos decisivos. ¡Con qué calor y entereza cívicas domina el panorama de la Italia renacentista e indica las agudas lacerias que agobian a Italia y las causas de su malestar moral. Italia es peor que España y peor que Francia. No es que el italiano sea peor como hombre, sino que la hipocresía y la debilidad abruman de divisiones estériles y de facciones a esa tierra. ¡Con qué calidez Maquiavelo evoca todo esto y pone su ojo clínico en las causas! Energía orientadora, visión certera de político y una nerviosa y gallarda prosa animan los escritos de Maquiavelo en que indica tales defectos de su nación.

Nos hemos extendido demasiado sobre el hombre y tan sólo estamos en la caricatura de su carácter. El retrato quedará incompleto, deforme por la carencia de precisión, por lo incoloro de estas páginas. Baste decir que en el hombre Maquiavelo siempre hubo un ciudadano, en el noble sentido de tal palabra. Su debilidad humana lo tuerce por senderos rientes de cortesanas, lo aleja de su esposa Marietta y de sus hijos, pero lo devuelve al hogar, pulido de experiencia, rico de humanidad y homogéneo en sus convicciones morales. Todo el Renacimiento se mete en su complejo; pero dista bastante de la vileza que algunos le atribu-

yen. Víctima de la pobreza, amorador del vino y de las mujeres, su existencia queda trunca y no llega a ocupar el sitio que le corresponde en el escenario de su época. El tiempo, la posteridad vindicadora, en premio de esta constancia a los ideales cívicos, lo elevan a los altares radiosos de la fama. Desde allí nos contempla su sonrisa perenne, su imagen cálida de sugestión, su simpatía sabrosa. Lo adivinamos cuando queda en *panne*, sin dinero, sirviendo misiones del Estado; o en otros casos, revelándose, apicarado y sabroso por cartas, donde con larguedad renacentista habla de *Garzoni e Femmine* y exalta lo epicúreo del vivir. Hombre de su tiempo; hombre de siempre; tan sólo hombre. Queda ahora, para la segunda parte, la tarea de levantar otro poco de su secreto. Destruída la máscara y visto el rostro auténtico suyo, digamos algunas palabras acerca de su obra.

(*Concluirá.*)

González Vera.

OTRAS ESTAMPAS

ESE día hubo sólo un amago de crepúsculo. El desteñado arrebol se apagó. Masas de nubes cenicientas encapotaron el cielo y fueron desplazándose contra la tierra. Primero en tardíos y ralos goterones; luego en hilillos continuos; después en lluvia decidida y empapadora.

El invierno es el rostro común de la tristeza.

Las calles se encharcan y las aceras se untan de espeso lodo.

La calle Rivera era casi exactamente el camino del infierno; pero de un infierno populachero y alegre. Desde su arranque estaba formada por dos filas de puertecillas y ventanucos. Las casas eran de adobes y los techos de teja y la calle, más que una vía, era un conjunto de baches.

Precipitábanse contra las retinas del viandante mujeres esféricas, vecinos bigotudos, chiquillos con movilidad de quirquinchos, quiltros aulladores, curas apresurados, ventas de fritangas, tabernas con gramófonos, holgazanes junto a los faroles, borrachines y rateros sobresaltados.

Desde los umbrales espectaba un vecindario abigarrado.

Lejos, casi en las Hornillas, sonaban con son liviano las campanas del ángelus.

Irrumpió en un ¡ay! quebrado y angustioso una mujer. Corrieron los ociosos imantados por el grito. Unos acudían en camisa, otros con manchadas cotonas o grasientos delantales: eran taberneros, cortadores de carne y dueños de pequeños negocios.

Formaron un círculo ondeante. Dentro, la mujer del grito estaba encucullada sosteniendo un chicuelín. Con su mano derecha reunía sus envoltorios.

—Yo venía—explicó mientras se ponía de pie—, y cuando bajé allá en la esquina... como traigo tantas cosas... temí se me cayeran. Y caminaba ligero; pero ¡qué mala está la acera! ¡Ah, le pasa a una cada percañe...! Y en eso se me cayó el maletín.... Grité al ver que otro le ponía la mano encima, Es muy natural. Bueno es mermarle al rico que todo lo quiere para sí; pero a una.... No sé cual sería la intención de ese hombre.

Y lo miró con sus extraños ojos de pajarraco.

Ese hombre se había enderezado también. Y no resultaba tan hombre. Era, en realidad, un huaina enjuto, de mandíbula empecinada, mirar muy tranquilo y piel morena. Tenía la cara congestionada.

El auditorio había sorbido cada palabra de la mujer y sintió que la acusación fuese tan imprecisa pues esta imprecisión le impedía entregarse a una pateadura inmediata y justiciera; pero, sobre todo, inmediata.

—Mi intención fué pasársela—dijo el huaina dando vuelta el sombrero entre las manos—. ¡Traía tanto paquete la pobre señora...! Eso es todo.

Y trató de abrirse paso; pero la multitud a codazos lo fijó en el círculo.

—¿A dónde va con tanto viento?—exclamó alguien.

Todos hacían ademanes dignos de una temperatura

más alta. La lluvia, aunque amainando, caía sobre las cabezas. Toda la calle afluía al montón.

—Las cosas no se arreglan así nomás—bufó un verdulero.

¡Pobre verdulero! El destino le estaba haciendo una jugada.

—¡Qué compasivo el jovencito...!—exclamó una voz anónima.

—Parece mentira que haya tanto sinvergüenza—afirmó un aspirante a pensador—. ¡Hay que ver!

—Pronto inicia su carrera—sentenció un veterano de enrojecida nariz.

—Oiga joven..., ¿no le amarraron las manos cuando chico?

Esto fué dicho melífluamente por el que roba tras el mostrador.

—Menos mal que nosotros estábamos cerca.... Si así no hubiera sido....

—Maricones.... Ni a las mujeres respetan. ¿Es que no tienen brazos para trabajar? Si fuera autoridad, ¡ah mejor nunca lo sea!; los secaría a palos. Ni más ni menos. Cuando la guerra con el Perú... por un par de botones, nadie se libraba de los veinticinco azotes. Y por hechos graves... ¡dos balas! ¡Entonces iba todo derecho. ¡Ah, aquel tiempo... aquel tiempo...!

Y el tiempo de su juventud, invisible para los demás, se posaba sobre la calle y cubría el espacio en torno suyo.

—¡Veterano.... Usted sabe la biblia. Eso es hablar poco y bien—exclamó, entusiasmado, casi frenético, el despachero—y vale un trago. ¿Vamos a probar la chicha baya?

Y tomados del brazo se fueron.

—Mejor sería dejar esto en nada....—propuso un hombrecillo de blanda figura, flaco, pálido, gastado, con la cara llena de marfil y sabiduría.

Simpático el hombrecillo ese.... Y hombrecillo ¿por

qué? ¿Acaso por su bondad, por no proceder como un bruto y por ser el primero, y el único, que proponía la única solución inteligente? Acaso....

—A lo mejor usted es del mismo palo.... Y están combinados—repuso un escéptico.

—Entonces.... ¡Váyanse al diablo!—respondió el hombrecillo ofendido. Y sus pasos lo llevaron lejos.

El verdulero, hombre delgaducho, amargo, gran fumador y de verbo drástico, dijo:

—¡Y pensar que hasta los mañosos encuentran defensor...!

—Eso que se lo aguante su madre, ¡yo no!

Y el mozalbete abofeteó la faz vinagre del verdulero. Este se tambaleó insensatamente y, careciendo de apoyo, rebotó en el suelo enlodado.

Un ventrudo guardián, por arriba con abundante bigote, se adentró en el grupo:

—¿Qué chimuchina es esta?

—Señor—dijo la mujer—, mi cartera...., por suerte... como vieron varios... quizá qué habría pasado sino... porque una es mujer....

Dos voluntarios sujetaban al doble hechor que, desmelenado y jadeante, se esforzaba en desasirse. Otros curiosos habían logrado levantar al verdulero. El pobre diablo sangraba por la nariz y recitaba injurias candentes.

El hechor, forcejeando en vano, trató también de hacerse oír.

—¡Eso... lo explicarán en la comisaría! ¿Y ustedes, qué hacen aquí? Sigán su camino.

Y asió al mozalbete de la bocamanga.

Y bajo la llovizna el guardián, el mozalbete, la mujer y el verdulero se fueron a la comisaría, empujados por el mismo desagradable destino.

—¡Cabo de guardia!—gritó desde su garita el centinela.

Entraron a un patio adoquinado, sobrecogedor y

más sombrío que túnel. Torcieron a la izquierda. Piafaban en la cuadra los caballos. Tanto el acusado como los reclamantes sentían una pesarosa inseguridad. Subieron un escalón y se hallaron en una sala muy ancha, muy larga, altísima de muros, desnuda y mal iluminada. Una baranda partía la habitación de izquierda a derecha. Más allá de la división destacábase el escritorio burocrático. Detrás, pero a mayor altura, permanecía una gorra azul; bajo ésta una cara redonda y, descendiendo siempre, un uniforme hinchado. De ahí solía escaparse un grito bronco.

El hechor, la mujer y el verdulero se acomodaron en un escaño larguísimo, en espera del turno.

Junto a la baranda un hombre hablaba y accionaba como si estuviese representando. En segundo plano escuchaban otros individuos. Eran pentecostales.

—Nosotros no ofendemos ni contrariamos la moral. Solamente queremos enseñar la palabra del Señor. ¿Por qué se nos detiene?

El verdulero se oprimía las narices con su pañuelo floreado y se revolvía en el escaño. La mujer con su hierática faz de pájaro estaba atenta a las palabras del pentecostal y el hechor, ensimismado, miraba el piso.

—Queremos enderezar las acciones de nuestros hermanos. Queremos hacerles ver la luz que nos guía. Cristo ha puesto la verdad en nuestros corazones. Vivimos por ella y por ella moriremos, si es necesario. Entonces, cuando eso ocurra, esta verdad que nos anima... penetrará en otros espíritus. Acaso en el suyo señor oficial.... El Cordero nos acompaña. Somos como chispitas....

Decía las palabras mostrando unos dientes blanquísimos. Y sus dientes contrastaban con el negro cutis de su faz y con su cabellera de quisco. Era de estatura corriente, duro, con esa formidable delgadez del hombre nortino.

Los demás individuos tenían en el rostro algo firme

y tosco. Vestían pobremente pero con cierta compostura puritana. Escuchaban en una especie de trance e impresionaban por su sincera ingenuidad. Así debieron ser los esclavos que propagaron el cristianismo.

—Mire cabo—ordenó el oficial—, ¡échelos al calabozo. . . .! Están enfermos del chape. A ver si así se les ablanda.

Los enfermos del chape se alejaron cantando «¡Tú eres nuestro salvador!».

En el pasadizo les gritó el cabo:

—¡A callarse. . . canutos recondenaos!

El oficial miraba a los tres detenidos. Tenía la cabeza apoyada en su izquierda mano. Había en su cara redonda, picada por la viruela, la inmovilidad del cartón piedra. Fulguraban sus ojos. En ese instante estaba letalmente aburrido y hostil. Sus labios gruesos indicaban cierto declive por los placeres bastos.

—Y éstos. . . ¿qué desean?—preguntó al guardián.

—Ese huaina intentó quitarle el maletín a la señora y como se opusiera este comerciante, lo agredió. Parece que le ha fracturado la nariz.

—A ver. . . ¡diga señora!—vociferó el oficial clavándole su mirada de barreno.

Mientras la mujer reunía palabras, él pensaba: «¿Quién será el marido de este pajarraco? Vaya si se necesita indiferencia para hacerle un hijo. No hay duda. . . . Es fea sin remedio. . . . Y ni siquiera tiene ese ápice de simpatía que la naturaleza otorga a los más desvalidos. . . . Su nariz y sus ojos son imposibles. . . .»

Luego trató de figurarse al marido de tan singular creatura. «¿Qué peregrina razón pudo unirlo a esa mujer?»

Después vió una montaña. Luego percibió cierta figura en movimiento. Cuando ésta se acercó un tanto comprendió que se trataba de un pajarraco, de un raro pajarraco que andaba sobre las extremidades, tan de-

rechamente como las personas, y que, sin embargo, tenía la apariencia de un loro gigantesco.

El absurdo pajarraco apenas llegó a poblado se cubrió con un manto. Así envuelto fué adquiriendo la más completa feminidad. Sin saber cómo de repente entró en la ciudad con un niño de la mano.

—Mi maletín—hablaba la mujer—se me cayó al llegar a Maruri, y este... este joven quiso recogerlo. Si pensaba arrancar... no podría asegurarlo; pero lo tomó. ¡Si no es por la gente!

—¡Un momento!—exclamó el oficial, extrañado de la facilidad con que hablaba la mujer. Y la miraba con la remota pero ansiada esperanza de oírla graznar.

El verdulero se acercó a la baranda sin quitarse el pañuelo de sus quebrantadas narices. ¡Qué lastimoso era su estado! La cólera lo tenía trémulo.

—Este palomilla...—fueron sus primeras palabras. —¡Sí! a ti me refiero, rondaba la cuadra desde hacía rato. Estaba hambriento de dar un buen golpe.... Cuando se le cayó el maletín a la señora debió decir «esta es la mía», porque se avalanzó. Yo estaba en la puerta de mi negocio mirando pasar gente; ¿podría desentenderme ante tamaño despojo? ¡Claro que no! Entonces intervine, evité el robo y enrostré a ese sujeto—y en esta parte se volvía hacia el hechor—su mal proceder. Pues bien. Apenas me descuidé, el canalla, traidoramente, me asestó la más tremenda bofetada.... ¿Por qué no me dejaron defenderme? Te aseguro, granuja, que no estarías tan orondo.... Señor oficial, mi nariz debe estar rota. No he podido contener la sangre.

—¡Cabo... llévelo al botiquín!—ordenó.

—Y tú... ¿cómo te llamas?

—Diego Iturriaga, para servir a su merced.

—¿Tienes algo que decir?

—Si su merced me permite.... Venía detrás de esa señora; pero sólo lo advertí cuando se le cayó la cartera.

Mi intención, se lo juro señor—y que me recondene si miento—, fué pasársela. Eso es todo. Después el maestro de las verduras me acriminó y casi me sacó la madre. Y yo no aguanto eso. No soy de fierro. Ud. verá señor.

—Pásenlo al calabozo—gritó el oficial.

Estaba muy fastidiado y, de poderlo, a todos los hubiera hecho colgar.

INUTILIDAD DE LA ACTUAL ACADEMIA ESPAÑOLA

BUSCABA yo un día, en el mejor diccionario inglés-español, la traducción de la expresión *spring-clean* que aparecía en una revista londinense, y como no encontrara este compuesto junto al vocablo *spring* ni tampoco junto a *clean*, ni menos atinara a establecer su significado por simple deducción, recurrí a un compañero de oficina que sabe, o cree saber, mucho más inglés que yo. Pero igualmente se dió por vencido.

—No—acabó por decir—; será inútil que busquemos. Con la facilidad que tienen los ingleses para formar compuestos, nace en los países anglo-sajones una expresión nueva cada día. Esto aparte de las que se forman por extensión.... Aquí mismo tenemos el ejemplo con la palabra *patilla*, de uso ya general en el sentido de *engaño*, *farsa*, *mentira* y más especialmente de algo que ponga a prueba nuestra paciencia. Supóngase usted a un extranjero que crea saber muy bien el español, y se encuentra con este vocablo en algún libro o pu-

blicación chilenos. Será inútil que consulte los diccionarios para establecer su significado. El último de la Academia le dará tres acepciones de *patilla*: una parte de la guitarra, otra parte de una arma de fuego, y el diablo, si va en plural. Si busca más, en las enciclopedias, verá que también se llama *patillas* «a los pelos que se deja crecer debajo de las sienes». Si el extranjero este es un alemán, armado, por lo tanto, de mucha paciencia, y dotado de mucha curiosidad científica, se proveerá de algún diccionario de chilenismos, con lo que logrará establecer que las tres acepciones que da a *patilla* la Academia son absolutamente desconocidas en Chile, y, en cambio, tiene la única que en España desconocen: «los pelos que crecen en la parte inferior de la cara», lo que se llama *barba*, según los diccionarios de la lengua. Con todo esto, el alemán seguirá siempre a oscuras, y no le quedará más remedio que buscar a un chileno o irse donde el cónsul. Así comprobará una vez más que los idiomas, en su constante evolución, van dando a las palabras acepciones que no tienen ninguna relación con su origen. *Patilla*, ya se sabe, deriva de *pata*, y *pata*, según los diccionarios, viene del sanscrito *padas*, «pie».

Las palabras de mi amigo me dejaron un tanto confuso. . . . Entonces, ¿para qué sirve un diccionario? Pero después de ligera reflexión, convine en que era natural que *patilla* no figurara en el léxico con la acepción chilena de farsa, engaño, etc., por ser de formación reciente; pero que otras palabras usadas por todas las personas en Chile, desde hace muchos años, y a través de todo el país, como *chupalla*, *futre*, *chaucha*, *fuñingue*, etc., estarían con toda seguridad en la última edición del Diccionario de la Academia (1925). Grande fué mi decepción al no encontrar éstas, ni otras que tomé al azar entre las más corrientes.

Especialmente me causó espanto que la Academia no tenga noticias, por ejemplo, de la existencia del vo-

cablo *chaucha*, que tiene un uso ya viejo y muy extendido en varios países de la América española, eso sí que con acepciones diferentes: moneda en Chile y Bolivia, los porotos verdes en Argentina, un autobús en Cuba, etc.

Es verdad que muchas palabras de gran difusión en América y que no han sido tomadas en cuenta por los académicos, son incluidas en las enciclopedias; pero las explicaciones que éstas dan suelen resultar disparatadas. Así la más completa y reciente enciclopedia española, la de Espasa, de la siguiente definición de *chupalla*:

Chile. Planta cuyo nombre científico es *Paya pyramidata*.
Chile. Sombrero que se hace de las hojas de esta planta, partidas en tiritas muy finas y trenzadas unas con otras. *fig. y despect.* Cualquier sombrero de paja cuando ésta no es muy fina.

Como se ve, la tercera definición es acertada: sólo que *chupalla* no pertenece al lenguaje figurado ni tampoco al despectivo. En cuanto a las dos primeras. . . , ¿quién conoce en Chile la planta que lleva ese nombre, y a quién se le ha ocurrido alguna vez llamar así al sombrero de pita o al jipijapa? Y por último, ya sabemos que no a cualquier sombrero de paja se le llama *chupalla* en Chile, pues a la condición de ser hecho de paja ordinaria debe reunir la de tener el ala ancha y flexible.

De *chuchoca*, que tampoco figura en el Diccionario de la Academia, dice lo siguiente la Enciclopedia Espasa:

Amer. Maíz tostado y molido que se emplea como aditamento de muchos guisos.

Pues bien, todos sabemos que a esto se le llama por acá «harina de maíz tostado», que el maíz molido en

crudo es simplemente «harina de maíz» y que la chuchoca es harina de maíz sancochado. La misma Enciclopedia dice que *charol* es en Chile, Cuba y Ecuador «el nombre de una bandeja de hojalata, pintada y barnizada». Igualmente asegura que en Chile llamamos «chupón» a la pieza de marfil, pasta, caucho, etc., que se les pasa a los niños en la época de la primera dentición.

Ocurre también que muchas palabras que son por acá de uso corriente, aparecen en el léxico oficial, pero sólo con la acepción que le dan en la península. Tal ocurre con *catre*. «Cama pequeña, portátil» dice simplemente la Academia; de manera que un extranjero que llegue a Chile y vea en los diarios grandes avisos en que se ofrece «catres de bronce» por sumas de cuatrocientos o quinientos pesos, pensará inmediatamente que los chilenos somos sumamente lujosos, cuando gastamos tanto en un simple lecho de campaña.

Un distinguido general en retiro, muy aficionado a estas «cuestiones de voquibles», proponía el otro día en un diario que sólo se usara la palabra *catre* en el sentido que le da el Diccionario. ¿Y por qué razón cuatro millones de chilenos nos hemos de someter a la voluntad de cuarenta caballeros ancianos, que conocen la América española sólo en el mapa? Con toda justicia afirma De Saussure que en estas cuestiones de lenguaje el único soberano es la masa parlante, que en tierra unos vocablos para siempre, y a cada instante está creando nuevos. Muchos de estos recién nacidos no prosperan, pero los más vigorosos, tonificados por la necesidad, o por simple buena suerte, concluyen por imponerse, pese a todos los académicos y puristas.

Igual que con *catre* ha pasado en la Academia con el verbo *pitar*. «Tocar el pito» lo define solamente. No sospecha que en Chile el pueblo lo usa en sustitución de fumar. *Pitanza* es «comida» conforme al Diccionario, pero esto es griego para los chilenos. Puede soste-

ner el léxico lo que le parezca, pero aquí *pitanza* será siempre «una burla ligera» y *pitir*, además de «fumar», tendrá la otra acepción de «burlar», usado como reflejo.

Muchos pensarán que estas omisiones, o malas definiciones del Diccionario, no tienen mucha importancia, ni a nadie causan perjuicio. Profundo error, y voy a citar un caso. La más grosera expresión chilena, muy usada por la gente baja, y empleada también como interjección en ciertas ocasiones, aun por gentes de la clase alta, figura en el Diccionario de la Academia, pero sólo con el significado que le dan en España: «Perra». Aparenta ignorar la Academia que la misma palabra es en Colombia el nombre de un animal que causa perjuicios en las casas; que en México es el diminutivo cariñoso de un nombre de mujer, de María Jesús o Jesusa, y que en Chile tiene un significado obsceno. Un extranjero que llegue a Chile y oiga la dicha palabrita, como el Diccionario no lo previene, se expone a usarla entre señoras, con el consiguiente escándalo. Un oficial que fué en la *Baquadano* en la gira que hizo hace dos o tres años por los países de Hispano-América, me refería que en la ciudad de México figura esta palabra como nombre de una pastelería, lo que dió lugar para que todos los oficiales y la tripulación, desfilara por esa calle, sólo por ver el famoso letrerito. ¿Por qué no podría presentarse el caso que algún mexicano recién llegado a Chile gratifique con esa expresión a una señorita que se llame María Jesús?

No hace mucho (la noticia me la dió un profesor de castellano), un español recientemente llegado a Chile usaba continuamente, para llamar a una perrita, la horrible palabra, con gran espanto de las vecinas; pero ninguna se atrevía a sacarlo de su error. Lo hizo, al fin, un hombre de buena voluntad. Parece que el mismo vocablo no tiene en España el único significado que la Academia consigna: pues ocurrió el caso que una señora andaluza lo llegó usando a Valparaíso en reem-

plazo de «calor». Dicen que la Academia tiene por principio no incluir en el Diccionario ningún vocablo obsceno. ¡Cuánta sería la vergüenza de estos graves caballeros si vinieran a Chile y se pusieran en contacto con el pueblo! Verían que, como el personaje de Molière, habían estado hablando en prosa sin saberlo.

Algo parecido nos ocurre con un verbo que es usado en Argentina, tanto por el pueblo, como por la gente «bien» en el sentido de nuestro «pololear» o flirtear. Ese verbo tiene en Chile un significado que sólo puede ser usado entre hombres. Uno de los cadetes que vinieron de Buenos Aires después de la catástrofe de Alpatagal, me dijo que allá les habían advertido que no fueran a caer en el renuncio de usar esa palabra en Chile, porque harían una gran plancha. Pero hay argentinos que vienen sin esta previa advertencia, y no libran de ponerse en ridículo. Se dan muchos casos.

Un amigo colombiano me previno en una ocasión que si un día iba a su país, me guardara, en caso de asistir a un baile, de decir a mi compañera de danza «disculpe que la haya pisado», porque me haría reo de una gran grosería.

El propio nombre de nuestro país, además de ser aplicado al ají en México, tiene allí también un significado inconveniente. En un banquete en la ciudad de México, un Ministro chileno pronunció hace años esta frase que provocó risas veladas y comentarios posteriores: «En adelante podremos decir: ¡México para los chilenos y Chile para los mexicanos!»



En los anteriores casos se indican solamente las palabras que siendo cultas en un país de la familia hispana, pasan a ser groseras en otro. En realidad, el nú-

mero de vocablos que tienen diferente acepción entre los pueblos que hablan español es muy grande, y seguramente son minoría los que figuran en el Diccionario oficial con todas sus acepciones en América. Luego, como, por otra parte, el mismo Diccionario no ha incluido muchas palabras de gran uso por acá y con muchos años de existencia, y de otras da indicaciones equivocadas o insuficientes, no nos resulta muy útil para nosotros los hispano-americanos. Figuran en él, en cambio, centenares de palabras que ya no usa nadie, con lo que se va convirtiendo en un cementerio de vocablos. Ocorre, en realidad, que la Academia va en la vieja carreta con bueyes, mientras el idioma evoluciona en tren expreso. Los puristas se detienen a la orilla de la línea para lanzar imprecaciones al tren, en la esperanza de detenerlo; pero el tren sigue avanzando, porque el idioma es una cosa viva: ¡ni mil Academias lograrán nunca congelarlo!

La causa principal de estos vacíos del Diccionario, de su gran atraso, sobre todo en lo que se refiere a América, está en la formación misma de la Real Academia Española. Los cuarenta escritores, magnates y militares que la componen, se reúnen especialmente para «fijar, limpiar y dar esplendor» al idioma; pero ocurre que estos caballeros sabrán mucho sobre el lenguaje que se habla en Madrid o en las provincias españolas donde nacieron y crecieron; pero todo lo ignoran del resto de los países donde se habla la lengua de Cervantes. Es verdad que se han creado Academias correspondientes en el resto de los países que hablan español, pero estas Academias locales o no se constituyen, o se reúnen muy poco. En todo caso, lo que hagan ha de pasar después por el tamiz de la Academia principal, con lo cual los años corren. . . .

Lo único racional, y que salta a la vista, sería que la Real Academia Española estuviera formada por representantes de todos los países de habla española.

En el sentido político, España es una nación independiente; pero desde el punto de vista del idioma castellano no es sino una provincia de esta vasta nación que comienza en los Pirineos y termina en el Cabo de Hornos. ¿Con qué derecho esa provincia, aunque por ahora sea la más poblada, se arroga la facultad de imponer su ley a las diecinueve provincias restantes? ¿Qué fuerza tiene para pretender que hablemos como se habla en la península?

Se ha mirado hasta aquí la Academia como un lugar de consagración de los grandes escritores. Como hasta ahora no ha ingresado a la ilustre corporación ningún americano, se podría creer que sólo España produce escritores de valía. Otra injusticia grande. Naturalmente que en su calidad de nación madre, España tiene derecho a ser la sede perpetua de esta Academia; derecho tiene también, por su población y por la indicada circunstancia, a tener mayor número de representantes; pero de ahí a adjudicarse todos los derechos, y a seguir mirándonos como simples colonos, desde el punto de vista del idioma, hay gran distancia. Mientras esta situación absurda no se arregle, el Diccionario que la Academia publica será cada vez más inútil; porque cada día será mayor la diferencia entre el lenguaje hablado en la América hispana y el aceptado oficialmente por la Ilustre Corporación madrileña.

El cable dió cuenta de las gestiones de don Julio Vicuña Cifuentes en Madrid, para que se celebre un Congreso del Idioma. Ya este sería un paso firme en el verdadero sendero. Sólo que un Congreso de esta naturaleza, por ser temporal, sólo produciría bienes temporales. Después volveríamos a la misma anarquía. Preferible sería ir francamente a la única solución lógica: la de disolver la actual Academia, para sustituirla por otra más *real* (de acuerdo con la realidad de las cosas) y más Española (en el sentido de la lengua). Y de esta Academia podría salir un Diccionario del

idioma *vivo*, del que se está hablando en las veinte naciones nacidas del tronco de Castilla, Diccionario que reemplazaría al actual cementerio de vocablos. ¿Que es necesario registrar las viejas voces, para poder entender a los clásicos? Publíquese entonces, en tomo aparte, un *Diccionario de arcaísmos*.

¿Quiénes irían a esta nueva Academia como representantes de los países hispano-parlantes de América? Muchos pensarán en los filólogos. Pero sería preferible enviar escritores de mérito, y con suficiente experiencia. El escritor usa constantemente el idioma, lo pulsa, lo baraja, está más en contacto con las palabras nuevas, con su verdadero espíritu. En todo caso, mira estas cosas con un criterio más liberal, más amplio. Los filólogos, llenos de tecnicismos, apegados a las reglas, son más conservadores. Menos aun servirían los que han adoptado la profesión de «puristas.» Son los que se empeñan en que llamemos «fogonero» o «piloto» al chofer, que en vez de «góndola» digamos «jardinera» y «tío vivo» en lugar de carrusel.



Terminado este artículo, me asalta una duda: ¿con qué derecho me pongo yo a opinar sobre estas cosas? Quédese para los filólogos, para los profesores de castellano. Ya en una ocasión, por haber transcrito las afirmaciones de un conocido lingüista ginebrino, y haber avanzado otras, basadas en mis lecturas, provoqué la indignación o poco menos de dos o tres especialistas. Se me señalaron errores, según ellos muy graves. Y yo hube de replicar, en mi defensa, que si los lingüistas, que saben mucho, se equivocan constantemente en estas materias, ¿cómo no he de equivocarme yo, que en asuntos lingüísticos estoy en el silabario?

Lo natural es que no opine. . . . Pero me he decidido, porque abrigo la esperanza de que, guardadas las debidas proporciones, me ocurra lo que a José María de Heredia, el gran poeta francés. La anécdota la refería así Albert Cim en el número de 15 de mayo de 1924, de *La Revue Mondiale*:

La palabra *haricot* es uno de los vocablos cuya etimología ha sido, durante largo tiempo, de las más oscuras y de las más discutidas; y parece que sólo recientemente se han puesto de acuerdo sobre el origen de ese término. Es a un poeta, José María de Heredia, a quien se debe la clave de este enigma, y el mismo refirió jocosamente el incidente, en el número de Navidad de 1901, de los *Annales politiques et littéraires*.

Una dama interrogaba un día a Heredia sobre su célebre libro *Les Throphées*, y le pedía que le indicara cuál de sus sonetos prefería. No queriendo en absoluto pronunciarse, el poeta dió a aquella dama esta curiosa respuesta:

—Hay una cosa de la que yo estoy más orgulloso que de todos mis sonetos, y que ha hecho más por mi gloria que mis versos.

—¿Cuál?

Heredia contó entonces que él había encontrado referencias sobre los «*haricots*» buscando ciertos datos en un libro de historia natural del siglo XVI por Hernández, *De historia plantarum novi orbis*. La palabra *haricot* era desconocida en Francia hasta el siglo XVII, continuó; se decía *fèves* o *phaséots*; en mejicano *ayacot*. Treinta especies de frejoles (*haricots*) eran cultivados en Méjico antes de la conquista. Se les nombra hasta la fecha *ayacot*, sobre todo el frejol rojo, punteado de negro o de violeta. Un día me encontré en casa de Gaston Paris con un gran sabio. Al oír mi nombre, avanzó hacia mí y me preguntó si era yo quien había descubierto la etimología de la palabra *haricot*. Ignoraba absolutamente que yo hubiese hecho versos y publicado

Los Trofeos.

E. Solar Correa.

UN GRAN POETA EN PROSA

ALONSO DE OVALLE (1601-1651)

LOS libros arcaicos, leídos con criterio y espíritu moderno, resultan muy aburridos. Hay que saber paladear su sabor característico de mundo nuevo, infantil, para encontrar el atractivo que en ellos se esconde. Hay que aprender a gustar su fresca ingenuidad. El placer no está tal vez en lo que guarden de arte o de belleza—y aun en este campo suelen producirse deleitosos hallazgos—, sino en penetrar, en comprender la psicología de aquellos hombres lejanos que tuvieron también sus afanes, sus orgullos, sus amores, diferentes a los nuestros, banales o pueriles acaso, pero que para sus vidas eran de una esencial importancia.

Entre nuestros libros viejos—vale decir entre nuestros libros coloniales—, existe uno particularmente amable por el que hoy quisiéramos adentrarnos con espíritu sencillo, cordial.

Bordeaba el P. Alonso de Ovalle los cuarenta años. Hacía más de veinte que una tarde, tras las alegrías de una fiesta, con sus atavíos de gala, fuera a golpear a los claustros jesuítas. Ya la novelesca historia estaba olvidada. Ahora los superiores de su Orden le envían en misión especial a España e Italia. Va, entre otras cosas, a buscar hermanos de su religión que quieran venir a Chile a evangelizar indígenas. Pero le ocurre que en el viejo continente nadie conoce ese país remoto.

Habiéndome venido del Reino de Chile—escribe nuestro jesuíta—y hallando en éstos de Europa tan poco conocimiento de él que en muchas partes ni aun sabían su nombre, me hallé obligado a satisfacer el deseo de los que me instaron diera a conocer lo que tan digno era de saberse.

Tal fué el origen de la *Histórica Relación del Reino de Chile*.

Ante todo y de paso, observemos que en este título la voz sustantiva es *relación* y no historia. Importa recalcarlo porque, en justicia, no debe mirarse el libro como una producción de dicho género, por lo menos en la acepción estricta de la palabra. La *Histórica Relación* es más bien la obra de un enamorado de su tierra que, henchido de ella, la recuerda desde el extranjero, anhelando transmitir a los demás sus gozosas sensaciones. Y así va describiéndola en todos sus aspectos—el paisaje, las costumbres, los hechos históricos, los productos del suelo—y, como coronación y término, el relato de las actividades evangélicas, pedagógicas y sociales de la Compañía de Jesús, que fué el nervio y el alma de la vida colonial (1).

(1) Ovalle dió su obra a la estampa el año 1646 en Roma, donde residió algún tiempo como Procurador General de los jesuitas chilenos. La publicación se hizo simultáneamente en italiano y en castellano. Hasta entonces no había visto la luz ninguna historia de Chile. La versión castellana, reeditada en la *Colección de Historiadores de Chile* (1888), abarca dos gruesos y nutridos volúmenes. La materia se halla dividida en ocho libros. Los dos primeros tra-

En Ovalle estamos lejos de esas crónicas más o menos invertebradas que han sido tan frecuentes en Chile y cuyos capítulos no tienen otro nexo que la cronología; al contrario, en su obra descubrimos un organismo bien trabado y armonioso. Las diversas materias se hallan distribuidas de modo que la lectura se haga variada y amena, pero sin que esa variedad en ningún momento perjudique a la arquitectura del conjunto. Hay anécdotas y digresiones. Los hechos bélicos y políticos, que suelen atiborrar las páginas de nuestros libros históricos como única razón de ser de la vida nacional, ocupan aquí un espacio proporcionado, no mayor, por ejemplo, que el que se destina a usos y costumbres. El autor marcha por una senda zigzagueante que avanza, se curva, retrocede y torna a avanzar, mas nunca se sale de ella: sabe dónde es preciso detenerse, dónde conviene apresurar la marcha y cuál será el término de su jornada.

Hablando de una producción de la índole de ésta, parece elemental referirse a su valor como documento histórico; pero es un punto que no nos interesa. Queremos estudiar al escritor, no al historiador. Al último lo conocen bastante los eruditos, a aquél aun no lo conocemos.

Ovalle es, en su esencia, un poeta, y por sobre la verdad, atrae en su obra la belleza. Antes que como a historiador ha de estudiársele como a poeta, acaso el más insigne poeta en prosa nacido en Chile. Otros nos darán tal vez algún dato más preciso, alguna fecha más exacta. Mucho vale eso (1). Pero Ovalle nos da algo que,

tan de la naturaleza y propiedades del suelo de Chile, y el tercero de sus habitantes. Los tres siguientes refieren la conquista española y la guerra de Arauco. En el séptimo se exponen los medios de paz arbitrados por el P. Luis de Valdivia, y en el último, que es el más extenso, las diversas actividades apostólicas y educacionales de la Compañía.

(1) No se entienda que pretendemos menoscabar el indudable mérito histórico de la obra, en cuyas páginas se encierra gran número de noticias y detalles valiosísimos que, como afirma Medina, «sería imposible encontrar en otra fuente».

para nosotros, vale infinitamente más: nos da la visión de una época pretérita, con su alma y sus costumbres, y el paisaje que vieron otros ojos, apagados siglos ha.

Todo el material acumulado desde los tiempos coloniales, toda la investigación microscópica de nuestros historiadores modernos, toda su científica exactitud, no serán nunca capaces por sí solos de proporcionarnos el espectáculo vivo, tangible que Ovalle nos ofrece en muchas de sus páginas. Como un ejemplo cualquiera léase el capítulo en que relata la expedición de Almagro a Chile. Trascibamos las líneas donde se pinta el paso de la Cordillera. Cuadro escalofriante, dantesco:

No es decible cuán apretados venían ya de hambre y frío, así los españoles como los indios por las asperezas de aquellas montañas. Aquí atollaba éste en la nieve y antes de morir, quedaba sepultado en ella; el otro se arrimaba a una peña y se quedaba riendo de frío, estacado en ella como si fuera de palo; si aquél se paraba un instante a tomar resuello, le pasaba de parte a parte el frío, como si fuera una bala, y lo dejaba yerto, sin poder moverse más....

Vicuña Mackenna llamó a Ovalle «el primer historiador de Chile» y, en cierto sentido, acaso no sólo lo sea en el orden de los tiempos (1). La *Histórica Relación* es probablemente el mayor intento de historia artística que se haya realizado en nuestro país.

En Chile, durante los años de la Colonia, existe un problema perenne y siempre palpitante: la guerra y la evangelización de Arauco. Todas las miradas se polarizan allí. El indígena es el tópico obligado en las conversaciones, en la correspondencia epistolar, en los libros. El siglo XVI lo mira como un bárbaro peligroso y se piensa que es preciso someterle o destruirle. Pero en la centuria siguiente despuntan dos tendencias antagónicas, la una hostil, la otra amiga del indio. Surgen

(1) El autor de la *Historia de Santiago*—recordémoslo aquí—, siendo Intendente, dió a una de las calles de la ciudad el nombre de Alonso Ovalle.

violentas polémicas. La armonía y la serenidad no fueron virtudes del siglo XVII. En el bando de los amigos están los jesuitas y los que se han formado en sus aulas, que es como decir el núcleo más culto de los habitantes de Chile: gentes en cuyos corazones arraigaron desde la infancia las caritativas pero utópicas doctrinas del Padre Luis de Valdivia y que caldearon su imaginación en las estrofas de *La Araucana* y del *Arauco Domado*. El otro bando—el adverso al indio—está constituido por hombres de espíritu más práctico, más positivo, pero de menos letras. A causa de esto la voz de los defensores se oye mejor. Es casi la única que se oye. Y ya se sabe que de la defensa al ditirambo sólo media un paso.

Alonso de Ovalle inicia en el dominio de la historia—en varios aspectos es un iniciador—la ciega apología del indio, cantinela que vendrá rodando de siglo en siglo, y cuyo eco aun no se apaga en nuestros días. En su exaltación, el panegirista llega, inconscientemente, hasta alterar la topografía del suelo patrio. Y así al denominar a sus pobladores autóctonos «los valerosos cántabros de América», repara en que son más que los cántabros porque éstos tenían la defensa natural de sus ríspidos montes y los araucanos contaban sólo con su valor. Evidentemente el buen jesuita ya no recuerda que algunas líneas más arriba—definiendo a los mismos indios—escribió esta magnífica frase que no nos es posible olvidar:

hijos de aquella cordillera, que parece les pega lo crudo e in-contrastable de sus inexpugnables rocas y asperezas.

La admiración no le lleva, sin embargo, hasta esa especie de sentimentalismo que se apoderó de algunos adeptos de las teorías del P. Valdivia. Bien lo muestra la suave ironía que se disimula en la siguiente anécdota.

En cierta ocasión—refiere Ovalle—un hermano de su orden se lamentaba del poco abrigo que usaban los indios y del frío que debían experimentar en invierno. Un caballero que esto escuchaba, interrumpió de súbito al dolido fraile:

—Vuestra paternidad, ¿qué reparo trae en la cara para defenderse del frío?

—¿Yo, señor? Ninguno.

—Pues ¿qué piensa, padre, que son estos indios?: todo son cara....

Las anécdotas de que se halla salpicada la *Histórica Relación* no carecen de gracia y son casi siempre sugestivas. La que, algo condensada, acabamos de reproducir, es típica del siglo XVII. En la centuria anterior o en la siguiente una anécdota semejante sería poco menos que inverosímil.

A diferencia de otros historiadores coloniales—del P. Rosales o del P. Olivares—que vivieron largo tiempo en Arauco y recorrieron casi todo el territorio de Chile, nuestro autor residió, mientras estuvo en el país, ordinariamente en Santiago. Profesaba aquí la cátedra de filosofía y llegó a ocupar el cargo de Rector del Convictorio de San Francisco Javier, el más importante instituto educacional de la época. Al indio lo conoció, pues, sólo de referencias. La semblanza que de él nos traza—literaria en mucha parte y ceñida a Ercilla—no tiene interés para conocer al araucano y ni aun para conocer la idea que del araucano se había formado el Padre Alonso. Encontramos, sin duda, algunos cuadros pintorescos de costumbres indígenas que merecen atención, pero nosotros vamos tras el concepto que el historiador se formara del araucano. Examinando con detención sus palabras creemos adivinar cierta inseguridad en el juicio, y, en general, no nos convence su entusiasmo. Hay en él algo que se nos antoja más verbal, más lírico que profundo. No dudamos, empero, de su sinceridad: queremos decir que lo arrastra el me-

dio ambiente jesuita (1), su espíritu apostólico, su fervor apasionado por todo lo chileno. Pero, por sus labios, no habla la convicción personal, producto de un conocimiento directo, o de un largo meditar.

La verdadera significación de las páginas que en la *Histórica Relación* se consagran al indio hállase en otro sitio. Merced a ellas asistimos a la metamorfosis de la creación poética de Ercilla, presenciamos el instante mismo en que ésta se transforma en elemento histórico.

A esta transmutación han de seguir incalculables consecuencias de interés sumo para la vida nacional, pero su análisis nos apartaría de nuestro camino, y será preciso, por el momento, limitarse a observar escuetamente el hecho. Tomemos para ello la estrofa del Canto I de *La Araucana* en que el poeta español presenta a los futuros héroes de su epopeya:

Son de gestos robustos, desbarbados,
bien formados los cuerpos y crecidos,
espaldas grandes, pechos levantados,
recios miembros, de nervios bien fornidos,
ágiles, desenvueltos, alentados,
animosos, valientes, atrevidos,
duros en el trabajo, y sufridores
de fríos mortales, hambres y calores.

Oigamos, en seguida, al historiador chileno, y comparemos:

Son, por lo general, de cuerpos robustos, bien formados, de grande espalda, pecho levantado, de recios miembros y bien fornidos, ágiles, desenvueltos, alentados, nervudos, ani-

(1) La exaltación del indio fué entre los jesuitas una política sistemática. Impulsados por el ejemplo y las teorías del P. Valdivia, que había sido uno de los fundadores de la Compañía en Chile, llegaron a considerarse como sus obligados paladines y, procurando mejorar la condición de sus protegidos, no temieron exagerar el elogio y crear la leyenda.

mosos, valientes y atrevidos, duros en el trabajo y muy sufridos en hambres, fríos, aguas y calores.... (1)

Alguna vez se ha señalado como un caso curioso y singular, en América el que nuestra literatura se haya iniciado, al igual que las de las antiguas civilizaciones, con el florecer de la poesía épica. Y ahora, para que el paralelismo sea más perfecto, comprobamos que nuestro primer historiador, a semejanza de los cronistas medioevales que en sus crónicas prosificaban las viejas *gestas*, prosifica el poema de Ercilla (2), alterando sólo el texto para introducir una expresión atenuante —un *por lo general*— que quite a la descripción ese carácter de cosa absoluta, licencia frecuente en el lenguaje de los poetas, poco inclinados a considerar la relatividad de las perfecciones humanas.

Así nace a la vida el mito araucano: la ficción poética ha sido transmutada en realidad histórica. El salvaje que vieron Pedro de Valdivia y Góngora de Marmolejo será ya en adelante el prócer nacional, especie de *soldado desconocido* al cual podremos atribuir todos los heroísmos, todas las virtudes, todas las capacidades. ¡Y hasta el talento artístico!

Veamos ahora qué piensa nuestro jesuíta de los criollos, o sea, de los chilenos de casta española. A la inversa de lo que le ocurre con los araucanos, a éstos los conoce bien. Ha vivido entre ellos y ha sido maestro de sus hijos. El mismo pertenece a dicha casta. Era su padre un rico encomendero español, capitán de los tercios—don Fernando Rodríguez del Manzano y Ovalle—, personaje que gozaba en Chile de gran prestigio

(1) *Histórica Relación*, t. I, lib. III, Cap. III.

(2) Ovalle ha tomado también mucho de Alvarez de Toledo, cuyas estrofas reproduce con frecuencia. Otras de sus principales fuentes son Antonio de Herrera, Los Anales de la Compañía de Jesús en Chile, los relatos que pudo oír a algunos misioneros, las cartas recibidas desde Chile durante su estada en Europa, sus conversaciones con el P. Luis de Valdivia al cual, ya muy anciano, visitó en Valladolid.

y poderosas influencias. Había casado en este país con doña María Pastene de Astudillo y Lantadilla, nieta de Juan Bautista Pastene—el hábil piloto de Pedro de Valdivia—, y se hallaba por su mujer emparentado a lo más rancio de la aristocracia santiagueña. A pesar de tan favorables circunstancias, Alonso de Ovalle no llega a desentrañar los rasgos típicos, distintivos del alma criolla: sólo repite algunos adjetivos que podrían aplicarse a cualquier pueblo: inteligentes, liberales, compasivos.

En diversos escritores coloniales encontraremos atisbos muy sagaces relacionados con este tema, pero a Ovalle, tan bien dotado en otros aspectos, faltábanle condiciones analíticas (1). No tenía los barruntos de psicólogo que suelen apuntar en el P. Olivares, carecía del espíritu crítico de Gómez de Vidaurre y aun del sentido práctico, realista de Rosales. Súmase a ello la especial disposición de su espíritu que le inclina a mirarlo todo por el lado favorable. Ovalle no censura nunca. Sus palabras respiran una bondad ingénita, si bien es una bondad inteligente. Con todo, anota respecto de los criollos algunas observaciones que merecerían meditarse: su escasa afición al estudio:

fácilmente le dan de mano, y en sonando la caja o la trompeta, se inquietan de manera que no paran hasta asentar plaza de soldados;

su amor a los honores:

(1) La falta de espíritu crítico de nuestro autor vese también patente en la facilidad con que da crédito a ilusorios milagros. Los historiadores del siglo anterior se lo censuraron ásperamente. Pero, en realidad, no hay para qué alarmarse. Ovalle, sin duda, no inventó los casos milagrosos: ellos fueron también realidad, no realidad material y objetiva, sino realidad psicológica, y al transmitírnoslos, nos transmitió el sentir y el pensar de su época. El que busca únicamente la realidad objetiva en la *Relación* del jesuíta, el simple compilador de hechos materiales, quédese en buena hora con éstos y prescindida de las causas extra-terrenas que el narrador les atribuye, mas no reniegue de ellas. Pues lo que para él es inútil escoria, puede llegar a convertirse en rico metal el día que un historiador de almas, que un psicólogo quiera darnos la imagen espiritual de la Colonia.

los que les saben obligar honrándolos y tratándolos con la cortesía y respeto debidos son dueños de sus voluntades;

su indocilidad ante el rigor:

si quieren llevarlos por mal, muerden la manta, y lo hacen peor.

Pero el aspecto del carácter chileno en que Ovalle insiste particularmente, aunque siempre con blandura, es la tendencia al derroche y la ostentación.

Nadie—dice—se tiene por menos rico, que es la perdición de las repúblicas.

Todo lo que en nuestro historiador falta de espíritu crítico y analítico está compensado por sus facultades narrativas y descriptivas. Los capítulos en que pinta la vida de los criollos, sus fiestas, costumbres y aficiones, constituyen una animada galería de detalles y rasgos pintorescos, de pequeños cuadritos y sugestivas anécdotas. Si de todo eso se hiciera una selección cuidada, a semejanza por ejemplo de la que ha realizado Carlos Pereyra con los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso, y se agregaran ciertos escorzos de ciudades y sobre todo, los magníficos trozos que describen nuestra naturaleza, pondríamos al alcance de chilenos y extranjeros algunas de las páginas más sabrosas y más bellas que se hayan escrito en América (1). El P. Ovalle ocupa en las letras chilenas, y tal vez en las americanas, un sitio único. Tenemos olvidado en demasía que no sólo se trata de un buen escritor de esta tierra y que en él poseemos un clásico del idioma. El nombre del modesto jesuíta anda, en el *Diccionario de Autori-*

(1) En 1704 se publicó en Londres, formando parte de la Colección de Viajes de Churchill (vol. III), un extracto en inglés de la *Histórica relación*, análogo al que aquí propiciamos. La selección abarca más o menos ciento cincuenta páginas y ha sido reeditada varias veces.

dades de la Lengua Castellana, entreverado con los gloriosos de Cervantes y de Lope, de León, Góngora y Granada.

Tornemos al año 1618. Estamos en plena cordillera. «Vamos por aquellos montes pisando nubes. . . .» Por ocultos desfiladeros, entre escarpados precipicios, cabalgan sobre mulas cautelosas hasta cuatro o cinco hombres. Tal vez dos de ellos pertenecen a la Comunidad ignaciana. Otros son arrieros que conocen los más escondidos pasos. . . . Con ellos va un muchacho de diez y siete años, cuyos rasgos físicos no conservó la estampa, pero debía ser un muchacho fino, pálido, de aristocrático porte, y en todo él acaso se revelaba una voluntad firme unida a un temperamento nervioso, sensitivo. Desde los tiempos de la conquista han pasado por allí muchos hombres, pero todos iban con el ojo pegado a la pata de la cabalgadura. Ahora este joven, a pesar de las advertencias de los guías, como inconsciente del peligro, pasea sus miradas ávidas por el rudo grandioso paisaje. Aquel espectáculo se le entra por la retina y va a clavarse vivo en el fondo de su espíritu maravillado.

Entre tanto, en Santiago hay grande alarma. El primogénito de los Ovalle y Pastene ha desaparecido una tarde, tras las alegrías de una fiesta. . . .

Yo apetezco—había dicho esa misma tarde a su hermano Jerónimo, compañero de regocijos—, yo apetezco aquellos gustos que no afanan, ni empalagan, ni desaparecen, ni rinden.

Háblase de que los jesuítas lo tienen secuestrado. La Compañía escucha estoica, empeños, súplicas, amenazas. Entáblanse en su contra querellas judiciales e intervienen las autoridades, las civiles y las eclesiásticas. La Compañía es poderosa y nada se consigue. Se recurre entonces a la astucia. Santiago organiza bulli-

ciosas mascaradas con el intento de raptar, en medio del desorden, al joven novicio. La Compañía no se deja engañar por embelecocos. Un temor surge de pronto. El mancebo podría ser enviado sorpresivamente a la Argentina, mas eso no será: ya en los desfiladeros andinos hay gentes armadas que están en acecho. . . . La Compañía, empero, posee grandes fundos cordilleranos y sus arrieros saben derroteros escondidos que nadie conoce.

La breve caravana avanza por la soledad abrupta. En los ojos candorosos del sensitivo adolescente se retratan, en sucesión fantástica, oscuras torrenteras, deslumbrantes cimas nevadas, aguas sonoras y claras; y su impresión es tan honda que veintiocho años más tarde, allá en Roma, convertido en Procurador de la Compañía, escribirá como si aun tuviese delante el opulento espectáculo:

Vamos por aquellos montes pisando nubes. . . . Hallándonos en esta altura se nos cubre la tierra, sin que podamos divisarla y se nos muestra el cielo despejado y hermoso, el sol claro y resplandeciente, sin estorbo ninguno que nos impida la vista de su luz y belleza. El arco iris que se ve desde la tierra atravesar el cielo, le vemos desde estas cumbres tendido por el suelo, escabelo de nuestros pies. . . . Cuando se llega a montar lo último y más empinado de la punta, experimentamos un aire tan sutil y delicado que apenas, y con dificultad, basta para la respiración. . . .

Verdaderamente es cosa más para vista que para referirla, si bien no les sale de balde a los caminantes la curiosidad de ver cosas tan singulares y admirables, porque los caminos son los más ásperos y dificultosos que puede fingir la más atrevida imaginación. . . . Se va siempre por un sendero donde apenas caben los pies de una mula: hácenle lado por una parte inmensos despeñaderos que tienen por término en su profundidad un furioso y caudaloso río, y por la otra, tajadas peñas y empinados montes, donde si topa la carga (como muchas veces acontece y lo he visto por mis ojos) en algún peñasco sobresaliente o en algún recodo que estrecha demasiado el paso, derrumba la mula y la hace ir volteando hasta dar con ella en el raudal del río. . . . En muchas partes es necesario

apearse, y aun no va un hombre seguro en sus mismos pies, porque algunas laderas son tan derechas y resbaladizas que pone grima andar por ellas. Son tan altas las subidas y bajadas, que cuando de lo bajo se tiende la vista a mirar a los que van ya en lo alto, parecen pigmeos, y a mí me parecía temeridad o cosa imposible el haber de llegar allá....

Menester fué para contrapeso y alivio de los peligros y penalidades de estos caminos, que templase Dios sus rigores con le entretenimiento de tantas y tan alegres fuentes y manantiales, como los que se van descubriendo y gozando por ellos; vense algunos descolgarse de una imperceptible altura, y no hallando obstáculo en el espacio intermedio, saltar esparcido todo el golpe de agua, que suele ser muy grande, y desbaratándose en el camino en menudas gotas, hacer en la bajada una hermosísima vista como de aljófár derramado, o perlas desatadas, que con la fuerza del aire que sopla, ya de esta parte, ya de la opuesta, se cruzan y entretejen entre sí, haciendo un vistoso hondeado desde el alto de su nacimiento hasta la tierra, donde convirtiéndose en arroyos van a incorporarse con el canal principal del río, que corre por medio.

Otros se despeñan de no menor altura por peñas, que con sus diferentes posturas y disposiciones los hacen saltar de manera que ya toman ésta, ya aquella figura; aquí se levantan en forma de penachos y vistosos plumajes, allí se esconden como fugitivos por las grutas y cuevas, y remanecen donde menos se piensa, haciendo espuma y cubriendo como de escarcha las piedras por donde pasan. Unas veces se extienden y explayan con mansedumbre por las peñas lisas y llanas, otras se encanalan por las cuchillas de otras, por donde se precipitan, ya culebreando como sierpes, ya dividiéndose en varios ramos y pasando por entre quijas a su centro. Vi otros que antes de llegar a la tierra se desataban y dividían entre sí, de manera que en medio del camino formaban una espesa lluvia; otros parecían garúa, y rocío, o átomos del sol; no es posible decirlo todo, ni por más que se pinte se podrá jamás arribar a la verdad de lo que allí se ve... (1).

(1) Las frases que componen este trozo han sido entresacadas de los capítulos V y VII (Lib. I., tomo I) de la *Histórica Relación*, y agrupadas libremente. Las junturas quedan marcadas con puntos suspensivos. Hemos usado de esta licencia en nuestro deseo de proporcionar al lector un cuadro sintético de la Cordillera que vió Alonso de Ovalle y de las bellezas descriptivas que encierran esos capítulos, cuya reproducción *in extenso* sería de todo punto imposible. Advirtamos también que el autor, según el mismo lo afirma en su obra, volvió a transmontar la Cordillera en varias ocasiones, pero la gran sorpresa debió experimentarla en ese primero y novelesco viaje. Cuando años

Ercilla no vió nuestro paisaje; Oña vió lo que no existía; llega Ovalle y he aquí que descubre la cordillera. Los escritores chilenos, a partir de entonces, como embobados ante su majestad, permanecen vueltos hacia la mole andina, estáticos, sin que alcance a sus oídos el fragor del océano que golpea insistente a sus espaldas, clamando, exigiendo que se le mire. Nadie, sin embargo, oye el imperioso reclamo. Un día, casi al alborear el siglo XX, alguien escucha su voz. Mira y sorprende, tal vez asombrado, el soberbio espectáculo. El mar de Chile—el vasto mar de Chile—acaba de ser descubierto. Corre la noticia. Los escritores jóvenes, en falanges sucesivas, crecientes, se precipitan hacia él con la curiosidad, con la novedad de lo desconocido. Guillermo Labarca se queda *Mirando al océano*, Magallanes Moure arma su *Casa junto al mar*, Pablo Neruda canta nostálgico el amor de los marineros «que besan y se van»; Salvador Reyes se hace a la vela en su *Barco ebrio*—ambiciona ser *El último pirata*—; y hasta Mariano Latorre baja de la montaña y olvidando a los chilenos de la sierra, enreda su plática con los *Chilenos del mar* (1).

¿Cómo se ha despertado este súbito amor de las cosas marinas? ¿Quién ha sido el descubridor de este mar tanto tiempo ignorado y que hoy fascina a novelistas y poetas? Por nuestra mente, con guiño furtivo, pasan

después la definía como una «maravilla de la naturaleza, y sin segunda, porque no sé que haya en el mundo cosa que se le parezca», era sin duda esa visión primera la que se representaba a su mente. No sólo porque en la adolescencia se graban más intensamente nuestras impresiones y porque la impresión prístina suele ser la más fuerte, sino también por aquella ley psicológica que nos enseña que el mundo objetivo cobra mayor relieve ante nosotros en los momentos en que tenemos el alma agitada por emociones o preocupaciones vivas. Los sentidos y la memoria parecen, entonces, dotados de una hiper-sensibilidad, y sin darnos cuenta, espontáneamente—y de manera imborrable—, aprehendemos, absorbemos aspectos y detalles de las cosas que, en estado normal, nos habrían pasado inadvertidos.

(1) No es posible recordar a tantos otros: a Edwards Bello, viajero de *Cap Polonio*; a Garrido Merino con su *Barco inmóvil*; al atrevido Casassús explorador de *Altamar*; a Luis Enrique Délano, que en sus correrías marinas descubrió *Luces en la isla*. Y basta de enumeraciones.

los nombres de Darío—el de *Azul*—, Isaías Gamboa, Pezoa Velis, D'Halmar, Dublé Urrutia. . . . Problema indiscutiblemente interesante—y no fácil—que acaso algún día intentemos resolver. Bástenos por ahora dejar establecido que el otro gran descubridor—el de la Cordillera—fué nuestro olvidado P. Ovalle.

La revelación de la belleza andina, antes no sospechada, produce efectos inmediatos. Todos o casi todos los escritores de la Colonia que vienen después de Ovalle, rendirán pleito homenaje a la hermosura de nuestras montañas. La venda cayó para siempre de los ojos. Y hoy seguimos mirando y admirando lo que antes nadie veía. *Cuna de cóndores*, *Montaña adentro* y varias otras de las mejores producciones de nuestra literatura actual, ¿no tendrán su fuente lejana en la revelación del jesuíta?

LOS JESUITAS Y EL "NIÑO BIEN"

NUMEROSAS patrullas de policía circulaban por los distintos barrios de la ciudad, acudiendo oportunamente a disolver los desórdenes callejeros, provocados por bandas de estudiantes y trabajadores. Las gentes salían a las calles, en demanda de lo inesperado, a correr riesgos, a gritar: *¡abajo Monseñor Sibilía!*, a romperse la crisma con el vecino que se atreviera a contradecirles. Nadie se preocupaba de manifestar buen sentido. Cada cual aspiraba a tener el valor de sus opiniones y luchaba contra la fuerza armada, que no siempre lograba salir airoso frente a los garrotes, manejados con firmeza, y a las piedras lanzadas con certera puntería. No se hacían cálculos de probabilidades como ahora. La certidumbre del éxito nacía del nervio juvenil con que todos se entregaban a la acción, viviendo con deleite las exaltaciones eufóricas del idealismo. El concepto doctrinario impulsaba a unos cuantos, mientras la mayoría buscaba en estas circunstancias la ocasión de desahogarse, de descargar los nervios.

Los hombres luchaban en las Cámaras, en los periód-

dicos; discutían en el club, peroraban en las asambleas. La muchachada se batía en las calles. Los que por aquel entonces no alzábamos más que un palmo del suelo, deseosos de mostrar nuestra hombría, vivíamos horas angustiosas, en el encierro del colegio, cuyas altas murallas nos aislaban del mundo exterior. Cada día, los internos esperábamos la llegada de los medio-pupilos, para conocer las novedades que en la ciudad se habían producido durante la víspera; mas las noticias que nos comunicaban no alcanzaban a satisfacernos y sólo servían de incentivo a nuestra curiosidad. La semana se nos hacía interminable; y el domingo, que era nuestro día de salida, nos preparábamos desde temprano, como quien se apresta para realizar un viaje por países desconocidos. Después de pasar las angustias consiguientes, por el temor de ser castigados y que fuera retardada por ello nuestra hora de libertad, llegábamos a nuestras casas, a leer los diarios, a conversar con nuestros parientes, a reunirnos con nuestros amigos, para salir luego a las calles y plegarnos, de soslayo, a cualquier grupo de estudiantes mayores, junto a los cuales solíamos correr más de una aventura.

Todos nuestros juegos infantiles, las imaginaciones de la edad, los combates de los piratas de Salgari, que leíamos con avidez en las horas de recreo, cobraban vida y valor real ante nuestros ojos. Nos parecía estar viviendo una epopeya. Hasta nosotros llegaba ese hábito de animoso idealismo, que nos impulsaba a combatir las maquinaciones de Monseñor Sibia delante de los propios Padres Jesuitas, nuestros maestros.

Entretanto, la exaltación general subía de punto. Todo era incierto. Las noticias se circunscribían a las actuaciones oficiales, de que daban cuenta los diarios, y a lista de presos y de bajas, por obra de los caballos de la policía, que transmitía la tradición oral. Los rumores se entrecruzaban, como boca-calles de una ciudad ideal, superpuesta a nuestra aldea santiaguina.

Y nosotros sentíamos transcurrir las últimas horas de libertad dominguera, con la pesadumbre de los días de encierro y aislamiento que nos esperaban.

Mi madre, comprendiendo nuestro estado de ánimo, y deseosa de que no interrumpiéramos nuestros estudios, de que nada nos perurbara y alejara de ellos, nos atiborraba de buenos consejos cariñosos, presentándonos imágenes halagüeñas del porvenir que nos esperaba si nos sometíamos a la disciplina y dando tiempo al tiempo esperábamos que llegara para nosotros la hora de la acción. Por desgracia, más tarde no hemos visto realizadas esas ilusiones; nuestro espíritu perteneció a una generación más fervorosa, más desprendida e idealista que aquella en que formamos, por razones de tiempo. Después de haber soñado con la acción, hemos tenido que conformarnos con el buen sentido

Regresábamos al colegio con el corazón del tamaño de una avellana, pensando en la monotonía de las clases, en la rutina que nos esperaba, en la voz gangosa con que habría de saludarnos el hermano portero, en el silencio de los dormitorios. Una secreta esperanza acompañaba nuestros pasos hasta llegar a la puerta de nuestro Colegio; hubiéramos querido que de una esquina surgiese lo inesperado, lo que nos impidiera recoger esa noche, siquiera esa noche. Pero generalmente, después de cariñosas despedidas y de recomendaciones maternas, la puerta se cerraba tras de nosotros, como una sentencia inapelable, como un mal sin remedio.

Una noche nuestras ilusiones crecieron. Al enfrentar la calle San Ignacio, desde la Alameda de las Delicias, nos encontramos con que toda ella estaba cubierta por fuerzas de caballería, que formaban un cuadro alrededor del Colegio. Las tropas, en posición de *alerta*, no se habían desmontado, y los caballos mascaban impacientes los frenos. La calle Alonso Ovalle, igual-

mente resguardada, había sido vedada al tránsito; sólo se permitía pasar por ella a los alumnos de los jesuitas. El Colegio de éstos, amplio, sombrío de aspecto, con sus ventanas cerradas, la puerta apenas entreabierta, daba una impresión de silencio, de serenidad; parecía un mundo diferente, ajeno al mundo a que pertenecía la calle. Las dos torres, erguidas, semejaban dos estatuas, seguras de sí mismas. En ellas, el reloj parecía desentenderse de la actualidad, midiendo la inmensidad del tiempo. Junto a él, grabado en piedra el famoso lema: *ad maiorem Dei gloriam*.

Nosotros esperábamos, con mayor avidez que nunca, lo insólito. Creíamos que esa demostración de fuerza, esa *mise-en-scene*, amedrentaría a nuestra madre. Pero ella era más valerosa de lo que creíamos. Nos repitió sus consejos, nos animó a renovar las tareas colegiales, nos hizo ver que estábamos a cubierto de cualquier emergencia, que nada debíamos temer. Y nosotros, después de esto, tuvimos que despedirnos y penetrar en ese otro mundo del colegio.

Más tarde supimos que nada había acontecido. Es decir, que ningún rumor había alcanzado la categoría de realidad. Pero en cambio conocimos el precio que había pagado nuestra madre por su serenidad. No bien hubo regresado a casa, recibió la visita de un pariente, que le manifestó el peligro en que podíamos hallarnos. Según el decir de las gentes, Monseñor Sibilia se había refugiado en los jesuitas y los estudiantes se preparaban para asaltar la santa casa y apresar al Inter-nuncio. En vista de tan alarmantes presagios, mi madre, se dirigió nuevamente a la calle Alonso Ovalle. Llamó en el colegio y solicitó hablar con el Prefecto, que lo era en aquel entonces el Padre Angla.

La figura angulosa de éste se perfiló en una de las puertas del zaguán. Por encima de sus lentes, miraba a sus interlocutores, mientras se desarrollaba entre ellos el siguiente diálogo:

—Padre, me han dicho que Monseñor Sibia se ha alojado aquí.

—Puede ser, señora—contestó el jesuita, con su voz nasal, siempre mirando por encima de sus anteojos.

—Y dicen que van asaltar el Colegio los estudiantes....

—También puede ser....

—Es que en tal caso yo quiero llevarme mis niños....

—Eso no puede ser, señora....

—Pero es que permaneciendo aquí están expuestos a un peligro....

—Puede ser....

—Y si los estudiantes han preparado el asalto la policía no va a ser suficiente para detenerlos y van a lograr lo que se proponen....

—Puede ser....

—Es que entonces yo me llevo a mis hijos....

—Eso, le he dicho ya, no puede ser.... Nuestra regla es inflexible. Los alumnos ya se han recogido y no pueden abandonar el Colegio. Si usted lo desea, los retira mañana, pero ya no podrían ser educados en el establecimiento....

—Pero, Padre, si estos niños corren algún peligro....

—Dios no lo permitirá. Los hijos de San Ignacio han de permanecer en sus puestos.

—¿De modo que se quedarán aquí? ¿No asaltarán el colegio? ¿Está aquí Monseñor?

—No lo sé. Ignoro si está. Ignoro si van a asaltar el Colegio.

—Yo me llevo a mis hijos....

—No puede ser.....

El Prefecto no abandonaba su entonación nasal. Impasible, continuaba mirando la desesperación de mi madre por encima de sus anteojos.

Y en el colegio permanecimos esa noche. Esa y las siguientes....

No hubo peligro en verdad para nosotros. ¿Cómo

se resolvió la situación? Lo ignoro. Pero si lo hubiera habido, si el Colegio hubiera sido asaltado y en pleno asalto, mi madre nos hubiera ido a buscar, a mis hermanos y a mí, también le hubieran contestado: «no puede ser...»



Los Padres jesuitas, conforme al método de San Ignacio, habían analizado de antemano nuestra situación. Al contemplar el panorama de la sociedad, habían recibido una generación; la habían estudiado concienzudamente, procurando fijar, en términos absolutos y concretos, la misión que le había de corresponder más tarde; y después de esto, no pensaban más, sino que ejercitaban sistemáticamente los medios de conseguir el fin que se habían propuesto. Quiero decir que seleccionaban los alumnos que recibían y estudiaban el papel-que estaban llamados a desempeñar. Los educaban, de acuerdo con el ideal que se habían forjado respecto de ellos, independizándose por entero de la vida, de las contingencias, de las imposiciones del momento.

En el caso que he relatado, se nos consideraba niños católicos que debían mantener el vínculo de solidaridad con el Colegio y la Religión, sin consideraciones accesorias, sin tomar en cuenta nuestra edad, sin que para nada pesaran las angustias que habían de sufrir nuestras familias, con la frialdad de la lógica aparente con que nos repetían a diario: «¿de qué vale todo, de qué vale la vida, de qué sirve la felicidad, si al fin se pierde el alma?»

La selección mencionada se operaba por sí sola, merced a la influencia de varios factores. Uno de ellos, y acaso el principal, consistía en el costo de la pensión escolar. Los otros derivaban de la religiosidad y el *sno-*

bismo de las clases altas. Debido a esto, cada uno de los alumnos era una especie de resumen, viviente de historia nacional. Para no citar más que un caso conocido por mí, puedo referirme a un niño cuyos antecedentes familiares lo relacionaban con don Manuel Bulnes, don Aníbal Pinto, el Conde Toro y Zambrano, don Andrés Bello y toda una legión de colaterales y afines de brillante actuación pública. Y así como éste la mayoría.

Los jesuitas valorizaban este hecho y procuraban su extensión, por medio de relaciones sociales y de cierto género de pequeñas contemplaciones de que gozaba el alumno que era descendiente de hombres ilustres. Por otra parte, el plan pedagógico de estos religiosos, basado en las máximas de Gracián (*El discreto*) y en otros principios propios de la Compañía de Jesús, tendía a la formación de clase dirigente. Esto es, orientaba la educación en un sentido eminentemente humanístico, que inculcaba en el ánimo del niño la idea del papel preponderante, que por su genealogía y su situación económica estaba llamado a desempeñar. Recuerdo, a este propósito, que una vieja sirvienta, cuidadora de uno de mis compañeros, al ser preguntada acerca del porvenir que le esperaba al niño que tenía a su cargo, respondía sin vacilar que llegaría a ser obispo, «o, cuando menos, Presidente de la República». Y esto lo creía también mi amigo, lo creíamos todos, sin ver para nosotros, en el futuro, más que un estrado sobre el cual luciríamos el birrete morado o la banda tricolor.

El Colegio de San Ignacio era una especie de colegio de nobles. Gracias a ello, los niños que allí se educaron demostraron con el tiempo analogías con los miembros de aristocracias caducas, cuyo espíritu frívolo, cuyo egoísmo y falta de iniciativa agravan los males históricos que sufren en la hora actual algunas naciones monárquicas.

Recordar a quienes ejercieron funciones públicas, en el período comprendido entre el suicidio del presidente Balmaceda y el primero de los pronunciamientos militares, equivale a repasar el *Catálogo de Alumnos*, que constituía deliciosa novedad gráfica a principios de cada año. Los que llegaron a ser Ministros, Senadores, Consejeros de Estado y aquellos otros que lograron categoría de figurones, sin título oficial que justificara su magnífica prosopopeya, habían registrado sus nombres en aquel anuario estudiantil; alguno de ellos cursaba el sexto año de humanidades, mientras yo me empinaba al final de la fila que formaba la tercera preparatoria, o mejor la elemental inferior segunda sección, como se la denominaba en 1911; los hijos o los sobrinos de otros eran mis compañeros; y el nombre de casi todos figura en la lista del banquete en que se reúnen anualmente los ex-alumnos de San Ignacio. Así, casi todas las personas que descollaron políticamente, durante aquel tiempo, me son familiares. Es natural que por esto me explique, mejor que cualquier otro, la exactitud con que se define ése como *el régimen de la gente conocida* y conozca por qué toda gestión se traducía en empeños y el apellido vasco constituía un mérito administrativo. La camaradería estudiantil, ampliada por las alianzas de familia, persistía en las esferas de gobierno. Los gestores no hacían más que apelar a viejos afectos. Las ceremonias oficiales reunían a las mismas personas que habían ensayado ademanes de mesurada apariencia en las reparticiones de premios, que con tanta solemnidad tenían lugar en el Salón de Actos de la calle Alonso Ovalle. Y no es de extrañar que en el continuo trato entre camaradas aceptaran los políticos de aquel tiempo combinaciones y procedimientos que más tarde han parecido cosa de chacota a algunos señores graves.

Dada la situación social de los alumnos y esa figuración lograda por sus antecesores, era lógico relacio-

nar la actualidad nacional con el Colegio. Cual más, cual menos, todos esperábamos que las generaciones venideras se hallaran, con respecto a nosotros, en idéntica situación.

Los jesuitas nos tomaban de la clase dirigente y nos educaban para ser directores. Por nuestra parte, comprobábamos el éxito logrado por nuestros ascendientes y colaterales, y como recibíamos idéntica educación que ellos, creíamos buenamente que habíamos de alcanzar igual notoriedad. De acuerdo con su lógica los hijos de San Ignacio, analizada nuestra situación, definido el propósito que podía perseguirse, esto es, establecida la misión que a juicio de ellos había de correspondernos y la educación que habíamos de recibir para poder llenarla cumplidamente, ponían manos a la obra, sin tomar en cuenta lo contingente, en forma esquemática, sin ápice de humanidad.

Los alumnos vivíamos auxiliados por una fuerte organización que nos lo procuraba todo. Se nos educaba para teóricos. Dentro del establecimiento, nada hablaba a nuestras mentes infantiles de las dificultades de la vida. En él se respiraba una atmósfera de comodidad, de bienestar. Cuidadosamente se pintaban todos los años las murallas y pilares que circundaban los patios, y eran barnizados los escritorios, encerado el piso de las clases, otorgando siempre una importancia trascendental a la presentación externa del Colegio y sus pupilos. Todo era allí limpio, pulcro, cómodo; la comida abundantísima, de calidad superior; la servidumbre numerosa y disciplinada; esmerado el cuidado con que se atendía a los detalles materiales. Y esto por medio de una organización metódica, cuyo mecanismo desconocíamos los alumnos. No disponíamos de lujo, si como tal se entiende lo superfluo; pero sí teníamos el lujo de poseer todo lo necesario, preparado convenientemente, en el momento en que lo requeríamos. No caía un cuadro, no se quebraba un vidrio, no

se estropeaba un escritorio, sin que fuera refaccionado o repuesto al instante, sin mayores requerimientos (1). Los niños veíamos que todo marchaba a maravilla, sin comprender cómo ni por qué. En nuestras casas, por otra parte, hacían esfuerzos sobre-humanos para que nada nos faltara, para que pudiéramos alternar y rivalizar con nuestros compañeros. Ignorábamos el valor del dinero; no nos preocupábamos de saber lo que cuesta cada cosa. Todo lo teníamos, como por obra y gracia de una varillita mágica.

A juicio de los jesuitas, estábamos en el colegio para estudiar y nada más que para eso. Toda otra tarea era encomendada a uno del oficio. Al leer nosotros las vidas de santos, y conocer por ellas la tranquilidad con que algunos varones veían llegar los instantes de apremio diciéndose confiados: «Dios proveerá», no hacíamos más que repasar una verdad que nos parecía inconcusa.

De este modo, los ex-alumnos de San Ignacio sólo nos consideramos aptos para las llamadas carreras liberales. Llegamos a mayores, huérfanos de toda iniciativa, con refinamientos principescos, con cierta mollicie espiritual, desconocedores del valor de la vida. Al-

(1) Esta presteza en acudir a remediar desperfectos constituye una práctica de trascendental influencia psicológica. Merced a ella veíamos confirmarse nuestra idea de que todo se arregla solo y nada tiene importancia. Adquiríamos la seguridad de lo que pudiéramos llamar nuestra fortuna y nos acostumbábamos a no carecer de nada.

Por informaciones de personas que me merecen absoluta fe, conozco el caso opuesto, que se producía en algunos colegios fiscales, durante la misma época. El Instituto Nacional, por ejemplo, con ser uno de los establecimientos mejor atendidos, cargaba en cuenta a sus alumnos el valor de los objetos que destruían y su administración tardaba en remediar el daño lo que una gestión en oficina pública. Ateniéndome a estos informes, puedo señalar al Liceo Barros Borgoño (siempre durante la misma época), como un caso típico de abandono, suciedad y miseria. Poseía éste salas estrechas y mal iluminadas, servicios higiénicos rudimentarios, instalados al descubierto, menguado patio que en invierno se transformaba en barrizal, murallas inclinadas y reblandecidas por la humedad, empapelado sucio y desprendido, bancos hechos trizas; en fin, todo lo necesario para producir en el alumnado una deprimente impresión. Niños y profesores sabían cuán inútiles habían de ser sus esfuerzos para remediar tales males y hacían lo que hace un chileno en tales casos: dejarse estar.

gunos llegaron a ser hombres de gobierno y mostraron entonces su inepticia en materias administrativas. Derrocharon caudales, se mostraron insuficientes en el sentido burocrático, familiarizados como estaban con la idea de esa varillita mágica que todo lo remedia a tiempo. Para ellos, el consejo administrativo del Colegio, el que mandaba componer lo roto, pagar las cuentas y hacer las provisiones, se transformó en el inmenso mecanismo del Estado, con iguales funciones.

Yo recuerdo que nada tenía importancia, para nosotros los colegiales; hacíamos colecciones de objetos robados al establecimiento, solicitábamos, para desperdiciarlas, mayor cantidad de raciones que las necesarias; disponíamos antojadizamente de todo, sintiéndonos dueños y señores de la casa.

Los niños *bien*, que llegaron al Gobierno después de haber sido educados en esta forma, no podían proceder de otra manera con Papá Fisco. Los que no alcanzaron tal encumbramiento, se perdieron....

San Ignacio no formó el tipo burgués, que vive feliz en *aurea mediocritas*, y que es a conciencia un hombre de bien. Sólo formó al político brillante, ramplón a veces, y al tarambana. Los que no alcanzaron los halagos de la popularidad y del triunfo, malgastaron sus

Muchos de los que han sido educados en establecimientos de tan vergonzosas apariencias se han abandonado a sí mismos, se han congraciado con la miseria y la mugre. Los colegios fiscales han contribuido al *desgreño* racial de que habla Pérez Rosales.

La influencia de tales circunstancias es apreciable en los cursos universitarios. En ellos se diseñan claramente los grupos; se apartan unos de otros y se distinguen por características especiales. Uno de ellos, formado por los bachilleres egresados de San Ignacio y otros colegios por el estilo, atildados, petimetres, con calma para estudiar, con tiempo disponible, con cierto aire de hombres de mundo que asisten a la Universidad con displicencia elegante, como quien va a una fiesta un poco aburrida, en la que hay que presentarse por obligación. El otro grupo formado por los estudiantes de liceos, santiaguinos o provincianos, pobres, desgreñados, inquietos, atormentados por la necesidad, estudiosos en su mayoría, fiando el porvenir al empeño con que asisten a las clases. En términos generales: de un lado, el hombre seguro de sí mismo, que sabe cuál será su porvenir, en el estudio de un pariente acreditado; del otro, el industrioso, el busquilla, que quiere apresar el éxito a fuerza de constancia.

vidas. Empezaron figurando socialmente; algunos continuaban la tradición ocupando asientos en el club y paseando su aburrimiento por los sitios elegantes. Los otros, los que tenían demasiado talento para conformarse con las satisfacciones de lo *snob*, han visto desdorarse su bohemia y más de alguno vive en la sombra.



Los jesuitas nos proporcionaban en su establecimiento la tranquilidad de que goza el laboratorista, aplicado al microscopio mientras un mozo le acarrea los materiales que necesita, un cobrador recauda sus ganancias y una mujer organiza la vida en su hogar. Pero de la tranquilidad a la molicie no hay más que un paso. El primer efecto de este sistema del confort material, de de la despreocupación de la vida, era nuestra disipación espiritual. Como niños que éramos, no disponíamos de la disciplina necesaria para contraernos al estudio. Quienes se educaron conmigo, o antes que yo, pero en el mismo sitio, no pueden decir que hayan conservado del colegio más que ciertas modalidades psicológicas adquiridas en él. No estudiábamos. Los pocos que lo hacían, no asimilaban, por la preferencia que se otorgaba a los ejercicios de memoria, por deficiencias del sistema y de los profesores.

El método antiguo era el establecido y la norma consistía en repetir la materia, como loros, hasta que se grababa y podía decirse de punta a cabo, sin tropezos. Compañero tuve yo que en un examen, al hablar de los Capetos, empezó con las mismas palabras del libro: «Como decíamos en el capítulo anterior. . . .»

También tuve un profesor de aritmética, el Padre Ferrater, que sin tomarse mayor trabajo explicaba

siempre en la pizarra el mismo problema cuya solución ofrecía el libro. Así su clase era enteramente inútil. Y si alguna vez, deseosos de interesarnos en ella, le preguntábamos la razón por la cual ejecutaba tal o cual operación, nos respondía invariablemente: «esta tarde te diré por qué...», lo que en buen romance equivalía a una sentencia de dos horas de arresto vespertino. El Padre Ripoll, que trataba de enseñarnos Historia Moderna, quiso que aprendiéramos este ramo por medio de cuadros sinópticos y nos pedía que, de acuerdo con su sistema, compendiáramos la historia de Napoleón en cuatro títulos, los cuales habían de ser: Jena, Wagram, Austerlitz y Waterloo. Con ello cumplíamos nuestros deberes de aplicación, pero continuábamos ignorando la vida del Gran Corso. En clase de Historia de América y Chile, el Padre Correa Valenzuela sólo nos exigía orden y compostura. Pasaba la materia rápidamente, hurtando el cuerpo a las interrupciones, que él llamaba «preguntas capciosas». Y cuando algún alumno solicitaba de él que ampliara sus informaciones sobre determinado punto o que precisara una fecha, le decía: *usted, fulano, que es de familia criolla y vieja, sea consecuente con su profesor*, lo que equivalía a rogarle humildemente que lo dejara en paz.

Existía en el establecimiento una especie de delirio de persecución que se justificaba algunas veces. Se decía que todos los profesores universitarios que eran examinadores pertenecían a la Masonería y procuraban reprobar el mayor número posible de alumnos. De ello se defendían los padres auxiliando a los examinandos en ese trance, haciendo causa común con ellos, por medio de subterfugios que llegaban hasta lo inverosímil. Una vez, por ejemplo, en examen de Historia de América y Chile, un niño incluyó en la lista de Presidentes el nombre de don Antonio Varas. El examinador, sorprendido por la magnitud del disparate, le llamó la atención en forma un poco

brusca; y entonces, el profesor, que en aquel año lo era el Padre Galarza, para defender al niño, repuso al examinador: *Sin embargo, señor, hay opiniones...*

Tales situaciones eran producidas por el deseo de no echar mano de profesores extraños a la congregación. En la imposibilidad de completar el número de maestros, obligaban a tal o cual religioso a estudiar una materia durante las vacaciones para enseñarla al año siguiente. Aunque justo es decir que también había algunos profesores magníficos: los de Filosofía, Física, Química, Geometría, Cosmografía, Historia Natural; buenos especialistas que perdían su tiempo al querer traspasarnos sus conocimientos, ya que el sistema antiguo nos obligaba a pasar rápidamente las materias y rendir exámenes finales después de sólo un año de estudio.

Todo esto ha influido para que los ex-alumnos de San Ignacio, al salir del Colegio, tuviéramos que repasar las humanidades privadamente. Los que tal no han hecho, conservan un barniz muy superficial de cultura, pero ninguna idea precisa. La única huella que ha dejado en ellos la educación de los padres jesuitas reside en la idiosincrasia formada por ella.

Por lo demás, en aquel establecimiento, para figurar entre los alumnos distinguidos no necesitábamos gran cosa del estudio. Se ascendía por méritos ajenos al esfuerzo personal. He dicho anteriormente que nuestros profesores tenían muy en cuenta los antecedentes familiares de algunos niños. Merced a esto quienes tenían relación estrecha con personajes de actualidad lograban cierto favor en los concursos, así como aquellos que demostraban acendrados sentimientos de piedad y eran miembros de la Congregación Mariana.

Pero quedaba otro recurso, al alcance de todos y por todos ejercido. La cuestión en el Colegio no se reducía a estudiar para saber, por amor a la ciencia, por curiosidad intelectual, sino que consistía en estudiar

para figurar. Lo esencial de la educación que recibíamos en San Ignacio residía en la emulación. Y ésta se traducía en una serie de esfuerzos sostenidos por el amor propio, sujeto a exterioridades y al halago de manifestaciones públicas. Ningún aliciente moral encontraban los alumnos. No había más que exhibiciones espectaculares. Las clases se hallaban divididas en dos bandos: Roma y Cartago. Los niños adquiríamos espíritu de casta y defendíamos con ardor al bando a que pertenecíamos. Acaso allí nacieron las aptitudes de algunos que fueron más tarde, en el Congreso, miembros disciplinados de un partido político, gobiernistas u opositoristas *a outrance*. Cada uno de dichos bandos poseía cuatro primates: Cónsul, Legado, Abanderado y Decurión, quienes gozaban de ciertas franquicias y prerrogativas. En ello vemos una imagen de la jerarquía que posee la nobleza y de los cargos ministeriales decorativos a que son tan aficionados los políticos republicanos. Los puestos indicados eran ocupados por los alumnos que obtenían mejores notas en las composiciones mensuales. Pero se podía llegar a ellos por medio de desafíos, o *contrapuntos*, que se realizaban semanalmente. Este procedimiento, que parecía destinado a estimularnos en el estudio, no hacía más que agudizar nuestra dialéctica y sutilizar nuestras argucias polémicas. En los desafíos no triunfaba el que conocía mejor la materia de que se trataba, sino el de argumentación más rápida, el más aficionado a los detalles. Y como es natural, este género de lucha se desplazaba al terreno personalista. Surgían las disidencias. Los rencores eran frecuentes. Se recurría a todas las «martingalas» posibles, a las preguntas capciosas, a las sutilezas metafísicas. Entre vencedores y vencidos se creaba una suerte de enemistad política. Luego nació el *sport* de derribar Cónsules. Se formaron coaliciones. Todo igual a lo que vimos más tarde, al dejar de ser niños. Idénticos procedimientos en casos de mayor

trascendencia: coaliciones cerradas, disidencias insalvables, derrocamiento de Ministerios por simples juegos de dialéctica.

De acuerdo con la educación que recibimos, hemos creído después en los teóricos y en el valor de la oratoria. Más aún, gracias a la influencia de todo esto nos acostumbramos a no analizar los conceptos, conformándonos con dos o tres denominaciones pomposas.

La mayor de nuestras ambiciones consistía en hacernos aplaudir, recitando o cantando, en las proclamaciones de dignidades que se efectuaban mensualmente con toda solemnidad. Aspirábamos también a lucirnos en ellas con la banda de los Cónsules—azul para el cartaginés, roja para el romano—, así como nos mostrábamos arrogantes, ante las enternecidas miradas de nuestros familiares, con el pecho constelado de medallas, durante las reparticiones de premios. En lo que pudiéramos llamar la vida privada, esto es, en las actividades propiamente escolares, hallábamos incentivo excitante en los famosos desafíos de que he hablado.

Durante el mes de Septiembre llegaban al máximo nuestras aspiraciones; nos presentábamos magníficamente, ataviados con costosísimos uniformes y armados militarmente, en una revista de gimnasia. Adoptábamos entonces el aire de salvadores de la patria. Nos condecoraban, por concepto de agilidad en el trapecio, de ligereza en los saltos, de disciplina en las filas. Nos sentíamos héroes.

Todas estas cosas, amalgamándose en nuestro fuero interno, imprimieron una modalidad en nosotros. Gracias a ellas adquirimos nociones acerca de la patria, del bien, de la humanidad; nociones bien distintas, por cierto, de la realidad. Las comodidades de que siempre gozamos, la seguridad que adquirimos de que todo se lograba como por arte de encantamiento, produjo en nosotros la molicie espiritual. Nos convertimos, sin

advertirlo, en lo que con propiedad se ha llamado el *niño bien*. La mayoría de los ex-alumnos de San Ignacio han sido jóvenes muy elegantes, desconocedores de la vida, sin espíritu de empresa, sin noción de lo práctico. Se han asilado en la carreras liberales. Por obra y gracia de algún pariente bien colocado, poseen un estudio que proporciona lo indispensable para vestirse y pasear; el resto lo paga, generalmente, el papá. Algunos han llegado a cargos públicos importantes. En ese caso han considerado al Fisco como un organismo administrativo destinado a proporcionarles lo que les viniera en gana, con una idea declamatoria y hueca del deber y la Patria. Sin nociones de eso que los norteamericanos han llamado «espíritu de servicio». Familiarizados con los que fueron hombres dirigentes por espacio de un largo período, se han acostumbrado a tratarlo todo «a lo amigo». Como las generaciones anteriores fueron educadas en idéntica forma y poseían idiosincrasia análoga, se generalizaron las prácticas viciosas y se llegó, lógicamente, a la podredumbre social y política que justifica la situación actual.

Los jesuitas no han abandonado sus prácticas. Continúan seleccionando los alumnos que han de recibir en su colegio, procurando que ellos pertenezcan a la clase dirigente. En mi tiempo, el anuario escolar estaba poblado de apellidos vascos, que eran los predominantes en la vida nacional. Hoy se encuentra plagado de nombres que pertenecen a la industria y el alto comercio. Influencia por influencia, considerando caduca la que ejercieron los apellidos, cultivan hoy la del dinero. Y es sensible. Los hijos de industriales y comerciantes tienen en sus hogares la mejor escuela y el más alto ejemplo. Puede presumirse que poseen, en potencia, capacidad de trabajo, espíritu de iniciativa y otras virtudes que se engendran y desarrollan junto al esfuerzo personal. Y si en el Colegio de San Ignacio van a ser educados como en colegio de nobles, perderán

sus buenas cualidades, por falta de ejercicio, se crearán necesidades ficticias, se transformarán en seres complejos. Y pudiera ser que llegaran a malograrse y convertirse con el tiempo en otros tantos *niños bien*, de cultura insuficiente, de psicología perjudicial.

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

El archivo parisiense de I. S. Turguenev

DESPUES de la muerte de I. S. Turguenev (22 de Agosto de 1883), sus papeles pasaron al poder de Paulina Viardot y, en seguida, a los herederos de la famosa cantante. Durante cuarenta años estuvo cerrado el paso al archivo de Turguenev, y sólo ahora los investigadores de la literatura rusa han podido formarse una idea de él.

El honor envidiable de describir y editar los manuscritos inéditos de Turguenev le ha tocado al eminente conocedor de la literatura rusa, que fué profesor de la universidad de Strasburgo y que, hoy día, ocupa la cátedra de idiomas en el Collège de France: Andrés Mazon. El profesor Mazon ha resuelto brillantemente este problema lleno de dificultades y de responsabilidad. Hace unos años ya fueron popularizados por él los primeros croquis de *Novedad*, *En vísperas* y de otras obras, que han sido bastante útiles para el estudio de los métodos de trabajo de Turguenev. Y en estos días, en la edición del Instituto Francés en Petrogrado, escribe un tomo especial, dedicado a la herencia parisiense que dejó Turguenev: *Manuscrits parisiens d'Ivan Tourguenev. Notices et extraits*. Sólo el prólogo de A. Mazon le da al libro un gran valor, pues en él el profesor caracteriza a Turguenev no según los criterios anticuados, sino según el material vivo de los papeles privados del novelista, los cuales dejan a descubierto todo el mecanismo de su trabajo, y hacen de él un retrato muy individual. Este croquis profundamente pensado está llamado a ocupar el lugar de no pocos estudios anticuados de la crítica literaria.

El catálogo de los manuscritos cuenta en total con cerca de

150 números. Aquí entran los proyectos y croquis de las obras pensadas, borradores de cartas, y también obras concluidas en varios estados de trabajo, principiando por los primeros croquis y terminando con los manuscritos destinados a la imprenta. (Por ejemplo, *El nido de la nobleza*.)

Mucho de lo enumerado en el catálogo no ha aparecido nunca en la imprenta y, por consiguiente, tiene todo el interés de la novedad. Los manuscritos más importantes van a ser publicados en un futuro cercano. Aquí esta la enumeración de los títulos de mayor interés: *La tentación de Antonio*, drama en un acto (año 1842); *El ruso-alemán*, cuento escrito para la colección de las *Notas de un cazador* (año 1847); *Dos generaciones*, plan de una novela larga, que se desarrolla en el año 1845; *Stepan Stepanovich Deubkov y mi conversación con él*. Deubkov es un oficial retirado de gendarmes (fines del año 40): el proyecto de un documento dirigido a Alejandro II; los croquis de los cuentos *El desesperado* y *El maestro* (alrededor del año 1880); apuntes para la novela o cuento *Natalia Karpovna*, escritos de la mano de Paulina Viardot (año 1880); *Une fin* o *Le Milan*, último cuento de Turguenev, dictado por él, ya enfermo, a Paulina Viardot (54 hojas); más de diez libretos de operetas en francés, escritos de la mano de Turguenev, y, además de esto, una de las joyas de la colección: *Treinta y tres poemas en prosa*, que no entraron en la edición de Stasiulevich. Estos poemas fueron publicados no hará mucho tiempo en la *Revue des deux Mondes*, en la traducción francesa del señor Salomon, y luego aparecerán en la edición rusa. Uno de ellos está reproducido por el señor Mazon y puede considerarse como lo mejor en su estilo.

MIS ARBOLES

Recibí una carta de un antiguo compañero de la universidad, un aristócrata terrateniente. Me llamaba para que fuera a visitarlo en su propiedad.

Yo sabía que hace tiempo él estaba enfermo, ciego y tan paralítico que apenas podía andar. Me fuí a verlo.

Lo encontré en una de las avenidas de su gran parque. Metido en un abrigo de pieles—aunque estábamos en verano—, entumido y encorvado, con una visera verde encima de los ojos, estaba sentado en una silla con ruedas, que empujaban dos mozos vestidos de ricas libreas.

—¡Bienvenido sea—dijo con una voz de ultra-tumba—, en mi tierra bajo la sombra de mis árboles centenarios!

Encima de su cabeza, como una tienda, se extendía un fiero roble milenario.

Y yo pensé: «¡Oh roble majestuoso!, ¿oyes? Un gusano medio muerto que se arrastra al lado de tus raíces, te llama su árbol.» Y un vientecito suave pasó como un soplo liviano entremedio de sus hojas y me pareció que el viejo roble contestaba con una sonrisa de buen humor a mi pensamiento—y a la vanagloria del enfermo.

Entre los proyectos inconclusos ocupan un lugar especial una novela sin nombre y el borrador del cuento *Silaeu*, interrumpido en el principio.

La novela se desarrolla durante el año 1867, en el tiempo de la primera exposición mundial de París. El héroe—un joven ruso, Travin—es, según dice de él el autor, «una naturaleza sumamente cómoda, que necesita salud, riqueza y tranquilidad. Pero tiene una pequeña cuerda mística, y ahí es donde cae». Al final de la novela logra un «puerto tranquilo», como Litvinov en *Humo*, y se casa con Lisa Lanina. Pero antes tiene que vivir una novela excitante con una mujer excepcional, Sabina Monaldeski, hija de un escultor fracasado; por las venas de su padre italiano y madre francesa, corre sangre rusa. Acerca de la madre de Sabina, Celina Budua, Turguenev hace la siguiente nota:

El autor, que lo sabe todo, nos dijo que el padre de Celina era su propio padre, el coronel S. N. Turguenev, que estuvo en París en el año 22 y era un conocido Don Juan.

Travin se encuentra con Sabina en el tren y, desde el primer momento, se tiende entre ambos una corriente mística. Una fuerza irresistible atrae al joven ruso hacia esta clarovidente, la cual, con su fascinación y también con el misterio con que se envuelve, emborracha a Travin. Turguenev presenta a Sabina como «un ser raro, desdichado, fascinador y al mismo tiempo antipático». Ella es una «galante aventurera, mezcla de un carácter mentiroso y al mismo tiempo franco, magnánimo pero no bueno». Por ella Travin se olvida de todo. Deja de ver a sus amigos moscovitas, los Lanines; todos los días los pasa con su extraña amiga, que lo enerva contándole macabras aventuras de su vida.

No hay manuscritos ordenados de la novela. Turguenev hizo lo que él llama unos «apuntes formales», muy detallados, de los personajes, sus biografías y características, y, además de describir a los que toman parte en la novela, también describió a los que ya no existían, como, por ejemplo, los antepasados de Sabina. Y aquí, aun más que en el *Nido de la nobleza*, Turguenev se interesa por la cuestión de la herencia, en este caso por la herencia de la raza. El padre de Sabina, Demetrio, es hijo de un italiano y de una rusa; Turguenev pone: « $\frac{1}{2}$ sangre rusa, $\frac{1}{2}$ sangre italiana». Lo mismo su madre, cuyos padres son un ruso (coronel de Turguenev) y una francesa: «aquí $\frac{1}{2}$ sangre rusa, $\frac{1}{2}$ sangre francesa». Turguenev no se queda con esto y hace una suma: Sabina, « $\frac{1}{4}$ sangre rusa; $\frac{1}{4}$

sangre rusa = $\frac{1}{2}$ sangre rusa; $\frac{1}{4}$ sangre italiana y $\frac{1}{4}$ sangre francesa». En las características y las biografías hay muchas partes ya terminadas, que el autor iba a poner en su novela. Turguenev saca sus personajes de la vida real, de personas de las cuales toma uno que otro rasgo característico o físico. Así, para el retrato de Sabina, tomó dos hijas de Paulina Viardot y la princesa Tolstaia. Para el prototipo de un personaje secundario, el corresponsal de diario Chubko, le sirvió de modelo el periodista ruso Scherban, al que el autor da la siguiente característica poco halagadora.

Chubko, Pantelei Panteleich: tomar a Scherban por modelo. Sucio, bajito, pelo grasiento con un moño, voz ronca, comadrero, astuto, capaz de hacer cualquier cochinada a escondidas.... No ha sido abofeteado nada más que porque ha sabido escaparse a tiempo.

Además de estos retratos hechos hasta los detalles más insignificantes, Turguenev arregló el esquema de toda la novela, y fuera de esto, el sumario de los primeros cinco capítulos, llenos de escenas vivas e interesantes las cuales hacen sentir y que por alguna razón Turguenev no concluyó esta obra.

Por su epílogo, esta novela que no fué escrita debía recordar *Humo*. Pero los incidentes parisienses (como el romance de Litvinov e Irina en Baden-Baden) enredan este esquema tan familiar para Turguenev, con una cantidad de motivos místicos, los cuales acercan la novela a otras obras del año 70.

Misterioso y terrible debía ser el cuento *Silaev*. El lugar, Petrogrado (Colomna). Un mensajero misterioso llama al narrador a casa de un compañero de colegio, que es visitado en las noches por el fantasma de su tío y por un gato negro. El manuscrito está cortado en el lugar en que, a media noche, aparece el gato negro.

Aparte de las obras literarias, en el archivo se han conservado muchas cartas de Turguenev; sus diarios desde el 29 de Noviembre hasta el 9 de Diciembre del año 1863, y del 17 al 29 de Enero de 1883; y también el *Memorial*, una descripción corta de los hechos de su vida desde el año 1830 hasta el año 1852.

Del trabajo de Turguenev en las revistas francesas quedaron las traducciones de Pushkin: *El Profeta*, *No puedo dormir*, *no hay luz*, *Al poeta*, y un proyecto de prólogo para estas traducciones (no sabemos si habrán sido publicados), y también el borrador de una carta al redactor de la revista *Revue des deux Mondes* en la cual apareció *El rey Lear de las estepas*. Este es el principio de la carta, que es interesante por su tono:

Seguramente le parecerá a Ud. que las partes que Ud. ha marcado con tinta azul, pecan contra el buen gusto, o bien las encuentra Ud. demasiado crudas. Yo hice uno o dos arreglos pero no toqué lo demas. Le advertí que mi novela no estaba hecha con agua de rosas. Si Ud., no obstante mis advertencias, la aceptó, me parece que yo puedo aceptar la responsabilidad de ella. Yo volví a escribir lo que Ud. me borró dos veces; cuento esta parte como característica e indispensable. Ud. seguramente la borrará otra vez. Pero confieso que esto me obligará a rehusar en el futuro este trabajo que es para mí tan degradante como desagradable. Parece que el autor demostrara una testarudez de niño, cuando, por el contrario, obra según sus convicciones. Además de esto, yo no estoy acostumbrado a esta clase de trabajo. Más claramente, si cada uno fuera por su lado....

Nombramos todavía otro punto interesante en los manuscritos de Turguenev: los apuntes de distintos hechos pasajeros. Estos apuntes «para sí», que reflejan el ánimo del escritor durante su trabajo, especialmente en el momento de empezarlo, divulgan un retrato muy simpático de Turguenev, para quien el trabajo debía estar acompañado de mucho «confort para escribir». El papel y la pluma tenían que ser de buena calidad, los cuadernos debían ser comprados en la mejor librería, y bien encuadernados; Turguenev anota dónde y cuándo adquiere un cuaderno nuevo. Sentándose a la mesa hace un «ensayo de pluma», anota la impresión que le hace; mientras mejores la pluma y el papel, más fácilmente y con más gusto escribe. Tiene una cantidad de estas anotaciones. Estas son las más curiosas:

Este libro lo compré en París, antes de irme para Baden, en Abril del año 1863. El papel es suave, la pluma escribe bien, bien.

Pero un poco más abajo, ¡desilusión!:

¿Qué es esto? ¿Papel bueno? ¡no! Pluma. Pluma de ganso, pluma de ganso buena. El papel bueno, la pluma buena—Turguenev—pluma buena.

O en el manuscrito de *Novedad*:

¿Cómo está el papel? El papel es bueno, pero faltan las ganas para trabajar.

En el manuscrito del *Nido de la nobleza*, el ordenado autor anotó:

Pensada en el principio del año 1856; mucho tiempo no la principiaba, dándola vuelta en la cabeza; empecé a trabajarla en el verano del año 1858, en Spaskoe. Terminada el lunes 27 de Octubre de 1858, en vísperas del día en que voy a cumplir 40 años.

Los otros apuntes no han sido destinados para el público; conciernen al mismo Turguenev como también a otras per-

sonas. Al borrador de la carta escrita en Roma para la revista *Atenea* (1857) más tarde hizo un agregado: «La carta publicada en *Atenea* es estúpida.» Y encima del borrador de la carta para la editorial *Severnaia Pchela* (1862) esta escrito: «La carta para la *Severnaia Pchela* acerca del sinvergüenza de Mekrasov.» En algunos cuadernos está escrito de una mano ajena, de niño, la palabra «Travaille».

Dejamos para el último un documento que no es literario pero sí humano. Es lo que Turguenev llamó la «hoja del dolor», el diario de su enfermedad, que llevó él mismo durante 62 días, desde el 2 de Agosto hasta el 12 de Octubre de 1882, durante el tiempo que hizo la cura de leche. Al lado de observaciones puramente medicinales, se encuentra el grito del corazón enfermo, cansado de los largos sufrimientos y desesperado de poder mejorarse:

29 de Agosto Martes. Un día malo; desde las cinco de la tarde empezaron los dolores en el lado derecho. Pasé mala noche y en la mañana siguieron. Todo lo demás s. a. (*sicut ante*: como antes). El resultado de la cuarta semana: peor que la semana anterior. Especialmente los dolores en el lado derecho han aumentado. Yo no puedo mejorarme....

25 de Octubre. Trece días pasaron desde que escribí estas líneas. Nada más que 85 días que tomé mi cura de leche. Pero yo dejé de anotar... no vale la pena. Mi enfermedad se ha afirmado para siempre. O un poco mejor o peor... pero mejorarme... es imposible.... Y mi situación no cambiará nunca. Hasta el final de mi vida no me podré ni parar ni podré andar. Me acostumbré a la leche, pero no siento apetito para otra comida. Voy a seguir con la leche, pues, siempre es bueno para el estómago y los riñones....—y con esto basta. ¡Basta!

G. LOZINSKI.

Exclusivo para *Atenea* en Chile. (Traducción de L. Schostakovsky.)

Un historiador anónimo

LA celebración del aniversario de la batalla de Yungay, el 20 de Enero de 1839, dió motivo al que esto escribe para recordar uno de los más pintorescos incidentes de la primera campaña contra la Confederación Perú-boliviana, forjada por la imaginación ardiente y la ambición desmesurada del mariscal Santa Cruz, que fué puesta bajo las órdenes del almirante don Manuel Blanco Encalada.

Blanco Encalada tuvo la peregrina idea de proponer al general boliviano, en circunstancias en que se encontraba concen-

trado con sus tropas en Arequipa, la decisión de la batalla que se acercaba en un combate singular de seiscientos hombres escogidos de cada ejército. El cónsul norte-americano haría de juez y hasta se llegó a elegir el sitio más adecuado para el proyectado encuentro bélico. Santa Cruz, con esa su habilidad característica, aceptó en principio la proposición del general chileno, lo que le permitió ganar tiempo y concentrar todas sus fuerzas en las vecindades del campamento chileno. Convencidos los chilenos de la superioridad de las tropas de la confederación, desmoralizados por su larga estada en un suelo extraño de clima agobiador, no tuvieron otro camino que entrar en tratos de arreglo. El resultado de esos trajines, en los que le cupo tan destacada participación a ese hombre inquieto y turbulento que fué don Antonio José de Irisarri, fué la firma del Tratado de Paucarpata, que Chile rechazó con energía como un grotesco insulto a su altivez y a su inquebrantable resolución de derribar la endeble Confederación Perú-boliviana.

Este curioso incidente, olvidado en los fárragos de los historiadores nacionales, ha servido para revelar la existencia de un historiador anónimo, entusiasta de nuestro pasado, conocedor de sus hombres, de sus flaquezas y debilidades. Y decimos que es un historiador anónimo por cuanto desarrolla sus labores en esa forma, por medio de frecuentes cartas llenas de confidencias, de observaciones, de reparos, de anécdotas sabrosas y desconocidas. Es una especie de historiador de entre bastidores, de libro de Memorias, en el que el amor a la verdad despunta con ático donaire. No se crea que nuestro escritor epistolar está ayuno de literatura; por el contrario, las páginas de Barros Arana y Sotomayor Valdés, de Bulnes y de Daniel Riquelme le son familiares. Pero el historiador anónimo no cree en la historia oficial, en la de los libros de texto, en la consagrada por los severos volúmenes de los escritores académicos. El historiador anónimo ha recogido nuestra tradición nacional no en los libros consagrados, sino en sus propios recuerdos, en el testimonio de los contemporáneos, en los pelambellos de sobremesa y en todos aquellos hechos de la vida íntima de los personajes que las más de las veces determinan las resoluciones de los hombres públicos y trazan el surco de los acontecimientos

Esta familiaridad del historiador anónimo con las intimidades del pasado, con las debilidades y flaquezas de los hombres de otras generaciones, le ha permitido trazar una cruda semblanza del almirante Blanco Encalada, que sin duda es acertada, pero que dista mucho de la que se encuentra en los tex-

tos de historia patria. He juzgado al almirante Blanco Encalada, dice el historiador anónimo, un hombre más o menos bien dotado y gran farsante favorecido por la fortuna. Como marino, apenas había sido guardia-marina o alférez de fragata, cuando llegó a desempeñar un puesto de Almirante en una guerra. Como militar le pasó algo parecido. Tuvo a su favor en la toma de la *María Isabel* que los buques a sus órdenes eran muy superiores al buque español. Con el *San Martín* y la *Lautaro* había de más para tomar a la fragata española, y los comandantes de los buques chilenos eran buenos marinos, Wilkinson y Worcester. Pero Higgison y Guise no tuvieron confianza en Blanco y no quisieron servir a sus órdenes.

En el combate del Barón, en que fué derrotado el jefe rebelde José Antonio Vidaurre, tenía Blanco a su disposición fuerzas muy superiores, y un buen militar que le ayudó y lo hizo todo, Vidaurre Leal. En la campaña de 1837, que concluyó con el Tratado de Paz de Paucarpata, andaba con Irisarri, el mismo que lo había nombrado y acompañado en la campaña contra Talca el año 1814, en que fué derrotado en Cancha Rayada. En esa ciudad tuvo al frente como uno de los jefes enemigos a un tal Calvo, que debe haber sido un hombre de agallas. Aunque chileno y traidor, no se dejó engañar por el expediente que usó Blanco en Arequipa ofreciendo combates singulares, que recordaba los de los españoles con franceses durante la época del Gran Capitán.

En el Consejo de Guerra que se le siguió a su vuelta de Arequipa, continúa el despiadado historiador anónimo, en el que fué absuelto de culpabilidad, lo defendió el coronel carrerino don Pedro Nolasco Vidal. Nadie ha hecho un estudio desapasionado y tranquilo de ese proceso, que contiene revelaciones muy curiosas sobre las dotes militares y náuticas del captor de la *María Isabel*.

Blanco tuvo la suerte de ser muy considerado por los gobiernos que se sucedieron. Fué Intendente de Valparaíso y Ministro de Chile en Francia, donde tuvo vara alta con Napoleón III, pues su hija Teresa había sido condiscípula de la Emperatriz Eugenia de Montijo. Blanco era sordo como tapia, agrega este terrible historiador desconocido, y cuando Napoleón III tenía que gritarle para que oyera, el almirante le respondía: «¡El cañón de Maipo!», como si el Emperador estuviera familiarizado con la historia de Chile. ¿Iría a saber que hubo una batalla con ese nombre y que Blanco mandó en ella un grupo de artillería? Por lo demás, la sordera del almirante Blanco no era causada por el cañón de Maipo, sino que era una sordera

de familia. Sordo como tapia fué su sobrino el escritor don Manuel Blanco Cuartín y esta lamentable dolencia padeció igualmente el hijo de éste, el distinguido hombre público don Ventura Blanco Viel.

El historiador anónimo lleva su crueldad hasta la irreverencia, hasta el punto de convertirse casi en un detractor del marino. ¿Qué fortuna guió siempre a este hombre, se pregunta, que a mi juicio no tuvo grandes méritos? Sin embargo, hasta tiene estatua en Valparaíso y un alto renombre. Nunca ha habido un escritor que haya reducido a este hombre a sus verdaderas proporciones. Pero no todo es juicio airado y opinión apasionada en el historiador anónimo. También es sensible a la admiración y discierne el incienso de su elogio con una sutil ironía. Le reconozco al general Blanco Encalada—termina su semblanza—una gran cualidad: supo administrar muy bien su fortuna. Dicen que compró una parte de Santiago que se llamaba «Los Monos», y que muy pocos años después esta propiedad valía mucho, muchísimo más. Compró a los padres de la Merced en 8.000 pesos un fundo en Chimbarongo, y pocos años después valía cientos de miles de pesos.

¿Qué espíritu curioso y zahorí se oculta tras el escritor anónimo? Pues no sólo la pasión de la verdad es la que mueve su pluma inquieta; todo cuanto dice relación con nuestro pasado le preocupa: la autenticidad del acta del Cabildo del 18 de Septiembre de 1810 y la nueva división territorial de la República, las deficiencias de la cartografía y la insuficiencia de los textos. ¿Debemos juzgar sus líneas como desahogos del despecho, o como una formal tentativa de reacción contra la historia oficial y palabrera, hueca de sinceridad y pletórica de suficiencia y pedantería? El sarcástico e irreverente espíritu del inmortal abate Coignard parece animar su pluma mordaz, acerada y escéptica, con ese inteligente escepticismo que es la sal del pensamiento.—RICARDO DONOSO.

En la isla del Farallón



las cuatro de la mañana el mar oscuro se ilumina por arriba con las estrellas; se ilumina por el fondo con las fosforescencias que emergen al roce de la barca y perduran en la cinta de luz pálida que va trazando en su curso la quilla. Encogidos por el frío del viento nocturno avanzamos como quien penetra en sombras, eludiendo con la

mano segura del timonel las densas masas de las montañas y los islotes y los endebles costados de la embarcación; todo reposa en su seno, la vida interior de los peces, la indiferente gravedad de las piedras y el destino de los hombres que andan en barcos.

Lo primero que en la mañana se ve del mar es la espuma; después se dibuja el horizonte, y por la costa las montañas adquieren perfiles. Abajo, late el elemento móvil, inquieto siempre, como una respiración milenaria, como un cataclismo que atesora potencia en sus pausas. El amanecer pone ojeras en el rostro y claridades en el alma. El barco pequeño camina, avanza impelido por el motor; las olas lo alzan, lo hunden, parece que juegan con él y, sin embargo, los barcos llegan a su fin. Distante, muy distante, como una piedra en medio del ancho mar, se mira el islote del Farallón; especie de faro, faro sin linternas. Ni una vida humana, ni la lámpara que siempre acompaña al hombre. Muy lejos del puerto, a muchas leguas del puerto, las corrientes levantan olas altas que se estrellan por todos los costados del peñasco hirsuto del Farallón.

Cuando el barco se acerca, da miedo acercarse: diríase que el peñasco tiene atracción y que, por magia irresistible, sobre él van a estrellarse todos los barcos. Por el frente que mira al Poniente, por el lado del océano, el islote tiene una fachada; un gran arco de caverna remeda la puerta de una enorme catedral, y a distancia, los tres o cuatro picachos del lado izquierdo fingen columnatas destruidas; el peñón entero parece entonces la extraña pirámide trunca de algún olvidado dios del Pacífico.

Las focas estaban dormidas cuando nos acercamos al islote; pero el lobo mayor que hace de centinela nos vió y comenzó a lanzar sus aullidos; algunas se despertaron; otras, las más pequeñas, siguieron recostadas entre las piedras. De pronto, al dar un rodeo frente a una pequeña ensenada, aparecieron sobre la orilla a centenares; de nuestra barca se desprendió un bote que al acercarse a tierra levantó un coro de alaridos ridículos. Pero había algo imponente en aquella soledad que se rompía, ya que no en el peligro de animales casi inermes que mata a palos el cazador. El peñasco de cerca se ve imponente, hecho todo de cantiles gigantescos, sin una playa, sin una escala; sólo una que otra cueva pedregosa y cerrada casi por la marea. Costas carcomidas, sin un paso para el desembarco, parece que el granito veteado de coloraciones duras, blanqueado por los residuos de las aves, rechaza toda invasión y repele a los mismos vientos que pasan, se alternan, rugen o se aquietan desde hace millares de años.

Una infinita voluptuosidad de soledad; la más profunda de todas las voluptuosidades, la voluptuosidad de la soledad. Soledad de abismo. Soledad limpia, del peñón desierto desde hace miles de años, en medio del solitario océano Pacífico. Limpio el mar, sin más vida que la de los peces, limpio de huella humana. Se diría que todo el planeta está hecho para los peces y para las aves de la costa.

Y el hombre es apenas una frágil variedad que sólo se mantiene a lo largo de los ríos; una especie de sub-producto de aluvión. Sin tierra y ríos no se hubiese formado el barro de pantano de donde surge la vida de las especies terrenas. Mucho más antigua y más natural y más firme es la vida de las especies acuáticas; en primer lugar es una vida sin objeto, tal y como la naturaleza que la abriga; en seguida no tiene necesidad de ningún género de artificio para subsistir. El instinto, la inteligencia, plagas de la tierra, apenas se hacen sentir en el mar, donde una vida casi insensible mantiene sin protestas la regla de que el pez grande se come al chico, a pesar de lo cual, los débiles pululan dichosos; ejemplo, las sardinas. Y como no ha aparecido el pecado de la individualidad, unos comen y otros son comidos sin animosidad y sin tragedia.

Por uno de los ángulos del bloque de granito, en medio de las aguas, lavada periódicamente por las olas, hay una meseta de roca donde acuden a sentarse las focas más grandes. El sol bruñó con su mismo resplandor la roca lavada y la piel húmeda y lustrosa de enormes monstruos que fingen estatuas, ya recostados con muella pesantez, ya erguidos en sinuosa gallardía. La bestia mala que se acerca en los barcos se deja llevar de su idiosincrasia, toma el rifle y apunta un tiro a las paletas, buscando el sitio del corazón; estalla el sonido en el silencio de siglos y la foca brinca en el aire mal herida, se pierde después en el oleaje insondable. Y el mar profundo, profundo, se pone negro, perenne de tinta donde lo tapa alguna sombra. En cambio, donde pega el sol, es posible sondear con la mirada y se descubren peces grandes y pequeños. Uno pasa casi a flor de agua; es sólo una boca; una arrugada cavidad muscular que al volverse descubre en el lomo un collar como de ópalos dorados; se hunde, se aleja, envuelto en luz propia. Los hilos de pescar van cumpliendo su objeto, y la barca empieza a verse llena de pargos y peces menores, lustrosos, plateados, rojizos, dorados; unos minutos de estertor y en seguida la mansedumbre. Y los ojos mortecinos parecen piedras de colores que cambian de tono con el sol; he allí muchas muertes que tienen la belleza y la limpieza de la mera reacción química. Sin dolor y

sin amor, sin pasión. La vil especie ambigua del cetáceo, en cambio, grita en la isla, alarmada por los palos de los marineros y por los disparos; aulla y se arroja al mar. Por enfrente de la barca pasan docenas de lobos sacando la cabecilla sin genio, hundiéndola para mostrar el lomo indefenso; impotentes, ruidosos, sin la inocente serenidad de los peces; sin pico ni garra; ni astucia ni ingenio. El talento lo traen en la piel que se eriza o se ablanda adivinando las mareas, aun después de muerta la bestia y curtida la zalea.

Cuando el viento arrecia, el mar se hincha, sube, parece que va a tragarse al islote. Así hubo una época en que el mar presumía de volver a tragarse a la tierra; pero hoy el islote se queda tranquilo; creeríase que siente el apoyo de la serranía que muy distante dibuja, sin embargo, su perfil, por la región de las nubes. El viento ruge y el mar azota; las nubes fingen sudarios y la noche acumula sombras; pero el peñón se está muy quieto y sólo como que se empina adivinando al sol; el sol, que ha de proyectarlo otra vez victorioso en medio del cambio. Cada aurora y cada atardecer, el peñón vive sus horas solemnes de templo. Y del gran desierto nace un canto sin voz y sin notas. A medio día se disuelve el alma y en la noche profunda se acongoja y se amortaja. Pero todo esto durará lo que dure el sol y el sol también tiene que acabarse. Y nada es eterno, ni la inquietud del mar—irritante, pueril movilidad—, ni la imponente inmovilidad del peñón batido. Nada es eterno; todo se alza y se derrumba, por los siglos de los siglos, sin remedio y sin objeto. Torpe naturaleza sin plan.

Cuando la noche pone quietud en el mar; cuando el viento acaba de barrer la tierra y ha logrado alisar las aguas, entonces parece que del seno profundo nacen los cielos; nacen de las aguas; se derraman sobre la tierra y todos los pequeños prodigios se acallan delante del supremo prodigio de las estrellas.

En la gran noche lunar el peñón parece un aerolito todavía luminoso, acabado de caer. ¡Que hermoso ha de haber sido cuando era todo de fuego, sin una sola inmunda foca pegada al costado! Una estrella caída en el mar. Pero se enfrió y se ha ido pudriendo, como se pudre la vida. Y ahora lo cubren con sus desechos los pájaros y el viento lo corroe y le pinta vetas y le cava arrugas. Dan ganas de volver a encender el peñón para que se libre de plagas, para que torne a ser luz. Como un pedazo de sol caído en el mar.

¡Noches desiertas, días sin vida del Farallón; agua limpia y piedra bruñida y en torno, una vasta, una infinita soledad que llena de reposo las almas...!—JOSÉ VASCONCELOS.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

En torno al criollismo

EL *criollismo* no es otra cosa, a nuestro parecer, que una manifestación desviada del nacionalismo literario. Nacido como una necesidad del alma autóctona para exteriorizar su vivencia, ha encontrado en nuestra tierra activos cultores. El criollo—arquetipo de la civilización hispano-americana—, con su idiosincrasia bien propia, ya que es un producto híbrido del cobrizo y el blanco, ha sido tomado como sujeto de creación literaria. La intervención de lo nacional en literatura es obra patriótica, no siendo ello, por lo demás, su justificación.

Novedad, interés, formas no plasmadas, aspectos insospechados, es lo que reclama la nueva literatura a fin de que responda a la época inquietante y fabril en que vivimos. Se pide una nueva forma a la expresión y un nuevo sentir a la sensibilidad. Bien puede el *criollismo* dar esa expresión y ese sentir desconocidos; mas lo que podemos exhibir como un muestrario de su existencia no hace suponer que él sea la realización de un arte nuevo.

Cansados de la importación europea, queremos fabricarlo todo en casa. El *made in Chile* es un *desideratum*; pero no hemos dado aún, en lo que a literatura se refiere, con la obra genuinamente nacional. Porque lo nacional tiene que afectar al espíritu de la obra misma y no al lenguaje, como se ha pretendido hacerlo. No descalificamos, empero, las obras de Pérez Rosales ni las de Lillo, Maluenda y Santiván, intentos no despreciables, y sobre todo, las obras de Mariano Latorre, cuyos paisajes tienen la fidelidad y el frescor de lo vívido. Con todo, aun no podemos presentar la obra que sea trasunto veraz del alma nacional, un chileno, individualizado, que lo distinga rotundamente de los hombres de otras latitudes. No hemos creado el tipo representativo, síntesis del alma de un pueblo, como lo es *Don Segundo Sombra* del gaucho, en cuya alma no hay estadios internacionales, pues lleva la pampa metida en su corazón en forma tan intensa que al trasmitírnosla, nosotros, lejos de ella, sentimos la visión desolada de la llanura. *El roto* de Edwards Bello es acaso la mejor interpretación que se ha hecho de nuestra alma popular ciudadana, pero dicha novela está cruzada de elementos sexuales de refinamiento europeo....

Mientras tanto nos hemos dedicado a desfigurar el lenguaje popular y a atribuirle al roto cualidades o defectos que sólo la imaginación europeizada de un novelista puede concebir. El lenguaje popular es, pues, lo que menos interesa en este caso. No nos importa que los personajes se llamen Ño Peiro u On Ramire, que cuando hablen corten las palabras y digan a destajo *pus* o *iñor* y otros giros populares de dudosa trascripción, que han llegado a constituir meras estilizaciones folklóricas y que únicamente conducen a dificultar la lectura.

Por traducciones conocemos las obras de Dostoyevsky, Andreiev, Chejov y Gorky, y no obstante encontramos en ellas toda el alma eslava como si fuera la estepa infinita la que se nos adentrara. No tiene importancia el que los personajes se llamen Iván, Sonia, Alejandrovna, que tomen vodka y enciendan el samovar. Porque el escritor ha tomado el misticismo revolucionario del ruso, su nihilismo absurdo y sus pasiones primitivas, para amasar la obra literaria con los ingredientes que sólo la creación artística puede proporcionar. Así se ha producido la obra literaria que destila el alma de un pueblo.

Ahondar en nuestro pueblo, sea ciudadano, campesino o minero, extraer de él la materia prima, que en manos del escritor se producirá el milagro artístico. Nada de lenguaje transcrito que por un afán de naturalidad llega a ser convencional, ni de detalles baladíes acerca de indumentaria, pues sólo se diferenciará mediante una acertada caracterización psicológica. Y respecto al paisaje, el mínimo de enumeración botánica y de accidentes topográficos, porque son los detalles sugerentes los que dan la evocación del paisaje. La morosidad en las descripciones no concuerda con esta época de visiones panorámicas para uso del turista, y de activismo en que el tiempo se cotiza como un valor. De ahí el descrédito en que han caído las obras de Pereda, cuya latas descripciones tienen que soportar los estudiantes por imposición de los pedagogos. Recordemos que Pereda es en España el representante más egregio del regionalismo, antepasado del *criollismo*; por eso, quizá la similitud de sus defectos.

Mientras no tengamos la obra literaria representativa que ofrezcamos al mercado intelectual como una afirmación de nuestra personalidad de pueblo, el *criollismo* tendrá valor como *documento*, susceptible de que una mano prodigiosa le dé, por su belleza, universalidad.—MILTON ROSSEL.

Ortega y Gasset en la Argentina

HACE doce años que Ortega y Gasset visitó la Argentina por primera vez y exaltó al país mozo con simpático entusiasmo. Adivinamos, en esa época, que lo había conquistado de diversas maneras e impreso en su espíritu huella durable. El año pasado volvió a Buenos Aires, en viaje triunfal, esperado y acogido como maestro. Sus conferencias interesaron a un público vastísimo. Sabemos que nadie expone con más elegancia, con más color, con más precisión que el filósofo español, sistemas y conflictos de ideas. Al regresar a España, sin celar su gratitud, el pensador en vela critica algunos aspectos de la vida argentina. Su lealtad lo obliga a dirigir admoniciones, a engarzar presagios.

En el número séptimo de *El espectador*, diario constante del ilustre escritor a quien interesan las más diversas cuestiones del mundo y del espíritu, se publica un ensayo consagrado a la vida argentina.

En los cenáculos ha provocado irritación la crítica franca y grave del maestro. Desde las columnas de *La Nación* él contesta a sus jóvenes adversarios y sonríe de sus diatribas. En lugar de renunciar a escribir sobre un tópico que engendra protestas, anuncia que va a insistir en sus observaciones y que cumple un deber difícil al denunciar falimientos.

Si intervenimos en este debate, si leemos con atención el estudio de Ortega y Gasset, nos parece injusta la vehemencia que pone una generación brillante y segura de sí en sus ataques. En efecto, el pensador viandante se ha limitado a indicar ciertas desviaciones en el espíritu argentino, ciertos errores peligrosos cuando se quiere conquistar la grandeza. Según él, el argentino de hoy no vive para sí, sino para los demás, no anhela la posesión de un reino interior, carece de intimidad, renuncia a una necesaria introspección. Le interesa sobre todo adquirir pronto fortuna, acumular proventos, avanzar en la jerarquía social. Estas tendencias van formando una existencia toda en sobrehaz, artificial y frenética, sin hondas perspectivas. En vez de individualidades completas topa el observador con hombres que han mutilado voluntariamente su ser y se consagran a una sola función, la de enriquecerse. El país, si no reacciona, puede convertirse en factoría, como en el melancólico augurio de Rodó en relación con los pueblos de América, ave-

cinarse más bien a Tiro o a Cartago que a Atenas. Ingeniosamente refiere Ortega que el argentino muestra no sus ideas o sus gustos de artista sino su posición social, como quien hace admirar un monumento.

Lo que condena el filósofo en el Plata es muchas veces mal general de los pueblos hispano-americanos. El lo dice sin rudeza. El exceso de autoritarismo, por ejemplo, que va enflaqueciendo a los individuos, la dilatación de una voluntad ante la cual ceden las demás. Se confunde la apariencia exterior de la civilización y los instrumentos de ella con la verdadera cultura, y así en todas partes, antes de que surja el sabio o el creador, se fundan cátedras, se conceden granjerías, se crean puestos. De allí el divorcio continuo entre el ser y la apariencia, entre la realidad y la expresión que puede volvernos superficiales.

El escritor español—testigo lúcido—no se limita naturalmente a ajustar críticas. En su estudio hallamos los signos claros de una profunda simpatía por el país que ha visitado. Afirma que el argentino es un hombre admirablemente dotado, que todos se ufanan de vivir en un país en creciente, próspero, generoso y abundante, y que ese orgullo colectivo, que a veces puede confundirse con una suerte de bovarismo, ilusión difusa sobre el presente, es la verdadera fuerza de la nación, que incita y enhiesta a todos y está destinada a crear un gran pueblo moderno, lo que llama Ortega un pueblo histórico. ¿No satisface a los jóvenes argentinos esta declaración del profesor de Madrid, lector y comentador de Hegel, sobre el futuro de su patria, destinada a servir la idea en el mundo, a culminar, a ejercer imperio? Ortega nota que a la formación de su ser moral ha contribuido la realidad argentina. Me parece que tal confesión de uno de los espíritus rectores de Europa debe halagar a un país nuevo. Todo es promesa en la vida platense, apunta el escritor, todo suscita esperanzas, todo lleva a la afirmación. Tierra de optimismo y de entono, de patriotismo y de dinamismo.

Fichte en el seno de una Alemania batida, pero con reales elementos de grandeza, predicaba un nacionalismo místico, que debía conducir a la libertad. En una Argentina acaso demasiado ufana, Ortega, filósofo inquieto, aspira a convertirse en reformador moral, ofrece normas, indica derroteros y prepara, para una nación que puede ser inficionada por males ciertos, un magnífico porvenir. Sin combatir el optimismo, lo depura, y seguro de que la promesa se convertirá pronto en realidad, evita, en todos los órdenes, la desmesura.—FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Divagaciones alrededor de la poesía

II. POESÍA Y POEMA. FORMAS DE LA INSPIRACIÓN

EN la primera parte de estas divagaciones (1), intenté diseñar el fenómeno prístino de la poesía, la forma posible del proceso de su creación psicológica. Interesado en dar a mi trabajo la mayor claridad, llegué a atribuir a la poesía una gestación psico-fisiológica automática. Fijé el siguiente cuadro:

1. Sensación.
2. Elaboración de las sensaciones por la imaginación reproductora y creadora.
3. Síntesis y percepción.
4. Poema.

Un lector atento y con nociones de lo que se trata, insinuará la idea de que en este cuadro faltan algunas palabras o conceptos. Tales serían: memoria, atención, deseo, instinto, aparte de otras. Pero esas palabras o conceptos pertenecen a la creación literaria, al poema; son los instrumentos, conscientes e inconscientes, que el poeta posee y que le permiten, primero, absorber y conservar las sensaciones, y luego, utilizarlas después de elaboradas.

En cuanto a la gestación automática de la poesía, no debemos sorprendernos. Es la palabra justa. El automatismo existe desde que existe en el poeta predisposición para determinado juego de ritmos, juego de ritmos que es excitado por las sensaciones o por el deseo del poeta, y desde que en el cerebro del artista o del creador hay órganos especiales. Existiendo el órgano, el automatismo está creado, aunque ese automatismo esté expuesto a oscilaciones y variantes de diversa índole, oscilaciones y variantes que, en último término, constituirían sólo una de sus características. Por lo demás, en ese automatismo reside todo el secreto de la poesía, todo su aparente misterio. Detrás de la palabra automatismo, dura, sugeridora de movimientos mecánicos, sin gracia y sin espacio, está lo inefable, lo desconocido sin palabras, todo aquello que algunos autores, como Henri Bremond, por ejemplo, o como Platón, atribuyen a los dioses. Nosotros tampoco lo conocemos, pero pre-

(1) Véase el núm. anterior de *Atenea*.

ferimos esperar una explicación, o intentarla, antes de buscar en el magicismo o en el misticismo una ayuda para nuestra forzosa ignorancia. Muchas funciones animales, funciones automáticas, como la secreción de las glándulas internas, están aun por explicarse. Se conocen sus efectos, como nosotros conocemos los efectos de la poesía, pero se ignoran sus procesos de formación y de distribución, así como nosotros ignoramos el origen exacto de la poesía.

Y esto no sucede sólo con la creación poética o artística: sucede en todas las manifestaciones de la obra intelectual. La inteligencia es lo que más se resiste a las investigaciones del hombre. Respecto de la poesía, podríamos citar aquí numerosos autores que han estudiado la materia y cuyas conclusiones son, con escasas diferencias, semejantes a las nuestras. Porque cuando se intenta estudiar, como en este caso, aquello que se relaciona con la poesía, pasa una cosa curiosa: los libros que consulta el interesado, siempre que ese interesado—sobre todo si es poeta—haya pensado y reflexionado por sí mismo antes de recurrir a la bibliografía, no le dicen nada sustancialmente nuevo. Esto se debe, con toda seguridad, al hecho de que para hablar sobre tal asunto el único sujeto de observación es el hombre, es decir, el poeta. En el libro de Henri Bremond, *La poésie pure*, las citas de los más heterogéneos autores están unidas por un hilo común y aunque algunos hablen de «subconsciente» y otros de «inconsciente», en el fondo están todos de acuerdo. El desacuerdo empieza cuando se trata de dar a la poesía una forma literaria cualquiera. Igual cosa sucede en el ensayo de Robert de Souza, que acompaña al libro de Bremond, y en los estudios de Valéry, de Claudel, de Vittoz. El interesado encuentra allí muy pocas cosas en que no haya pensado o atisbado. Hallará, más que nada, cuestiones de técnica artística o estudios sobre este o aquel concepto de la obra poética.

En general, todos los que han estudiado la materia: los poetas, que se han observado a sí mismos; los críticos, que han observado a los poetas; los psicólogos, que se observan a sí mismos y a los demás; los hombres de ciencia, que lo estudian todo, no han llegado sino a la siguiente conclusión: aún no sabemos nada. . . . Uno de los maestros de la psicología experimental, Bourdon, en su libro *L'Intelligence* (citado por R. de Souza), dice:

Malheureusement l'expérimentation sur l'homme vivant est difficile, il y a donc peu d'espoir que ces conditions nous soient jamais connues avec exactitude dans le détail, et pendant longtemps encore, sans doute, peut-être toujours, les esprits impatients, avides d'explications physiologiques, devront se contenter d'hypothèses fragiles, plus ou moins vagues.

Y esto, que está dicho al hablar sobre los fenómenos generales de la vida fisiológica y psicológica del cerebro humano, adquiere más vigor al referirlo a la poesía. Fisiológicamente, la explicación es casi imposible. Psicológicamente, no lo es tanto. Desde Sócrates, que aseguraba que

los poetas no son sino los intérpretes de los dioses,

se ha avanzado bastante y ha sido posible fijar un esquema de la generación de la poesía y del poema. Lo que hay dentro, atrás o alrededor del esquema de la poesía es lo que ignoramos, lo que suponemos por hipótesis *plus ou moins vagues*. Esto se debe, primero, a que el fenómeno poético en particular interesa poco a los sabios. Hay para ellos otros más interesantes. Y segundo: a que los poetas, que podrían aportar ricas observaciones, no lo hacen. La mayoría es de una indolencia y de una ignorancia extraordinarias. El tipo del poeta-pensador, estilo Paul Valéry, es un ave rara en todas las latitudes.

* * *

Pero si al hablar de la poesía debemos conformarnos con simples esquemas, no sucede lo mismo si tratamos del poema. El poema es algo estudiado ya, analizado, desmenuzado en lo posible por la observación de pacientes alquimistas. Se sabe por qué nace y cómo nace; cómo se desarrolla si se le abandona a su propia fuerza y cómo se le puede desarrollar tratándolo de esta u otra manera. Exteriormente, ha sido sujeto a formas literarias y a ritmos musicales matemáticos; interiormente, no está sujeto sino a su propio impulso y tiene su ritmo y su música.

En el sentido artístico, el poema es el fruto literario de la poesía. En el psicológico, el poema

est l'effet d'un certain besoin de faire, de réaliser avec les mots l'idée qu'on a eue de quelque chose. (*P. Claudel.*)

Este deseo puede ser consciente o inconsciente. En efecto, el poema no siempre es la obra de la voluntad directa del hombre; en ocasiones aparece sin que el artista haya provocado su aparición. Podríamos decir que la generación del poema se realiza de dos maneras: provocada y espontáneamente, es decir, la inspiración puede tomar o toma esos dos aspectos. En ambos, la razón actúa en muy pequeña proporción.

Veamos el caso primero. Supongamos que un poeta desea, conscientemente, reproducir en palabras y en forma poética una sensación o una idea que haya herido su sensibilidad. Entrega esa idea o sensación a la obra de la imaginación, como quien entrega una suma cualquiera a una máquina calculadora, y espera (1). Inmediatamente, en su cerebro, o más bien dicho: en los órganos especiales de que hablamos en nuestro primer artículo y que pueden ser la morada de la imaginación, se crea un ambiente propicio al desarrollo y reproducción de ese motivo. El poeta espera. Ni su inteligencia ni su razón trabajan en ese instante; miran solamente, contemplan. Por fin surge lo que llamamos síntesis o percepción, resumen del trabajo de la imaginación, que estaban ya formadas o que se forman en ese instante gracias a la excitación que el poeta provoca con su deseo. Aparece una palabra o una serie de palabras, una imagen o una serie de imágenes. Muchas corresponden a aquel motivo dado, y sirven; otras, no. Pero el deseo, que quiere realizar aquella sensación o aquella idea en esta forma y no en otra, aparta lo inútil de lo útil y continúa excitando a la imaginación, obligándola a trabajar, exigiéndole lo que necesita. Se establece así una corriente directa entre la imaginación y el deseo y poco a poco el poema va surgiendo; las palabras se unen a las palabras, se buscan por su sonido, por su color, por su música, por lo que expresan de sensible o por lo que evocan, concluyendo todas por formar un ritmo; una imagen sucede a otra imagen y cada una expresa un aspecto gráfico o de interpretación del motivo entregado a la imaginación. Pero no todo surge en orden, simétricamente, como se ve luego en el poema terminado; en general llegan mezcladas, en tropel, dispersas, pues la imaginación no tiene método y trabaja por asociación, por reacciones: una palabra provoca a otra, una imagen a otra, una idea a otra, reproduciéndose así hasta agotar el tema. Como fuerza inconsciente que es, sus resúmenes no guardan orden alguno. La imaginación no tiene espíritu crítico, no puede tenerlo o dejaría de ser lo que es. El deseo del poeta no tiene tampoco espíritu crítico; sólo tiene música, ritmo, y mientras más puros o más delicados sean su ritmo y su música, tanto más puras y delicadas serán sus realizaciones. El espíritu crítico es un fenómeno de la *raison raisonnée*, que dicen los franceses, y no toma parte en la creación del poema, en el caso expuesto, sino en dos mínimas ocasiones: cuando entrega a la imagina-

(1) Napoleón decía: «La inspiración es la solución espontánea de un problema largo tiempo meditado.»

ción el motivo, y al final, para observar la labor hecha por el deseo y la imaginación.

Paul Claudel, que ha escrito pocas pero muy claras páginas sobre la poesía, dice en una de ellas:

La poésie est l'oeuvre d'une certaine «faculté poétique» qui a des rapports plus directs avec l'imagination et la sensibilité qu'avec la raison raisonnée.

En otra:

La poésie est le résultat de la collaboration de l'imagination avec le désir.

Respecto al espíritu crítico, Jean Epstein, en su libro *La poesía de hoy*, dice que los poetas lo han abandonado del todo; pero esto es verdad sólo hasta cierto punto y lo discutiremos al hablar sobre la poesía nueva.

En la elaboración del poema provocado trabajan, pues, en primer término, la sensibilidad y la memoria; luego, el deseo; después, la imaginación y, sucesivamente, los juegos musicales y rítmicos del espíritu, el gusto, la atención, todo lo que se puede reunir bajo la denominación común de facultad poética, facultad que, a pesar de la opinión de muchos, puede ser congénita o adquirida, pero que de uno a otro poeta tiene gradaciones, notables por la simple lectura de sus poemas.

El segundo aspecto de la inspiración es el más interesante. En su libro *Le Style oral rythmique et mnémotechnique chez les verbomoteurs* (citado por R. de Souza), Marcel Jousse, dice:

Nous voyons chez les peuples—encore relativement spontanés—les réceptions se transformer instinctivement en gesticulations intensivement imitatives des innombrables actions environnantes. Ces gesticulations, se rejouant spontanément dans l'organisme, sont naturellement utilisées par l'homme pour rejouer volontairement, sémiologiquement, ses *intuitions* passées, imitations en miroirs des actions cosmiques au milieu desquelles il est plongé. . . .

Estas palabras pueden explicarnos, si las sabemos aprovechar, la generación espontánea del poema y su genealogía, el origen de la poesía y el origen de la danza, artes interpretativas, como la música, de un estado de alma provocado por la recepción de las sensaciones. No tendríamos más que sustituir los gestos por ritmos, los gritos por palabras, las imitaciones y los signos mímicos por imágenes, para dar a esa explosión de la sensibilidad el mismo significado que puede tener un poema escrito. La primera expresión humana de una sensación es el grito o el gesto; la segunda, la palabra. Este es el recorrido del poema a través de los siglos. Empezó por gesticulaciones, por

gritos, por movimientos rítmicos; pero el hombre se refinó, halló otros medios de expresión más directos, aumentó su cultura y su auditorio también la aumentó, cambió el ambiente y fué necesario recurrir a otras formas de significación para expresar lo mismo; sí, lo mismo, porque entre un hombre primitivo inspirado y un poeta actual inspirado, no hay sino una diferencia de tiempo y de calidad: ambos expresan lo que sienten, aunque de distinto modo. El poema, que al principio fué un mimograma, es hoy un caligrama, un logograma. Y si a este logograma o caligrama se le añadieron reglas, que si ayudaron a hacerlo más comprensible y más aprehensible a la gente, desvirtuaron en cambio su valor íntimo y profundo de expresión sensible, su gestación y generación es idéntico al mimograma de ayer o de hace siglos. No ha podido ser variada, no podrá cambiársela nunca. La poesía de hoy intenta desprender a la obra poética de aquello que se le ha impuesto: métrica, ritmo, rima, volviéndole a dar su vuelo primitivo, solamente regido por sus propias leyes. Seguramente lo logrará, quizá ya lo ha logrado.—MANUEL ROJAS.

Por las grises ciudades del norte de Bélgica

VIDA de cenizas es recorrer estos puentes y estos canales y contemplar estas flechas y estas murallas puntigudas al borde de las aguas quietas y negruzcas. Nunca la naturaleza, como en ellas, fué un mejor marco para el arte y nunca el arte cumplió en forma más definitiva su papel histórico dejando viva, eterna y palpitante toda una época desaparecida.

Todo ha quedado como si fuera ayer. Paseándonos por el Quai aux Herbes o por el Quai au Blé, de Gante, podemos, sin forzar la imaginación, reconstruir fielmente la Edad Media comercial, la de una oligarquía burguesa e industrial, dura y orgullosa. Siguiendo la Place du Beffroi tenemos la Edad Media mística y religiosa y si continuamos vagabundeando algunas calles más allá, nos encontraremos bruscamente con la Edad Media guerrera simbolizada en el castillo de los condes de Flandes. Todo en el espacio de unos pocos metros.

Tienen estas viejas ciudades flamencas el particular encanto de sabernos a algo nuevo por lo poco popularizado del estilo, fuera de su lugar de origen. Sus casas primitivas cubiertas de

ventanas encierran una ingenua sencillez que nos hace recordar las construcciones de los niños en los juegos de cubos y palitos.

BRUJAS

Brujas fué en los siglos XIV y XV el centro comercial más importante del norte de Europa. Su población que hoy es de 52 mil habitantes, lo era de 75 mil. En este tiempo venían los barcos de todas las ciudades de la Hansa a aumentar su popularidad y su riqueza. Hoy la arena que ha cubierto su gran canal ha desviado los navíos hacia otros puertos, y Brujas se sume lentamente en la pobreza y la quietud.

Llego a ella ya concluida la *saison* de los turistas y sólo el eco responde a mis pasos por estas calles que en los tiempos de Felipe el Bueno, engalanados sus balcones de flores y tapices, eran recorridas por las más suntuosas cabalgatas de la época. Cuenta Taine que cuando el Delfín entró en la ciudad, ochocientos mercaderes de diversas naciones salieron a su encuentro vestidos todos de seda y terciopelo. En otra ceremonia apareció un duque, jinete en un caballo cuya silla y arreos estaban cubiertos de piedras preciosas; nueve pajes con armadura de orfebrería junto a él, y uno de dichos pajes llevaba una celada que decíase valer cien mil coronas de oro. En otra circunstancia se supone que el duque llevaba en sus adornos pedrerías que valían un millón.

Una armonía de carillones viene a interrumpir este rememorar de alegrías pasadas.

MEMLING

No creo que haya un solo turista de paso por la ciudad, aun durante una hora, para quien la existencia del pintor Juan de Memling pase inadvertida. Las reproducciones de sus cuadros atestan las vitrinas y sus obras originales son en verdad el mayor atractivo artístico de la ciudad. Este artista, cuya nacionalidad es discutida, surge en Brujas hacia 1467. Ahí vivió la declinación de un siglo, de una era y la de su patria adoptiva. Vió pasar los días fastuosos de los duques, y sus últimos años transcurrieron en medio de las turbaciones, en las alternativas de sumisión y de revuelta del reinado de María de Borgoña. Sobresaltos convulsivos de un particularismo que, des-

pués de haber hecho la prosperidad de la vieja comuna, la llevó inexorablemente a la ruina.

Ciudadano del borrascoso municipio—dice un comentarista—, burgués respetado, participó sin duda de los intereses y las pasiones de esta población, que fueron hasta el extremo en la persecución del lujo, de su voluntad política y de sus obras de devoción. Almas desenfrenadas, lanzadas ya a los excesos de la sensualidad, ya a los del misticismo; igualmente dispuestas a los ásperos tráficos del mercado que a los azares de la batalla y a la oración de la capilla.

Pero las agitaciones externas, las corrupciones del emporio cosmopolita, la arrogancia de sus opulencias, las querellas del oficio, no dejaron rastros en la obra del maestro. No lo invadió la vida profana y su arte ha quedado, como el del Angélico, recluido, separado del mundo. Si se considera la época en que Memling trabajó, se pensará que la atravesó sin conocerla, y sería un error. Su arte es lo más íntimo, lo más escondido de esta época.

Las imágenes que crea satisfacen las supremas aspiraciones de sus conciudadanos: ofrece a esas criaturas impulsivas las figuras de bondad, de amor y de perdón, delante de las cuales caerán de rodillas, para pedirles socorro y ayuda en su ansiedad.

Memling vive en el hospital San Juan, en el que pinta sus mejores obras: *El matrimonio místico de Santa Catalina*, *La adoración de los Magos*, *La Virgen con el Niño*, síntesis admirables de dominio pictórico, de comprensión espiritual y de gracia hecha poesía en la línea y el color.

El tipo general de la virgen de Memling es de un ilimitado encanto que lleva a la alegría y la ternura. El gesto de María en *La Nativité* extendiendo sus brazos al niño Jesús habla de un mundo súbitamente hecho dulzura. Su fragilidad va en emocionante protección hacia el cuerpo pequeño que provoca el amor. Y surge de este cuadro como de todos los demás la impresión clara y distinta de una detención del tiempo y de los acontecimientos ante una fuerza espiritual. Es el reposo sin laxitud; es la quietud fuerte y templada, inmovilidad que nos habla de comunión con lo absoluto. Si examinamos un momento los retratos de Memling, por ejemplo el de María Morel, hermética e inquietante, de ojos agudos y helados, sentiremos que el rostro físicamente inexpresivo, en el sentido de los gestos, tiene un relieve de profunda sugestión espiritual. Son la representación de esta ciudad que el poeta clasificara de «Brujas la muerta» y que es sólo la máscara fría de un ardor abstracto.

TIPOS

Lo que tan sólo ha muerto de verdad es la alegría, las pequeñas derivaciones de la vida fácil o agradable. Así encontramos muy comúnmente dos tipos de gente muy marcados: primero el tipo para quien la vida es una sucesión de días iguales y que parece no contemplar sino el más pequeño pedazo en el espacio. Tiene los ojos fijos y pequeños, muy junto a la nariz y muy bajas las cejas. Camina, actúa y trabaja en un semi-somnambulismo. Se diría que le es innecesaria la conciencia, sabiéndose bajo la guía del instinto. El otro parece no contemplar nada y sigue con igual tranquilidad que el primero la sucesión de los días pero hay en su aparente nulidad cierta fuerza visual que hace pensar en una contemplación mística.

Ambos son severamente tristes y llegar hasta ellos sería como sumergirse en estos canales de aguas negras y quietas que jamás muestran su fondo.—MARTA VERGARA.

Crónica de espectáculos

LA CRÍTICA — EL COMERCIO — LOS PRECIOS — LOS AVISOS

CON frecuencia se dice que en Chile es ejercida la crítica teatral con propósitos personalistas; y esto no corresponde a la realidad. La pobreza de espectáculos a que vivimos sometidos no ofrece valores que analizar, ni relieves que merezcan ser destacados. Las obras se estrenan tarde y mal; las novedades no nos son conocidas como tales más que de nombre y nada nos aparta de la rutina y los métodos ejercitados desde la época en que adquirimos uso de razón y oímos hablar de Echegaray. Nuestros bataclanes son conjuntos misérrimos de niñas fofas; los cines sufren las consecuencias del industrialismo que ha introducido el género parlante en los Estados Unidos; y el público, en suma, sin saber a dónde ir, se mete en cualquier parte, con el solo objeto de pasar el rato, mientras el crítico ha de dedicarse necesariamente a anotar los progresos—y generalmente los retrocesos—experimentados por tal o cual actor. Ha desaparecido la interpreta-

ción crítica, la apreciación del concepto, la valorización de matices, porque se han perdido en el teatro los valores intelectuales. En éste, todo se reduce a lo comercial: cobrar la entrada y presentar cualquier refrito sin medir las consecuencias.

Para comprender la verdad que encierra esta aseveración no hay más que repasar someramente la lista de los espectáculos que actualmente se ofrecen en Santiago, tomando en cuenta que esta es una época normal. ¿Dónde se puede ir? ¿Dónde hacen arte? ¿Dónde hacen teatro? El señor Flores continúa en el escenario del Comedia luciendo sus trajes de San Diego y su voz aromadizada; las pre-históricas hermanas Arozamena, en el Santiago, persisten en su empeño de aprender a bailar, mientras sonrían complacientemente a la duodécima generación de sus admiradores, instalados, como siempre, en primera fila; y aquí concluye todo. Esperamos una compañía lírica, que deberá realizar la temporada oficial en el Municipal; pero una larga experiencia nos enseña a no forjarnos ilusiones al respecto. En cuanto a obras, las cosas no andan mejor; traducciones mal hechas de cosas insignificantes; revistas confeccionadas a fuerza de tijeretazos y cuya *mise-en-scène* impresiona lastimosamente. Entretanto, los cines se han convertido en una especie de fonografías, en cuyo interior resuenan las estridencias de insulsas cancioncillas, cuya frivolidad las pone de moda.

En tales condiciones, no puede hacerse crítica positiva, de mejoramiento, de insinuaciones, sino que es menester recurrir al análisis demoledor, lo cual apesadumbra el ánimo y proporciona al crítico una fama derrotista y antipática, de la cual se deducen, poco a poco, los propósitos personalistas que generalmente se le atribuyen.

* * *

Y puesto que no presenciamos nada que valga la pena, puesto que no se puede hablar de teatro, ni de arte, en la actualidad, consideremos también nosotros, en nuestro carácter de espectadores asiduos, la parte comercial de esta industria explotada con tanto éxito por algunos empresarios. Un cuadro de Rembrandt no vale por su tamaño; pero una litografía alcanza su precio por la perfección mecánica con que ha sido realizada y la calidad del papel en que se ha impreso; un buen artista no puede aquilatarse, no puede ser pagado; pero un cómico de la legua tampoco tiene el derecho de considerarse artista y ha de ajustar sus precios a lo razonable, a la justa proporción es-

tablecida entre la oferta y la demanda, o mejor, entre la calidad del espectáculo que ofrece, la duración de éste y la capacidad económica del público.

El costo actual de los espectáculos, en Santiago, requiere un presupuesto extraordinario, impropio y difícil de obtener en la mayoría de los casos. Una compañía teatral, por mala que sea, tiene que afrontar grandes desembolsos y por ello hacemos excepción al decir esto del conjunto formado por don Alejandro Flores, cuyos precios nos parecen razonables. Pero los de los cinematógrafos rayan ya en lo increíble. Se han triplicado de un tiempo a esta parte, sin que la calidad haya hecho otra cosa que desmerecer. El cine sonoro, en sus comienzos, estableció una nueva alza, que era comprensible dada la novedad y la carestía de las instalaciones que demandaba; pero éstas ya deben haber sido totalmente pagadas por el público, sin que los precios hayan disminuido.

Bien sabemos que los empresarios se defienden representando los gastos crecidísimos que soportan, pero es de hacer notar que si toleran las inauditos precios que han alcanzado la *réclame*, los arriendos de salas, películas y personal, es porque cuentan con que el público paga todo y saben que ellos luchan unidos contra fuerzas dispersas que jamás lograrán federarse para imponerles el *boycott* que se merecen. Un acuerdo general para reducir el tamaño de los avisos, para rechazar las películas cuyo costo sea superior al razonable, y habría margen para efectuar una rebaja apreciable, que redundaría, a la postre, en su propio provecho por la mayor venta de entradas.

De nada vale argumentar que a pesar de los precios actuales el público llena las salas. Esto no quiere decir más que nuestra gente quiere divertirse a toda costa, reduciendo su presupuesto en otros capítulos, sin tomar en cuenta sus necesidades primordiales, por esa falta de sentido administrativo de que disponemos los chilenos. En todo caso, el éxito material no justifica la inmoralidad de la situación. Es inconcebible, inaceptable, que una entrada al biógrafo requiera siete u ocho pesos. Ir al cine, o al teatro, no ha de significar, en este siglo, un sacrificio extraordinario para nadie, dadas las facilidades que proporcionan la técnica y los modernos sistemas de distribución.

Ultimamente se ha formado una empresa para dar cierto género de facilidades a los empleados para que adquieran localidades por cuotas mensuales. Esto no remedia el problema; tal vez no hace más que agravarlo. Muchos jóvenes, tentados por las facilidades de pago que se les ofrecen, comprometerán una suma mensual superior al presupuesto que han calculado

para diversiones, de acuerdo con sus necesidades; en todo caso, la deuda subsiste; no hay rebaja de ninguna especie; no hay más que un incentivo para atraer mayor cantidad de espectadores.

Dos horas de diversión no han de constituir un lujo, sino una necesidad de gentes que viven conforme a un *mínimum* de confort *standarizado*. Por eso es necesario que el Gobierno, por intermedio de las Municipalidades, tome cartas en el asunto y establezca un *máximum* para los precios, contemplando las diversas situaciones y estableciendo diferencias entre los días ordinarios y aquellos en que se efectúen—si es que alguna vez se efectúan—estrenos de importancia y de verdadero mérito artístico. Si las Municipalidades no pudieran hacerlo, para evitar los gastos de administración y los organismos fiscalizadores, ahí está el Consejo de Censura, que puede cumplir tan importante y necesaria misión.

* * *

Otro aspecto comercial de los teatros y cines, que percibe de inmediato el asistente a ellos y que tiene relación no ya con la estética sino con la decencia, es el de los carteles de anuncio. Lógico es que los empresarios aspiren a una ganancia por medio de la inserción de avisos en los telones de fondo. Pero el sentido común, el decoro, ya que no el espíritu artístico, imponen que tal cosa se realice en cierta forma. No es posible mirar con tranquilidad esos emplastos fabricados por pintores de brocha gorda, a fuerza de colorines y super-posiciones, sin el menor concepto del buen gusto.

En cambio un telón con buenos afiches, combinados sabiamente y armonizados en forma moderna, ofrecería un aspecto agradable, atractivo y hasta haría subir de precio los avisos. La prueba de ello la tenemos en una casa comercial que desde un tiempo a esta parte ha entregado el arreglo de sus vitrinas a un artista que coloca en ellas admirables afiches, que constituyen una atracción para el transeunte y un orgullo legítimo para sus exhibidores. Es necesario combatir, por todos los medios nuestro desgüeño racial. Procurar que todas las cosas estén bien presentadas; y en una sala de espectáculos, y al ofrecer artículos en venta, más que en cualquier otra parte y circunstancia.—A L F A.

NOTAS Y DOCUMENTOS

Lecciones de Patología médica

Nota del Consejo Directivo de la Universidad de Concepción, al profesor Grant a propósito de la publicación de ese libro:

Concepción, 7 de Julio de 1930. Señor profesor, el Consejo de la Universidad ha tomado conocimiento con verdadera complacencia de la reciente aparición de la obra *Lecciones de Patología médica* de que Ud. es autor; y ha sido ilustrado a la vez por la opinión de aquellos de sus miembros que son competentes en la materia de que Ud. trata, acerca de los méritos y excelencias de su libro, de la dedicación inteligente y tesonera que su elaboración importa y del significado que dentro de la literatura didáctica representa ese texto de tan bien logradas condiciones pedagógicas.

Sabe el Consejo que sus *Lecciones de Patología médica* han dado a Ud. una vez más—y ahora en forma de

consecuencias perdurables—la oportunidad de manifestar de una parte sus sólidos conocimientos que le han ganado tan merecido prestigio como médico, y de otra, sus facultades intelectuales que encuentran expresión propia en esa tendencia a la simplificación y a la síntesis de quien ha ceñido las ideas y las domina, y que se traducen en la cátedra o en la conferencia por una trabazón orgánica de los conceptos y una claridad de exposición que los oyentes de Ud.—alumnos o público extraordinario—han podido aquilatar y estimar en todo su valor. Tales dotes y acervo de conocimientos, como es natural, le han imprimido a su libro, a pesar de la modestia que ha presidido su gestación, características de método y lenguaje que han de fijar sus ventajas y garantizar su éxito. En efecto, la excelente disposición del plan y la sobriedad, precisión y claridad del estilo demuestran una inteligencia equilibrada y segura.

Estima el Consejo en todo su alcance la significación que para la li-

teratura didáctica de Chile tienen sus *Lecciones de Patología médica*. Cualesquiera que sean las tendencias pedagógicas, y por más que se preconicen hoy con legítimo fundamento la educación activa y el estímulo a la investigación como corolario lógico de aquélla, prestarán siempre estas obras de síntesis y de líneas generales como es la que Ud. ha compuesto, un inmenso servicio a alumnos y profesores y aun a profesionales, porque todos encontrarán en ellas expuesta en forma suscita una materia cuyo conocimiento importaría la consulta de numerosos autores. Por otra parte, si es de indudable ventaja que se persuada a los estudiantes a la investigación y a la crítica de las opiniones o doctrinas de autores o escuelas diversas que no concuerdan en apreciar ciertos hechos, también es evidente que la labor de los profesores en tal sentido queda limitada por la urgencia de tiempo que les impone la necesidad de que los alumnos dominen un caudal de conocimientos indispensables para la práctica de su profesión, especialmente cuando se trata de carrera tan delicada como la Medicina. Libro positivo, bien condensado, desembarazado de inútiles citas y de erudición farragosa, su obra de ningún modo se coloca al margen de la didáctica moderna, antes bien viene a responder a una necesidad muy sentida no sólo en Chile sino en toda la América Española; la necesidad de que las obras que se ponen en manos de los alumnos para su aprendizaje de cada día sean, no libros de consulta, sino verdaderos textos, sencillos en la exposición y hábil-

mente sintetizados. Por estas razones, el Consejo estima que su obra inicia en Concepción una labor que, si es modesta en sus intenciones, está llena de dificultades que sólo pueden vencer maestros de verdad, de espíritu claro y perseverante y de bien asimilado saber; y formula votos por que esta obra no represente una excepción en el ambiente de nuestra vida universitaria y tenga la acogida que merece dentro del país y fuera de él.

Tampoco ha dejado pasar inadvertido el Consejo de nuestra Institución el hecho de que su libro, a más de acusar una modernidad de informaciones que revelan al profesional serio que renueva sus conocimientos día a día, ha tratado la Patología médica en relación con circunstancias y necesidades nacionales, con las enfermedades más frecuentes en nuestra zona geográfica, con las investigaciones que se han efectuado en el país y con los preparados chilenos que a veces en igualdad de condiciones y otras con manifiestas ventajas sustituyen a los extranjeros. Espera asimismo el Consejo que esta tendencia de su libro sirva de estímulo a la Universidad para ir adaptando sus medios y especialmente sus textos a la exigencias del país.

Se ha representado también el Consejo el trabajo tenaz, la consagración verdaderamente ejemplarizadora que implica este volumen de cerca de novecientas páginas en octavo, mantenida con la misma seriedad y método a través de todo el libro; y ha estimado esta consagración en lo que vale al considerar que

sólo restando muchas horas a las que se dedican naturalmente al reposo de cada día ha podido Ud. escribir este libro sin desatender el activo ejercicio de su profesión y el desempeño honrado y entusiasta de su cátedra, y sin escatimar su concurso de cada instante como miembro del Directorio a la labor de creación que significa la Universidad y a la cual se encuentra Ud. vinculado desde los comienzos de ella por su espíritu de iniciativa y su adhesión incondicional a una obra cuyo desarrollo no siempre fué favorecido por la fe en lo porvenir o una adecuada remuneración al trabajo y a la dignidad universitarias. Viene, pues, su

libro a acentuar con firmes trazos esta calidad suya, de universitario decidido y de catedrático afanado en su perfeccionamiento.

En atención a las razones expresadas, el Consejo, en su última sesión, acordó felicitar entusiásticamente a Ud. por la publicación de sus *Leciones de Patología médica* y exteriorizarle con tal motivo la simpatía y estimación que le ha merecido siempre a ese Cuerpo su fecunda y reposada actuación en el seno de la Universidad.

Saluda muy atentamente a Ud.
J. Parada Benavente, Presidente. *Félix Armando Núñez*, Secretario.

LOS LIBROS

NOVELA

LOS ALDEANOS DE PODLIPNAIA, por
Fedor Rechetnikof.

En la historia literaria de Rusia, Rechetnikof (1841-1870) figura entre aquellos escritores denominados «narodniki», o sea, populistas, pintores de la vida del pueblo ruso, socialistas, precursores del terrorismo cuando el poder zarista empezó a perseguirlos. Más que escritores eran, algunos, apóstoles de la redención y mejoramiento de los campesinos y obreros, y su literatura se reducía a describir la miseria de las clases pobres.

El libro de Rechetnikof es una muestra de esa literatura. Su libro pinta, primero, la vida de los campesinos de una aldea rusa, y luego, la de los sirgadores de los ríos rusos. Su descripción es seca, sin adorno literario alguno. En su libro no hay sino el deseo de mostrar el estado moral,

fisiológico y económico de esos hombres. El libro es brutal. Asusta el cuadro terrible de la pobreza y de la ignorancia de sus protagonistas. Seres que viven en la más profunda animalidad, sin conocimientos de nada, amorales, muriéndose de hambre y de frío en las chozas de Podlipnaia.

Leyendo este libro, el lector recuerda las lamentaciones que surgen por todas partes sobre el estado actual del pueblo ruso y llega a preguntarse si es posible que ese pueblo sufra más de lo que sufría en los tiempos en que este escritor recogió sus observaciones. No es posible. Más allá de los sufrimientos de Pila y Sysoiko no hay más que la muerte. Todo término medio es imposible, y así lo demuestra la lectura de este libro. La vida de los *burlaki*, sirgadores de las barcas que surcaban los ríos rusos cuando el deshielo lo permitía, no es comparable sino a la vida de los forzados de galeras.

El libro de Rechetnikof es un documento de la vida rusa del siglo XIX. Como literatura no vale gran

cosa. Pero eso no importa para que su lectura sea interesante, impresionante como una película de horrores sin fin. Además, ese estilo de escribir forma parte de la escuela de los narodniki. Los populistas despreciaban la literatura de retórica, se reían del arte por el arte y de Turguenev, de Tolstoy, de Puchkin y de otros escritores, a quienes consideraban como falsos intérpretes del alma rusa. La vida de todos ellos fué tremenda y muchos concluyeron su vida de modo trágico, no dejando sino obras amargas, ásperas, como estos *Aldeanos de Podlipnaia*.—M. R.

LA TÍMIDA, EL ARBOL DE NAVIDAD, etc., por *Fedor Dostoiewski*.

La edición de las obras de Dostoyevski en castellano no ha terminado todavía. Este tomo (1), recientemente aparecido, ocupa el octavo lugar en la serie de las obras de Dostoyevski que publica esa casa editorial, y comprende varios relatos, de los cuales algunos eran desconocidos en español. Yerra, pues, el traductor, Alfonso Nadal, cuando dice que todas estas producciones de Dostoyevski son desconocidas en nuestra lengua. Por lo menos *El cocodrilo* ha visto anteriormente la luz, y editado precisamente en España.

Lo más importante de este volumen es *La tímida*, novelita que el autor ha sub-titulado *Historia fan-*

(1) *Obras completas*. Traducción de Alfonso Nadal. Madrid. Ediciones *La Nave*, 1930.

tástica, seguramente con un propósito irónico, ya que el relato transpira humanidad por todos sus poros. Es una creación presentativa, es decir una creación en la cual los personajes se presentan a sí mismos, con mínima intervención del autor. Desde luego, la novela es contada enteramente por uno de los protagonistas, el ex-oficial a quien hace salir del ejército su cobardía y que se convierte en prestamista por resentimiento. La tímida es una mujer callada, indecisa, modesta, que parece arrancada a la galería de *Humillados y ofendidos* del mismo autor. Sin embargo, esta mujer no es comprendida por su marido el prestamista y se ve arrastrada hasta el suicidio por la triste vida que éste le da.

Los otros trabajos que se agrupan en este mismo volumen no tienen casi valor literario, y hasta cierto punto pueden ser considerados como facecias. Claro está: no se entiende cabalmente la obra de Dostoyevski si no se conocen páginas como *El cocodrilo* y *Bobok*. Pero la trascendencia literaria de estos dos trabajos está muy lejos de alcanzar el nivel medio—tan elevado—de la producción novelesca restante del autor. Se me dirá que son trabajos pequeños, de corto número de páginas. Lo concedo, pero hay en la obra de Dostoyevski trozos aislados y también cuentos llenos de condiciones literarias y psicológicas, que no se pueden olvidar al hacer el recuento de aquella. *El cocodrilo* y *Bobok*, en cambio, pueden ser olvidados perfectamente sin que nadie sufra.

Dice el traductor en su prólogo que

El cocodrilo es un cuento satírico de trascendental valor para comprender una de las más interesantes épocas de la Rusia zarista, en vías de transformación,

y para afirmar esto se basa en que Dostoyevski aprovechó ese cuento para hacer una sátira—harto mordaz—de la pretendida «occidentalización» de Rusia. Pero la verdad es que el vehículo empleado por Dostoyevski en este caso no es el más discreto. Más intención que *El cocodrilo* tienen muchas páginas del *Diario de un escritor*, que en su edición castellana ha sido mutilado considerablemente, y donde se hallan numerosos artículos sobre la querrela entre el mundo eslavo y el mundo occidental, cuya actualidad es hoy tan grande o mayor que en los días del autor.—
R. Silva Castro.

CHILENOS EN PARÍS, por *Alberto Rojas Giménez.*

No siempre la fascinación de París ha sido saludable a nuestras jóvenes literaturas. Embriagados en las luces del *Moulin Rouge* nuestros trashumantes poetas han cortado sus poemas al patrón de la última moda literaria y, olvidados de sí mismos, han saludado la *Tour Eiffel*, lugar común de la nueva poesía, creyendo encontrar en su espinazo de hierro el sostén de toda sensibilidad que se dice nueva. Lo que no pasa de ser una superstición.

¿A qué buscar por el ancho mundo

esa sensibilidad para apresarla en el poema o en la crónica si una interior inquietud no mueve los pasos de quien hace la afiebrada exploración? Tras su busca del mundo llega el hombre al pueril y sabio descubrimiento de que en sí mismo llevaba, o no llevaba, el mundo de sus anhelos y sus inquietudes. Porque el que en sí mismo no lo lleva no lo encontrará nunca.

Bien está, en quien se siente arder por dentro, esta busca del mundo. Ha de entregárnoslo algún día iluminado en belleza.

Alberto Rojas Giménez, bohemio siempre, hizo también su descubrimiento de Europa (1). Hastiado de nuestra vida provinciana quiso pasear por las grandes urbes cosmopolitas el hastío elegante de su chambergó negro y su mirada ausente. Un día se encuentra en una mesita de «La Rotonde» con un hombre de chaleco cerrado y conversación apasionada que hace pajaritas de papel y encuentra un tipo griego al mozo novomundano. Es don Miguel de Unamuno. Otro día escucha a un chileno francés que con egolatría delirante habla de las revoluciones que ha promovido en la vida artística europea y de los atentados con que Gran Bretaña ha querido acallar su rebeldía protestante. Es nuestro conocido Vicente Huidobro transformado ahora en Vincent Huidobro. Otro día se encuentra en Berlín con un mozo flaco de ojos ilusionados por el ensueño que hace alternativamente vida de príncipe o de bohemio, que

(1) *Chilenos en París.* La Novela Nueva, Santiago de Chile, 1930.

suspira por unos marcos para convidar al amigo viajero a un concierto de música negra de los «Chocolate Kidies». Es Rafael Silva de la Cuadra.

Otro día....

Pero, en fin, no hemos de reproducir toda la aventura de Alberto Rojas Giménez en tierras de Europa. Hay que ir directamente al libro y sorprender la vida de sus animadas y cinematográficas figuras. Porque en este ligero libro de crónicas es donde con más nitidez se nota entre nosotros la influencia del cine en la literatura.

Rojas Giménez se pasea por Europa y en su libro breve apenas nos deja anotado el contorno de las cosas. No opina sobre nada. Pero sus figuras se mueven, gesticulan, entran un momento en nuestra intimidad y pasan. Es el triunfo del evocador.

Y así trabajamos amistad con esos seres fantásticos que, con la máscara de la alegría, dan su salto mortal cada noche y cada mañana para enfrentarse con la esfinge de la noche y la mañana por venir.

¿Cómo vive esa gente entre la cual Rojas Giménez paseó su nostalgia de príncipe despreocupado? ¿Cómo vivió él mismo en medio del dolor y la miseria de Europa? Misterio que se disuelve como fugitiva espuma de *champagne* en la alegría frágil de una anécdota amable. Las escenas de la vida bohemia de Mürger palidecen ante estas crónicas que son una encrucijada sin descanso entre la sorpresa y la aventura. Y también, sin decirlo, claro está, traen como un puñal entre flores, su gotita corrosiva de crítica y de veneno. Hay que leer

la crónica que Rojas Giménez titula *Nosotros en París* para hacer el paralelo entre el haragán más o menos oficial y mundano y esa multitud hispano-americana que padece, sueña, fracasa, triunfa o muere a solas consigo misma, a solas con una fe diamantina que amanece cada día más pura y entera para contrastar con la miseria material todo el imperio azul entrevisto en no sé qué ideales orgías de futuro.

Rojas Giménez no ha olvidado en sus crónicas que es un poeta. Un poeta de breves y hondas canciones. Y aunque este es un libro frívolo y fugitivo, ¡cómo en más de una página clava, sin darle importancia ninguna, la garra de una amargura profunda y sin remedio!

El autor revela grandes condiciones que podrían encontrar un escenario más amplio en una obra recia y fundamental. Seguramente no la emprenderá nunca porque jamás Rojas Giménez ha dado importancia a cosa alguna. Escribe como viaja y viaja como vive: siempre al día, con un admirable sentido imprevisor que tienta a todas las casualidades más o menos desconcertantes y repentinas.

Así algún día, y también sin darle importancia, nos sale con una gran novela de movimiento cinematográfico. Todo puede esperarse de este muchacho para quien la vida y la literatura no son sino una aventura y un deporte más. *Chilenos en París* es una buena prueba de cuanto digo.
—Roberto Meza Fuentes.

HIRUNDO, por *Alberto Ried*.

Bien calzarían tras la portada de este nuevo libro (1) que firma Alberto Ried, aquellas palabras de Darío Niccodemi: *es imposible dar luz sin consumirse; y el arte es esto mismo: consumirse mucho para dar un poco más de luz*. Ellas resumen la vida y los anhelos de este artista, hasta este momento en que ha logrado definirse e imponerse en términos absolutos.

La biografía de Ried equivale a una vía crucis. Quienes la estudien habrán de detenerse en cada anotación, y meditar acerca de un tormento, de una inquietud estrangulada, de una esperanza fallida. Y nadie, ni siquiera él mismo, sabrá decir si la amargura de su destino nació de supasión por el arte, o si en ésta se engendraron las tristezas de su suerte. La afición a las ciencias naturales y la minuciosidad germánica de sus ascendientes, se unen en él a la curiosidad, el romanticismo y la tendencia artística que también heredara de abuelos italianos. Ha sido, en consecuencia, un soñador instintivo, un hombre de otro mundo, que se vió encadenado a las miserias de éste.

La angustia con que ha vivido en un ambiente demasiado pequeño para él, explica la multiplicidad de su obra. Las emociones rebosaron de su corazón. No ha hecho, durante años, otra cosa que buscar formas que las contuvieran, verbo que acertara a traducirlas. El romanticismo le dió además sed de totalidad.

(1) *Hirundo*. Editorial Cóndor. Santiago, 1930.

Ried ha sido el más entusiasta co-operador de todo nuevo proyecto; se entusiasma con una idea hasta llegar a sugestionarse. Siempre busca en todo el rasgo original. Deja en sus obras una huella personalísima. Eterno atormentado, busca otra cosa distinta de la que presencia, otro mundo mejor que aquel en que actúa. Su temperamento lo hace anacrónico en esta aldea santiaguina, en el corro de comadres. Y el mezquino afán cotidiano no ha logrado más que acrecentar esa tendencia hacia el arte y ha hecho más vivas sus ansias de huir de sí mismo.

Primeramente publicó *El hombre que anda*, libro en que se descubre una poesía que pudiéramos llamar *wagneriana*: de tonos graves, profundos, de análisis científico de la naturaleza, de aspiración a la inmensidad. Luego su espíritu curioso, ávido de investigaciones, lo indujo a traducir el diario de viaje escrito por su abuelo don Aquinas Ried, cuyas interesantes observaciones han sido agrupadas bajo el título *De Valparaíso a Llanquihue*. Entretanto, Ried lograba merecidos éxitos como pintor; colaboraba en la revista de *Los Diez*; edificaba su casa; esculpía sus sueños en piedra. Viajó. Vivió. Tras de haber sido herido muchas veces por la suerte, dió a luz sus *XXI meditaciones*, cuya perfección las hizo inaccesibles al público chileno. Y, ya en plena tragedia espiritual, escribió *La casa loca* (1), poema maravilloso,

(1) Séanos permitido anotar, de paso, una particularidad de esta obra. En su portada se lee: *Evocación de Millaray, prólogo por Roberto Meza Fuentes, y La casa loca*,

árbol magnífico que permanece incólume en medio de tierras devastadas.

No ha amenguado el dinamismo de Ried. Bien podemos constatarlo en *Hirundo*. En él se nos ofrece un compendio de la personalidad de su autor. Es su obra definitiva, consagratoria. Es su propia obra. Tiene la multiplicidad y ese matiz cinematográfico de su temperamento. Los veintidós cuentos de que se compone el volumen pasean al lector por todas las latitudes, desordenadamente, como lo hacen los recuerdos y las esperanzas. No equivalen en modo alguno a anotaciones de viajes; no siguen un itinerario. Falgairolle ha dicho en el prólogo: *Los chilenos, que viven sobre un inmenso malecón, limitado por la naturaleza, entre los Andes y el más vasto de los océanos, están siempre a punto de partir*. Pocas veces se hace una observación con mayor exactitud y oportunidad. Después de leer *Hirundo*, puede pensarse que Ried no ha partido; que es sólo un hombre que contempla el mar desde el inmenso malecón y que, en los ca-

epílogo ingenuo por Alberto Ried. Es un volumen compuesto de treinta y una páginas numeradas. El prólogo alcanza hasta la veintiuna. El epílogo comprende las restantes. ¿Y el libro? El libro no existe. No hay más que prólogo y epílogo. Cuando nos referimos al poema de Ried, prescindimos de la definición, del nombre de epílogo, que él quiso otorgarle. Su valor intrínseco le permite independizarse de cosas accesorias. He aquí un detalle curioso, que ha de servir para estudiar los rasgos originales de Ried y el tormento espiritual que sufría mientras escribió esos versos admirables.

prichos de la espuma y el retorcimiento de las aguas, ve países que los demás ignoramos. En algunos cuentos la imaginación da vida a cuadros fantásticos. En *Hirundo* están contenidos muchos pensamientos, muchas emociones, que sólo han encontrado forma ahora, al término del viaje—en el recuento de los peces que han quedado prendidos en las redes.

Pero en este libro no todo es imaginación y lastre emocional. Ried describe, con su maestría para el croquis, a grandes rasgos; incrusta brochazos de realidad en cuadros de fantasía. Su cuento *Friné* lo demuestra. Junto a las alucinaciones de Javierito, a su sensualidad provocada por una enana imaginaria, están su borrachera, pintada magistralmente, y los matices de su idiosincrasia de niño bien, de criollo instalado en París. *Dolores Celeste Brighton*, el último del libro, contiene ansias de corazón insatisfecho, sueños de juventud, de esa juventud que no ha abandonado a Ried después de tanto como lleva vivido. *Amor en Jamaica*, de un sensualismo absorbente, sobrecogedor, conduce el ánimo del lector desde la vida misma al principio que la preside. Y así muchos otros, en los cuales se analizan doctrinas estéticas, sentimientos e ideas, sin incurrir en la declamación apostólica.

Rara vez puede un escritor ofrecer una síntesis tan completa de sí mismo. *Hirundo*, desde este punto de vista, significa una sorpresa. Y su autor ha de haber sido el primero de los sorprendidos. Ried ha tenido que comprender que ésta es su hora suprema, que ha pronunciado la pala-

bra que anhelaba desde hace años. En esta obra se ha encontrado a sí mismo. Y con ella se ha colocado en la primera fila. Poesía, pintura, escultura, todo está contenido en este volumen. Aun su propia vida dolorosa.

Después del viaje, ha detenido el paso; ha mirado hacia atrás, abarcando el horizonte, y la imagen se ha convertido en estatua. Ried ha logrado una forma para su emoción. Y ha ganado el primer puesto.—*F. Ortúzar Vial.*

BIOGRAFIA

ANGEL GANIVET, por *Quintiliano Saldaña.*

Angel Ganivet, como Larra, vivió poco tiempo, escribió poco y se quitó la vida en un instante de desesperación. Hoy se le comenta y se reconoce que sus ideas han tenido una extraordinaria repercusión y que en gran parte a ellas se debe la transformación ideológica de España desde fines del siglo pasado hasta hoy. El paralelo entre Larra y Ganivet ocurre con detenimiento en este libro (1), que ha escrito Quintiliano Saldaña, catedrático en la Universidad de Madrid.

Sobre tema tan incitante como la vida y la obra de Ganivet el profesor Saldaña ha compuesto una obra de difícil lectura pero llena de ideas pe-

(1) Librería y Casa Editorial Hernando. Madrid, 1930.

reginas y novedosas. La dificultad de la lectura se debe a que el autor maneja un lenguaje retorcido, inficionado por el conceptismo, que pone a prueba los nervios del lector. No nos arrastre, sin embargo, este antecedente a desdeñar la frecuentación de este libro.

La documentación de Quintiliano Saldaña es copiosísima y no se reduce a pocas fuentes sino que las domina todas. En efecto, fuera del conocimiento profundo de la obra de Ganivet, se refleja en estas páginas el trato de las personas que tuvieron amistad con el pensador granadino y de sus familiares. A pesar de todo esto, el libro que nos ocupa deja una impresión de insuficiencia. Parece como que el autor no hubiese tomado su trabajo con el grado de seriedad debido o que las ideas de Ganivet hubiesen resbalado por su espíritu, sin penetrarlo debidamente.

La forma escogida por el autor para componer su obra es también defectuosa e influye en la impresión del lector. Este libro se compone de dos partes; la primera, titulada *El hombre*; la segunda, *El escritor*. Esta división lleva al autor a numerosas repeticiones y a considerar los mismos datos en la primera desde un punto de vista, y en la segunda desde otro. No hay unidad, no hay perfecta coordinación en la obra, y eso el lector lo siente claramente.

Con eso y todo, este libro quedará como un buen instrumento para iniciar el estudio de la obra complejísima de Ganivet. Tal vez lo más valioso de él sean las páginas 88-101, en que se ofrece una bibliografía ganivetista bastante completa que ha

de servir al curioso para seguir por su cuenta el estudio del misterioso autor de *Granada la bella*.—R. Silva Castro.

LA VIE DE BAKOUNINE, por *Hélène Iswolsky*.

El primero de Julio de 1876 murió en Berna Miguel Bakunin, uno de los directores de la Primera Internacional, adversario de Carlos Marx. Revolucionario, escritor, apóstol de la destrucción, como se le llamó muchas veces, Bakunin fué un hombre de vida admirable, novelesca, agitada, ardiente. Fué amigo de Ricardo Wagner, de Herzen y de muchos artistas y pensadores europeos.

En 1849, a raíz de una revuelta sucedida en Dresden, revuelta donde Wagner también tomó parte, Bakunin fué detenido, y de presidio en presidio llegó hasta San Petersburgo, donde fué encerrado en la fortaleza de San Pedro y San Pablo. Como había sido acusado de tomar parte en un complot polaco, el Zar lo había reclamado. Una vez en poder de las autoridades rusas, de quienes era muy conocida la actuación revolucionaria de Bakunin, Nicolás I sabiendo que el revolucionario había dado ya pruebas de indomable coraje, despreciando varias veces la pena de muerte con que se le había amenazado, renunció a la instrucción e interrogación de los jueces, confiando a su habilidad la tarea de sacar al autor de *El individuo y el Estado* la verdad que necesitaba. Envió

al conde Orlof con un mensaje que decía:

El Emperador desea que le escribáis como un hijo escribiría a su padre espiritual.

Y atendiendo este llamado, que él creyó de buena fe y que en parte lo era, Bakunin escribió sus *Confesiones*, especie de historia de su vida, que empezaba en su infancia y terminaba en el momento de su encarcelamiento. Durante mucho tiempo este documento permaneció guardado en los archivos del Imperio, pero cuando los bolcheviques asumieron el poder, las *Confesiones* de Bakunin vieron la luz pública. Este documento extraordinario, aunque no abarca sino los treinta primeros años de su vida, sirve para explicar toda la carrera y la vida de Bakunin. Está prolijamente anotado por el Zar Nicolás I.

En él se muestra Bakunin como un hombre arrepentido de sus pecados, y así lo proclama. Pero este arrepentimiento era sólo superficial. Permaneció durante ocho años en la fortaleza de San Pedro y San Pablo y en 1857, atendiendo las repetidas súplicas del prisionero, Alejandro II lo deportó a Siberia. De allí escapó y después de un viaje que duró cinco meses, viaje el más largo que haya podido realizar un evadido, arribó a San Francisco (Estados Unidos), de donde se dirigió a Europa en demanda de sus compañeros, con los cuales reanudó su antigua vida de agitación obrera. Después de una serie de aventuras, fué a morir en Berna.

Al día siguiente de su muerte, un policía fué a interrogar al camarada

Vogt, en brazos del cual había fallecido Bakunin, sobre la identidad del difunto. Vogt no sabía qué decir. Por fin, intentó explicar al guardia que Bakunin había sido un revolucionario, un anarquista. Pero el guardia se alzó de hombros:

—Eso de revolucionario no quiere decir nada. ¿Tenía algún oficio? ¿Era rentista?

Vogt se acordó de que los admiradores de Bakunin le habían regalado o intentado regalar—una villa y se lo dijo al guardia, quien apuntó en su carnet:

—Miguel Bakunin, rentista.

Así desapareció el apóstol de la destrucción universal, de quien Hélène Iswolsky ha escrito una biografía minuciosa y exacta.—*Manuel Rojas.*

POESIA

POETISAS DE AMÉRICA. LA POESÍA FEMENINA EN AMÉRICA, por *María Monvel.*

He aquí un libro (1) que puede sugerir innumerables reflexiones y que levanta preguntas de mucho peso. La propia recolectora de la antología, poetisa distinguida, se interroga:

¿Por qué hay en América tantas poetisas? Sería interesante que alguien quisiera puntualizar algunas observaciones sobre la cuestión.

(1) Editorial Nascimento. Santiago, 1930.

Desde luego, ella renuncia a responderse, y en el brevísimo espacio de su estudio preliminar (abarca sólo cuatro páginas) no es posible agotar una cuestión tan considerable. Sin embargo, insinúa una idea que debe servir para llevarnos más adentro en el problema. En efecto, dice que Delmira Agustini y la Condesa de Noailles «han sido, sin duda, los dos grandes modelos» de la poesía de las mujeres americanas. Los caracteres distintivos de estos dos influjos se definen así:

Sensualidad de todos los sentidos, correspondiente a madame de Noailles, y sensualidad exclusivamente erótica correspondiente a la Agustini.

Ya tenemos, pues, un rasgo común: las mujeres americanas cantan sensaciones, y dentro de ellas prefieren las amorosas. Lo prueba, para todo el que no conozca de antemano la poesía femenina de América, esta antología, que es un muestrario de dieciocho de las principales poetisas americanas. Si los términos no corrieran el riesgo de ser interpretados equivocadamente, yo diría que es esta la primera antología de la indecencia que se hace en tierras de América. Es curioso, todas o casi todas las señoras y señoritas que se han dedicado a la poesía en este continente son mujeres muy de su hogar, que generalmente han constituido una familia y desenvuelven una vida discreta junto a su marido y a sus hijos, las que los tienen, y junto a su madre y demás familiares, las solteras. Sin embargo, en sus versos parecen bacantes ebrias, que no hubiesen tenido otra preocupación que

la carne y que viviesen en perpetua adoración de los misterios del sexo, si es que para ellas, de acuerdo con su poesía, el sexo pudiera ofrecer todavía algún misterio. ¿Exageración? Creo que no, y como mi objeto es persuadir al lector de que es verdad lo que digo, voy a ir citando al azar algunos versos de los que nos ofrece esta misma antología.

Mi cuerpo es un cinta de delicia;
glisa y ondula como una caricia....

En llamas me despedazo
por enredarme en tu abrazo....
(Agustini.)

Ah, no resisto más, me tienes toda,
tú, que nunca serás del todo mío.
(Storni.)

Flui
para ti.
Bébeme. El cristal
envidia lo claro de mi manantial.

Te amo y soy joven; huelo a primavera.
Este olor que sientes es de carne firme,
de mejillas claras y de sangre nueva.
¡Te quiero y soy joven, por eso es
que tengo
las mismas fragancias de la primavera!

Espera, no te duermas. Esta noche
somos acaso la raíz suprema
de donde debe germinar mañana
el tronco bello de una raza nueva.

¡Ay, quisiera llevarte conmigo
a dormir una noche en el campo,
y en tus brazos pasar hasta el día
bajo el techo alocado de un árbol!

¡Tómame ahora que aún es temprano
y que tengo rica de nardos la mano!
Hoy y no más tarde. Antes que
anochezca
y se vuelva mustia la corola fresca.
(Ibarbourou.)

Con el corazón presintiendo
una fiesta en tus labios,
voy a ti, sufrida de dicha.

(Lange.)

Desde luego observará el lector que no aparecen aquí las dieciocho poetisas de que, en total, comprende producciones esta antología. Las no mencionadas en esta breve selección no son todas excepciones a la regla. Si cada una de ellas no dice, con la maravillosa impudicia de la uruguayana, «Tómame ahora que aún es temprano», envuelven el mismo concepto en palabras más castas, de modo que el propósito erótico se atenúa en la expresión. Muy pocas son las que mantienen una actitud de relativa castidad en su poesía y cantan sentimientos familiares o ideas abstractas.

Aquí cabe una observación sobremanera curiosa. Los hombres, especialmente si son solteros, tienen una vida íntima generalmente más disoluta que la de la mujer. Polígamo por naturaleza, el hombre busca el amor en toda mujer que halla al paso y no renuncia, por lo común, a ninguna de las expansiones sentimentales que la vida puede ofrecerle. De acuerdo con la moral masculina, que prevalece en la sociedad contemporánea, estos devaneos del hombre no causan impresión alguna. Un hombre no pierde su fama de honorable por el hecho de que colecciona aventuras amorosas como puede coleccionar estampillas o boletos de tranvía. Para la mujer en cambio, una aventura sentimental es de trascendencia infinita. La mujer que cae, generalmente es sometida a toda clase de humillaciones y todo hombre cree, por ese sólo motivo, que le puede correspon-

der una parte del botín. En suma, la distancia que hay entre la mujer de aventuras sentimentales y la prostituta es—o parece ser—menor que la que existe entre el hombre de aventuras y el desvergonzado que corresponde, en la escala masculina, a la perdida en la femenina.

Sin embargo de todo esto, el hombre no se entrega con el frenesí de la mujer a cantar la vida de los sentidos. La poesía masculina de América es, atendidas todas las proporciones, considerablemente más casta que la femenina. El poeta canta el amor, a menudo *en abstracto*; canta la naturaleza, canta los grandes sentimientos e ideas. La mujer canta sólo la carne, salvo excepciones, y cuando no canta la carne con el desenfado y la liviandad que hemos visto más arriba, canta acontecimientos sentimentales de cariz concreto y definido.

Después de todo esto, la interrogación de María Monvel sigue en pie pero cambia de sentido. Lo interesante no es tanto preguntarse por qué hay tantas poetisas en América; más trascendental sería averiguar por qué casi todas esas poetisas hacen de su obra literaria una tribuna de exposición de sus desnudeces y de sus anhelos más recónditos. Por qué, en fin, son menos recatadas que sus colegas varones y temer menos que éstos la censura de sus lectores.—*R. Silva Castro.*

VIAJES

NEW YORK, por *Paul Morand.*

¿Un libro de viajes, o un delicioso guía para ayuda de los intelectuales

de Francia y de todo el mundo, ávidos de penetrar en las modalidades íntimas del gigante con el torso de granito y los brazos de acero?... Más que la descripción bien observada y documentada, el *New York* (1) de Paul Morand podría considerarse como uno de los estudios—tan en boga hoy día—sobre la vida romancesca de los grandes personajes de la humanidad moderna.

Cual si fuera Robespierre, Baudelaire o Descartes, Nueva York, a través del libro de Paul Morand, adquiere el mismo apasionante soplo de vida que el de las grandes figuras de la historia que alimentan el pensamiento y la filosofía de los modernos Plutarcos que se llaman Ludwig, Zweig y Maurois. Nueva York, la vieja isla de Manhattan que inspirara los más bellos cánticos de Whitman, descubre su fisonomía propia. Su formación desde los años de lactancia entre los brazos de la nodriza Holanda, y su niñez en poder de la nurse Inglaterra, son hechos que pasan a través de las páginas de Morand con el carácter de lo aventuresco, sin caer un solo instante dentro del pesado marco a que generalmente recurren los historiadores.

La dinámica vida actual de Nueva York, su fabuloso comercio, su ejemplar fuente de energía, su lírica exaltación de la mecánica, su fervor de cultura y su esfuerzo de trabajo, se revelan al lector como las pasiones de un héroe de novela en los distintos episodios que basan la trama de un libro.

(1) París, 1930.

Los paseos de Morand por Wall Street, la Quinta Avenida, Broadway, Central Park y el Puente de Brooklyn, esbozando a cada momento un ligero y bien encontrado recuerdo histórico, describiendo sus actuales grandezas y enseñándonos de ellas su portentosa lección, están enfocados con una técnica cinematográfica que salta del panorama al escenario de límites fijos, y del valioso detalle, que aumenta en primer plano, a las innumerables notas poéticas, de esa poesía diversa a la que distingue las demás capitales del globo, y que vibra en el ruido de los *elevados* y hechiza en la torre del Woolworth.

Recorriendo las orillas del Hudson se interna en Greenwich Village, el barrio latino o el Montparnasse de Norteamérica, evocando las sombras ilustres de Lafcadio Hearn y de Poe que escribió allí *El Derrumbamiento de la casa Usher*. Nos lleva en seguida hasta los estudios y los cafés donde los publicistas y los panfletarios de la época heroica y los artistas que siguieron a Whistler, tenían sus cenáculos. En ese barrio bohemio de hace algunos años aparecían de noche, y con largas melenas, Teodoro Dreisser y Sherwood Anderson, desconocidos todavía; y, más allá, en un teatrúcho se representaban las primeras obras de Eugenio O'Neill.

André Maurois, celebrando el nuevo libro del poeta de *Rien que la terre*, felicita a Morand por haber comprendido y osado decir que uno de los refugios de las fuerzas espirituales de la humanidad será un día el casco de acero de Manhattan, cuya imagen y perpetuo movimiento adquiere una vida singular en el estilo

compacto, duro y de ritmo violento que caracteriza al escritor diplomático. La cultura y las curiosidades múltiples de Paul Morand, sus conocimientos etnológicos, científicos e históricos, y la modernidad misma de su precisión, hacen decir a Maurois, que hay en este escritor el símbolo del arquitecto de 1930, ya que es capaz de construir una frase solo con cifras, como el hormigón de un edificio.

A raíz de la triunfal aparición de su libro, ha relatado Morand en un interesante artículo la manera cómo escribió *New York*, y dice entre otras cosas que habiendo sido el mayor anhelo de los románticos, «ver Nápoles y después morir», nuestra voz de orden debe ser ahora, «ver Nueva York y vivir».

Confiesa también que hace un año, al embarcarse para los Estados Unidos con el objeto de trazar en un libro el retrato de la gran metrópoli, sentía que con más fuerza que el agrado del viaje lo empujaba en ese momento una corriente de opinión, un movimiento de ardor y de curiosidad anónimos, algo así como una orden imperiosa de sus lectores desconocidos.

En igual forma se le ocurre que deben haber partido hace cien años Musset a Italia y Gautier a España; yendo casi contra ellos mismos, bajo la presión de una necesidad oscura: la de recoger un mensaje que transmitirían en seguida a su patria. ¿Adivinaban entonces aquellos mensajeros del romanticismo internacional que habían recibido la misión de conjugar los destinos de dos pueblos, de fecundar a distancia las civiliza-

ciones, como esas flores que miran una hacia la otra, debiendo permanecer eternamente separadas?

Para Morand el viaje y la evasión, más que palpitantes motivos literarios de nuestra época, representan la más fiel expresión de la juventud que nos sigue, el mayor y máspreciado anhelo de la generación que viene. El, como nosotros, dice que por donde ha ido se multiplica el eco de esta voz: ¡Ver Nueva York! Nueva York, la sucursal del lujo, la lejanía más próxima de Europa, el polo positivo, el excitante, la lámpara incandescente. Nueva York, el primer gran deseo y la más bella ilusión de todos aquellos que todavía creen que lo mejor reside en otra parte y fuera de nosotros mismos.

A su juicio, este furor de los extremos que caracteriza nuestra época y esa necesidad de delirio que demuestra la nueva raza francesa, renovada por los años de la post-guerra, ha escogido a Nueva York por un símbolo, por un *totem*.—Renato Valenzuela.

MIS ANDANZAS POR EUROPA, por *Charlie Chaplin.*

Chaplin, millonario, admirado por grandes y chicos, por hombres inteligentes y por hombres ignorantes, culto él, inteligente, pasea por Europa. Hay multitudes que lo esperan en cada puerto, en cada ciudad, casi en cada calle. Desean conocerlo grandes escritores, tan grandes como él dentro de su esfera de trabajo: Wells, Shaw, Barrie, Burke, con quien pa-

sea durante una noche por el barrio de Limehouse, descrito por aquél en sus *Noches en Limehouse*. Todo el mundo lo desea, lo aplaude, lo festeja. El sonríe con su «sonrisa profesional». Algunas veces huye; otras, acepta. Pasa dos días en la casa de Wells. Rehuye conocer a Shaw, que es, según Wells, «persona muy simpática cuando no está en público». Va a París, a Berlín, donde nadie lo conoce y donde sufre un desencanto porque nadie lo aplaude ni lo sigue por la calle. Allí conoce a Pola Negri, a quien le cae en gracia y a la cual considera realmente hermosa. Vuela de París a Londres. Nuevas correrías por los barrios de su infancia. Noches londinenses, mujeres londinenses, niños londinenses. Inglaterra está triste. No es la misma de su infancia o tal vez él no es el mismo. Algo ha cambiado. Vuelta a Nueva York.

Y escribe un libro de impresiones, un libro ligero, de observaciones ligeras a veces y a veces profundas y acertadas. Lo más interesante de él no son sus andanzas sino lo que ve en sus andanzas por Europa. Vemos a Wells, alegre, decidido, optimista; a Barrie, el autor del admirable *Peter Pan*, triste, cansado; a Burke, silencioso e interesante en su silencio inteligente, conocedor del Londres prostibulario y tabernario, y a mucha gente conocida y estimada.

A través del libro, en las discusiones con sus amigos o con la gente que conoce, Chaplin emite juicios sobre la cinematografía. La palabra de un hombre como él, genial dentro de su ramo, director de películas sin igual, como *Una mujer de París* y

El Pibe, tiene un valor inestimable. Habla del cine sonoro y dice:

La voz rompe la fantasía, la poesía, la belleza del cinematógrafo y de sus personajes. Los personajes del cinematógrafo son seres de ilusión y su naturaleza se deriva precisamente del silencio en que viven. Bien entendido, el cinematógrafo es poesía y belleza creadas en un mundo de silencio, y sólo desde ese mundo de silencio sus personajes pueden hablar a la imaginación y al alma de quienes los contemplan. Hacerlos hablar es echar abajo todo su encanto.... Ponerles voz a las sombras es una imbecilidad y un error, tolerable en todo caso como negocio para quienes lo hacen, pero sin relación con el arte.

El libro está salpicado de fino humorismo y se lee con agrado, casi con delectación.—*Manuel Rojas*.

CIENCIAS MEDICAS

LECCIONES DE PATOLOGÍA MÉDICA,
por el Prof. Dr. *Guillermo Grant Benavente*.

Con el modesto título de *Lecciones de Patología Médica* ha entregado al público el Dr. Grant Benavente un grueso volumen de 900 páginas, en cuyo corto prólogo da a entender que su obra es simplemente una recopilación de sus lecciones en la clase de Patología Médica de nuestra Universidad.

El libro es más que eso: es un buen tratado de Patología, claro, metódi-

co, preciso, sin exposición de teorías propias ni disquisición de las ajenas, y con una cualidad que por sí sola basta para hacerlo recomendable: escrito en Chile por un médico chileno y para sus connacionales, describe las enfermedades en la forma en que se producen en nuestro país, con las características que les dan la raza, el clima, la alimentación, toda la serie de factores que hacen inadaptable el cuadro clásico de los libros de Patología, escritos para otra región, para otras razas, para climas tan diversos del nuestro, que por muchos conceptos es único.

Abonan la obra las condiciones de su autor, su sólida preparación científica, su espíritu de estudio, su nutrida y ya larga experiencia profesional. No nos ciega el espíritu de cuerpo, por tratarse de un profesor de nuestra Facultad, ni nuestra independencia para juzgar la obra ajena ha sido influenciada nunca por la amistad, ya que enemistades ni hemos tenido ni esperamos ni deseamos tener, y por eso decimos que el libro del Dr. Grant tiene mucho mérito porque su autor también lo tiene.

Cada capítulo está tratado con claridad de exposición, sin recargo de datos, en forma de poder ser un excelente guía para el estudiante, un fácil repertorio de consultas para el profesional, y para el extranjero un buen exponente de nuestra Patología propia.

Otra gran cualidad—a nuestro juicio—es que está escrito en estilo llano, corriente, casi familiar: los que hemos tenido que echarnos a cuestras libros escritos en lenguaje obscuro

a lo Nostradamus, más enredado aún por traducciones poco fieles, cuando no se ha querido o podido leer el original, o hemos tenido que soportar el estilo pomposo y gerundiano de otras obras científicas, podemos apreciar lo que vale un libro escrito con sencillez y claridad, en el que encontramos todo y nada más que lo que necesitamos, y en el que el autor aparece para dar datos, citar hechos, señalar signos fundamentales; pero en ninguna parte para elevarse un pedestal elucubrando hipótesis o rebatiendo teorías ajenas.

Hay todavía otro mérito más, que bien podemos apreciar los que acostumbramos consultar libros y cono-

ceamos el suplicio del índice que no indica nunca lo que buscamos allí donde debíamos encontrarlo: el índice del libro del Dr. Grant está hecho con verdadera escrupulosidad y sirve bien para el objeto de los índices.

La Facultad de Medicina de Concepción ha dado ya su juicio favorable para el libro de que nos ocupamos; el Consejo de nuestra Universidad le ha acordado un premio: los médicos y los estudiantes que lo lean le acordarán también el de tenerlo siempre a la mano.—*Alcibiades Santa Cruz*. Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Concepción.

LAS REVISTAS

DE LA GRANDEZA EN EL DESTINO HISTÓRICO

Emil Ludwig, que viene hace ya varios años ocupándose de los grandes hombres de Europa y de América, tiene adquirida ya cierta autoridad para opinar en materias de grandes destinos. En un trabajo reciente—publicado en la *Revue d'Allemagne*—habla sobre la grandeza humana en general, y las conclusiones de su interesante estudio merecen ser reproducidas aquí.

Hoy, como en todos los tiempos—dice Ludwig—, la grandeza no se expresa en ninguna parte más neta-mente que en una personalidad. Hay grandeza en las acciones, en las obras, en los destinos. Pero ella no es jamás tan plenamente visible, tan tangible, tan ejemplar como en una gran vida, en una de esas vidas recorridas por el soplo de una poderosa originalidad, en que todas las pasiones, todas las audacias y todas las debilidades humanas arrojan sus sombras y sus luces.

Allí donde sea imposible dar una definición porque el objeto se cubre

siempre de nuevos colores, es un sentimiento general de admiración, a veces hasta de asombro, el que decidirá si hay caso de hablar de grandeza. Se adivina lo que el hombre fué y lo que no fué. ¿Por qué Isabel, con todos sus vicios, es más grande que María Stuardo, que sólo por su destino nos es más simpática que su feliz rival? ¿Por qué Aquiles es más grande que Ulises, que no sólo dió pruebas de nobleza en las adversidades sino que además fué el más inteligente de todos? ¿Por qué el nimbo de la grandeza brilla más vivamente sobre Buda que sobre Mahoma, sobre Bruto que sobre Hamlet, que sin embargo está más cerca de nosotros? ¿Por qué, obligados a escoger, damos la preferencia a Temístocles y no a Arístides, que fué modelo de justicia? ¿Por qué Federico de Hohenstaufen nos aparece más grande que Federico Barbarroja, que sin embargo ha sido transformado por la leyenda? ¿Por qué nadie piensa en dar el título de grande al Rey Sol, a pesar de todo el brillo que lo rodeó, mientras todo el mundo llama así al emperador Enrique IV? ¿Qué es lo que, desde siglos, atrae mayormente las miradas sobre César que sobre Augusto? ¿Por qué los propios ingleses admiran más a Napoleón que a Wellington, su ven-

cedor? ¿Por qué la figura de Lord Byron sobrepasa a las de sus rivales? ¿Por qué el simple nombre de Goethe o de Beethoven evoca una idea de grandeza en los millones de hombres que han apenas leído, apenas oído sus obras?

Es que en todos estos casos hay una vida que se ha desenvuelto con valentía y según sus leyes propias, una lucha contra el mundo, aceptada con ardor y en vista de elevados fines; en todas partes hubo allí un esfuerzo para dirigir el destino y triunfar de él. Una voluntad de gran envergadura—llámesela heroica si se quiere—se une en todas las grandes vidas con una imaginación de la misma potencia, que es capaz de representarse como alcanzados los fines que se perseguían y, como consecuencia, hacer real lo extraordinario. La imaginación y la voluntad han sido siempre necesarias para dar alas al genio. Hasta el filósofo desprendido de la tierra, hasta el poeta más platónico no llegarán sino merced a esta voluntad de orden práctico a dar una expresión visible a sus pensamientos y a sus sueños. Lo mismo el realista más objetivo, sea hombre de Estado o sabio, no podría sino por la imaginación ver de antemano los fines que haya creído establecer por cálculo. Se ha resumido el universo en las palabras Voluntad y Representación: la voluntad y la representación son, bajo otras formas, los dos pilares sobre los cuales reposa la grandeza.

El hombre grande sabe, en el momento decisivo, marchar con el pecho descubierto al encuentro de su destino. El es el único con talla co-

mo para abordarlo. La audacia, la energía, aún si se evaporan en valores espirituales, la voluntad que empuja al genio hacia sus fines, tienen algo de irresistible y no están entrabadas por el interés personal ni por los deseos particulares de felicidad y de goce. En todas las horas decisivas de sus existencias todos los grandes hombres han obedecido siempre a sus voces interiores, nunca a su interés. Por los senderos de una selva aún inexplorada, ellos han hecho su propio camino, sin tener brújula, guiados solamente por ese llamado de su alma que no los había engañado nunca y al cual, en todos los momentos de crisis, han obedecido sin reflexionar. Todos los proyectos, todos los razonamientos, todo saber se han borrado desde que esa voz hubo sonado y puede decirse que la divinidad los ha habitado algunos instantes y hablado por sus bocas. ¿Qué importa que ello fuera un tratado, un drama, un sistema, una batalla? Su autor ha seguido su ley interior y ha obrado.

Ahora bien, esta ley interna—concluye el aplaudido autor de *Napoleón* y *El hijo del hombre*—la ha recibido siempre de su carácter y por eso el genio está determinado de una manera duradera por el carácter y no puede ser separado de él. Es también ésta la razón por la cual la grandeza de un hombre no se muestra nunca tan bien en una obra o en una acción particular como en el espectáculo que nos ofrece una gran existencia. Aquí es donde sentimos la proximidad de los dioses; aquí donde vemos hasta dónde puede llegar a elevarse el ser humano.

DISPARATORIO

Entre estos predicadores de la «gran penitencia»—como dice Levinson—que, sedientos de sencillez, de humildad y de rudeza, condenan las orgías líricas y las elegancias oratorias, «retorciéndole el cuello al cisne», como aconsejaba Verlaine, despunta, con perfiles de heraldo, Mario Puccini....—Francisco Donoso: *Desde lejos*. Pág. 95. Santiago, 1930.

Una embestida encarnizada contra todo aquello que no se mueva mecánicamente ha terminado con las selvas vírgenes y con las fieras, que se defienden débilmente ya, quemando el último cartucho, desde el puñado de tierra que escasamente les pertenece.—J. Luis Arraño: *Conceptos de la lengua castellana*. REC. Abril y Mayo, 1930. Santiago.

....al contestarme airadamente y siempre en primera persona se ha constituido él en el fundamento y resumen de la crítica chilena, parodiando a Luis XVI, el señor Yáñez ha dicho: «La crítica soy yo».....

....las violetas cuajadas de rocío y el desvanecido perfume de una carta femenina, para meterse de lleno, mandoble en alto, con el que esto firma:—Alejandro Flores: *De Alejandro Flores a N. Yáñez Silva*. Las

Ultimas Noticias. 1.º de Julio de 1930. Pág. 17.

Romain Rolland nació en Clamency el año 1868. Ha desempeñado un importante papel como dramaturgo y como novelista. Su obra más importante es *Juan Cristóbal*, novela en cuatro tomos, de inspiración dramática y sentimental en que hay interesantes observaciones psicológicas.—*El Averiguador Universal*. *El Mercurio*. 29 de Junio de 1930.

La proeza de Colón desencadenó en el mundo recién descubierto ríos de sangre; pero en su patria, la consecuencia inmediata fué que cientos de millares de hombres, pacíficos e inocentes, fueron despojados de sus medios de vida y expulsados de su país, y otros cientos de millares (se supone que un cuarto de millón) horriblemente degollados. (P. 115.)

La Española contaba en los días del descubrimiento, según cálculos aproximados, una población de tres millones y medio de habitantes. Diez años después sólo quedaban treinta y cuatro mil; es decir, apenas la décima parte. (P. 139-40.)—Jacob Wassermann: *Cristóbal Colón, el Quijote del Océano*. Traducción de Eugenio Asensio. Ediciones Ulises. Madrid, 1930.

Amanda Labarca nació en Santiago, alguien le atribuyó por cuna la ciudad de Elqui.—Julia García Games: *Cómo los he visto yo*. Nascimento. Santiago, 1930. Pág. 231.

Los poetas chilenos, con todo, apenas escribían para el teatro más que arreglos y traducciones.

.....
Y D. Juan García del Río, Pizarro, tragedia en cinco actos, de She-

ridam (*sic*).—Juan Valera: *Cartas Americanas*. I. *Obras completas*. Tomo XLI. Pág. 333. Madrid, 1915.

He leído con todo interés su artículo de esta mañana y verdaderamente estoy congradulado de que en forma tan exquisita haya hecho usted saber al público...—Fabio Castro Garín. *Carta al señor N. Yáñez Silva*. *La Nación*. Santiago, 1.º de Julio de 1930.

ENCUESTA ACERCA DE LA INDEPENDENCIA ECONOMICA DE LA AMERICA ESPAÑOLA

La dirección de *Atenea* invita a los pensadores y escritores y en general a los hombres de ciencia, de estudio y de negocios a manifestar en sus páginas las ideas que tengan sobre las medidas y reformas que convendría implantar para restaurar y afianzar la independencia económica de las naciones iberoamericanas, con los corolarios de orden interno e internacional que este hecho determina.

La encuesta estará abierta por el presente año.

Atenea cree plantear de esta suerte un problema de vital importancia para nuestra América. Desentenderse de él sería querer permanecer voluntariamente ciego y sordo a los claros signos del tiempo.

Somos buscadores de los caminos por donde nuestros pueblos han de alcanzar la mayor y más fecunda libertad, la libertad que necesitan dentro de la interrelación en que viven los estados modernos. Pueblos que no sintieran este afán serían pueblos agonizantes aunque no parecieran tales por el hecho de que la agonía de las colectividades sociales suele ser muy larga.

Creemos que este es un problema que se puede abordar en términos serenos, tranquilos y científicos y estamos seguros de que los hombres de cultura espiritual de todo el mundo tomarán posición al lado nuestro.

Deseamos que las medidas y las reformas que se propongan sean concretas y detalladas y no se reduzcan a la mera indicación de orientaciones generales sobre lo que todos estamos más o menos de acuerdo.

Rogamos dirigir las respuestas a la Secretaría de *Atenea*, Concepción, Chile.

Rogamos también a las revistas y periódicos que nos quieran favorecer, reproducir esta invitación todas las veces que lo estimen conveniente.

INDICE DEL TOMO XIII, 1.er SEMESTRE DE 1930

A

AGRAMONTE Y CORTIJO (Francisco)
Ver: Keller R. (Carlos).

ALFA
Crónica de espectáculos. 61-69
(1); 62-213; 63-347; 64-458; 65-596.

ARAQUISTAIN (Luis)
Ver: Ortúzar Vial (F.)

ARNOUX (Alexandre)
Ver: Petit (Magdalena).

ATRIA (Sergio)
Ver: M. R.

BALLIVIÁN CALDERÓN (René)
Notas sobre la filosofía de la intuición y la vida. 64-412.

BETANCOURT (Rómulo)
Rafael Estrella Ureña, líder de la revolución dominicana. 64-438.

BÓRQUEZ SOLAR (Antonio):
Ver: E. M.

BRAUQUIER (Louis)
Ver: Lord Jim.

BRAVO (Alfredo Gmo.)
Ver: Ortúzar Vial (F.)

B

BAKUNIN (Miguel)
Ver: Rojas (Manuel).

BAEZA (María)
Tres poemas. 65-498.

(1) El primer número corresponde al de cada entrega de la Revista: el tomo XIII las abarca desde el 61 hasta el 65; el segundo número a las páginas.

C

CALVERTON (V. F.)
Ver: M. R.

CASTRO (Cristóbal de)
Ver: Ortúzar Vial (F.)

CENDRARS (Blaise)
Ver: Latcham (Ricardo A.)

CLEMENCEAU (Georges)
Ver: Silva Castro (Raúl).

CH

- CHAPLIN (Charlie)
Ver: Rojas (Manuel).
- CHASSAIGNE (Luis)
Pirandello y el pirandellismo.
61-63.
- CHESTERTON (G. K.)
Ver: M. R.

D

- DAIREAUX (Max)
Ver: Silva Castro (Raúl).
- DELMAR (Serafín)
El Perú y las nuevas corrientes
artísticas. 61-45.
- ID.
¿Hacia dónde va la poesía?
63-334.
- DOMINGO (Marcelino)
Ver: M. R.
- DOMÍNGUEZ BERRUETA (Juan)
Ver: Ortúzar Vial (F.)
- DONOSO (Ricardo)
Un historiador anónimo. 65-577.
- DOSTOIEVSKI (Fedor)
Ver: Silva Castro (Raúl).
- DU BOS (Charles)
Ver: Silva Castro (Raúl).
- DURAND (Luis)
La caída del roble (cuento).
64-383.

E

- E. M.
Crestomatía juvenil, por Antonio
Bórquez Solar. 64-471.

EDWARDS BELLO (Joaquín)
Ver: Seoane (Manuel A.): Pen-
tágono alrededor de «El roto».

ESPINA (Antonio)
Ver: Latcham (Ricardo A.)

ESPINA (Concha)
Ver: Valdés A. (Abel).

ESPINOSA (Januario)
Inutilidad de la actual Academia
Española. 65-529.

ESTRELLA UREÑA (Rafael)
Ver: Betancourt (Rómulo).

F

- FEDERICO EL GRANDE.
Ver: Keller R. (Carlos).
- FERNÁNDEZ FLÓREZ (W.)
Ver: M. R.
- FRANK (Waldo)
Ver: Rojas (Manuel) y Sánchez
(Luis Alberto).

G

- GANDHI (Mahatma)
Ver: Melfi (Domingo).
- GANIVET (Angel)
Ver: Silva Castro (Raúl).
- GATICA MARTÍNEZ (Tomás)
Ver: Silva Castro (Raúl).
- GARCÍA CALDERÓN (Francisco)
España docente. 62-187.
- ID.
Ortega y Gasset en la Argentina.
65-586.
- GLAESER (Ernesto)
La posición del escritor en la ac-
tualidad. 64-373.

ID.
Ver: Rojas (Manuel).

GÓMEZ FERNÁNDEZ (M.)
Ver: Valdés A. (Abel)

GONZÁLEZ VERA.
Otras estampas. 65-521.

GRANT BENAVENTE (Gmo.)
Ver: Santa Cruz (Alcibíades)

H

HABARU (A.)
A los cien años del romanticismo.
63-319.

I

ISTRATI (Panait)
La burguesía y la revolución.
63-302.

ISWOLSKY (Hélène)
Ver: Rojas (Manuel).

J

JIMÉNEZ (Max.)
Ver: Troncoso (Arturo).

K

KELLER R. (Carlos)
Primavera en el valle central.
62-149.

ID.
Los últimos años de Federico el Grande, por Francisco Agramonte y Cortijo. 62-227.

ID.
Estado actual de la Prehistoria ecuatoriana, por Max Uhle. 62-234.

KESSEL (J.)
Ver: M. R.

L

LATCHAM (Ricardo A.)
Luis Candelas. El bandido de Madrid, por Antonio Espina. 61-88.

ID.
Literatura chilena, con una Antología contemporánea, por Samuel A. Lillo. 62-230.

ID.
Le plan de l'aiguille, Les confessions de Dan Jack, por Blaise Cendrars. 62-220.

ID.
Interpretación de Maquiavelo. I.
65-503.

LILLO (Samuel A.)
Ver: Latcham (Ricardo A.)

LORD JIM.
Louis Brauquier, el poeta de los puertos. 63-322.

LOZINSKI (G.)
El archivo parisiense de I. S. Turguenev. 65-572.

LUDWIG (Emil)
Ver: M. R. y *Las Revistas* núm. 65.

M

M. R.
Julio, 1914, por Emil Ludwig. 63-353.

ID.
¿Adónde va España? por Marcelino Domingo. 63-354.

ID.
El sexo en la civilización, por varios autores, reunido por V. F. Calverton y S. D. Schmalhausen. 63-365.

ID.
El club de los negocios raros, por G. K. Chesterton. 64-464.

- ID.
Los que no fuimos a la guerra, por W. Fernández Flórez. 64-467.
- ID.
Tierra Judía, por J. Kessel, traducción de Sergio Atria. 64-475.
- ID.
Los aldeanos de Podlipnaia, por Fedor Rechetnikof. 65-603.
- MAQUIAVELO.
Ver: Latcham (Ricardo A.)
- MARIÁTEGUI (José Carlos)
Ver: Silva Castro (Raúl).
- MELFI (Domingo)
El héroe de la clase media en la novela chilena. 61-65.
- ID.
Panorama universal. La revisión después de la guerra. 62-181.
- ID.
Panorama universal. Mahatma Gandhi y la India. 63-314.
- ID.
Panorama universal. Imperialismo y colonización. 64-424.
- MEZA FUENTES (Roberto)
Chilenos en París, por Alberto Rojas Giménez. 65-605.
- MISTRAL (Gabriela)
Cinema documental para América. 61-52.
- MONVEL (María)
Ver: Silva Castro (Raúl).
- MORALES (Arpelices)
Memoria que presenta el decano de la Facultad de Tecnología. 64-461.
- MORAND (Paul)
Ver: Valenzuela (Renato).
- MOSTEIRO (Emilio)
Ver: Valdés A. (Abel).
- O
- O'FLAHERTY (Liam)
Ver: Rojas (Manuel).
- OGNEV (N.)
Ver: Ortúzar Vial (F.)
- ORTEGA Y GASSET (José)
Ver: García Calderón (Francisco).
- ORTÚZAR VIAL (F.)
¿Estados Unidos de Europa? 61-5.
- ID.
Guerra. Diario de un soldado alemán, por Ludwig Renn. 61-81.
- ID.
El rey felón o los seis años inicuos, por Cristóbal de Castro. 61-84.
- ID.
El cardenal Cisneros, por Juan Domínguez Berrueta. 61-91.
- ID.
Genealogía del delito y de la pena, por Alfredo Gmo. Bravo. 61-95.
- ID.
Glosa del individualismo español. 62-209.
- ID.
El ocaso de un régimen, por Luis Araquistain. 62-236.
- ID.
Precursores, profetas y salvadores. 64-434.
- ID.
Costia Riabsev en la Universidad, por N. Ognev. 64-465.
- ID.
El movimiento revolucionario de Valencia (Relato de un procesado), por Rafael Sánchez Guerra. 64-474.

ID.
Los jesuitas y el «niño bien». 65-554.

ID.
Hirundo, por Alberto Ried. 65-607.

OVALLE (Alonso de)
Ver: Solar Correa (E.)

P

PASSOS (John dos)
Ver: Silva Castro (Raúl).

PETIT (Magdalena)
El estilo y la composición en la obra de Marcel Proust. 62-193.

ID.
Marcel Proust y Alexandre Ar-noux. 64-440.

PICÓN-SALAS (M.)
Elisabeth and Essex, por Lyt-ton Strachey. 61-86.

PIRANDELLO (Luis)
Ver: Chassaingne (Luis).

POE (Edgar Allan)
Ver: Torres Rioseco (Arturo).

PORTAL (Magda).
Nacionalismos. 64-430.

PRÉNDEZ SALDÍAS (Carlos).
Ver: Valdés A. (Abel)

PROUST (Marcel)
Ver: Petit (Magdalena).

R

RECHETNIKOF (Fedor)
Ver: M. R.

RENN (Ludwig)
Ver: Ortúzar Vial (F.)

REPARAZ (Gonzalo de)
Cartas de España. 61-19.

RIED (Alberto)
Ver: Ortúzar Vial (F.)

ROJAS (Manuel)
Orientaciones del arquitecto. 62-206.

ID.
El delator, por Liam O'Flaherty. 62-219.

ID.
Los que teníamos doce años, por Ernesto Glasser. 62-224.

ID.
El rancho en la montaña (cuento). 63-261.

ID.
Primer mensaje a la América Hispana, por Waldo Frank. 63-355.

ID.
Divagaciones alrededor de la poesía. I. La poesía. 64-446.

ID.
Divagaciones alrededor de la poesía. II. Poesía y poema. Formas de la inspiración. 65-588.

ID.
Mis andanzas por Europa, por Charlie Chaplin. 65-615.

ID.
La vie de Bakounine, por Hélène Iswolsky. 65-610.

ROJAS GIMÉNEZ (Alberto)
Ver: Meza Fuentes (Roberto).

ROLLAND (Romain)
El despertar nacional de la India y sus impulsores. 62-99.

ROMANONES (Conde de)
Ver: Silva Castro (Raúl).

ROSSEL (Milton)
En torno al criollismo. 65-584.

S

SALAVERRÍA (J. M.)

Ver: Las Revistas. Noticias biográficas de Salaverría.

SALDAÑA (Quintiliano)

Ver: Silva Castro (Raúl).

SÁNCHEZ (José Manuel)

Sentido plástico de nuestra cultura. 62-198.

SÁNCHEZ (Luis Alberto)

Indagación de Waldo Frank. 65-481.

SÁNCHEZ GUERRA (Rafael)

Ver: Ortúzar Vial (F.)

SANTA CRUZ (Alcibíades)

Lecciones de Patología Médica, por el Prof. Dr. Guillermo Grant Benavente. 65-616.

SANTIVÁN (Fernando)

El tacho de don Banderas (cuento). 62-119.

SCHMALHAUSEN (S. D.)

Ver: M. R.

SEOANE (Manuel A.)

Pentágono alrededor de «El roto». 61-57.

Id.

Naturaleza económica del imperialismo norteamericano. I. 62-138.
Idem. Id. II. 63-285.

SILVA CASTRO (Raúl)

Byron et le besoin de la fatalité, por Charles Du Bos. 62-225.

Id.

José Carlos Mariátegui. 63-243.

Id.

El panorama de Max Daireaux. 63-340.

Id.

Grandezas y miserias de una victoria, por Georges Clemenceau. 63-351.

Id.

Para la futura novela chilena. 64-399.

Id.

Sagasta o el Político, por el Conde de Romanones. 64-467.

Id.

Rocinante vuelve al camino, por John dos Passos. 64-470.

Id.

Ensayos sobre literatura hispanoamericana. La poesía lírica de Chile, Argentina y Perú, por Tomás Gatica Martínez. 64-471.

Id.

La tímida, El árbol de navidad, etc., por Fedor Dostoievski. 65-604.

Id.

Angel Ganivet, por Quintiliano Saldaña. 65-609.

Id.

Poetisas de América, por María Monvel. 65-611.

SILVA FUENTES (Luis)

La organización universitaria argentina. 61-73.

Idem. Id. 62-158.

SOLAR CORREA (E.)

Un gran poeta en prosa. Alonso de Ovalle (1601-1651). I. 65-539.

SOREL (Julián)

El gregarismo en el arte. 64-454.

STRACHEY (Lytton)

Ver: Picón-Salas (M.)

T

TORRES BODET (Jaime).

Poemas. 61-14.

TORRES RIOSECO (Arturo)
Edgard Allan Poe. II. El poeta.
61-30.

TRONCOSO (Arturo)
Adóptico cielo, por Julio Verdié.
63-362.

ID.
Gleba, por Max Jiménez. 63-363.

TURGUENEV (I. S.)
Ver: Lozinski (G.)

U

UGARTE (Manuel)
La manía de imitar. 61-55.

ID.
La doctrina de Monroe. 62-196.

ID.
El destino de dos razas en América.
63-250.

UHLE (Max)
Ver: Keller R. (Carlos)

V

VALDÉS A. (Abel)
Tierra firme, por Concha Espina.
61-83.

ID.
Las mejores poesías (líricas) de los mejores poetas. Carlos Préndez Saldías. 61-92.

ID.
Fiesta, por M. Gómez Fernández. 63-359.

ID.
Poemas sincopados, por Emilio Mosteiro. 63-361.

Valenzuela (Renato)
New York, por Paul Morand.
65-613.

VASCONCELOS (José)
Himnos breves. 61-41.

ID.
Individualismo pero no incapacidad. 62-159.

ID.
A través de México pintoresco. Fantasía de Mazatlán. 63-328.

ID.
Noche californiana. 64-442.

ID.
En la isla del Farallón. 65-580.

VERDIÉ (Julio)
Ver: Troncoso (Arturo)

VERGARA (Marta)
París y el centenario del romanticismo. 62-202.

ID.
La emoción y la vida moderna. 63-331.

ID.
Por las grises ciudades del norte de Bélgica. 65-593.

Biblioteca Central de la Universidad de Concepción. 62-216.

Disparatorio. 61-97; 62-239; 63-370; 64-478; 65-620.

Encuesta acerca de la independencia económica de la América española. 62-240; 63-371; 64-479; 65-622.

Las revistas. Noticias biográficas de Salaverría. 63-367.

Las revistas. De la grandeza en el destino histórico. 65-618.

Lecciones de Patología médica. 65-600.

Revistas recibidas en canje por *Atenea*. 61-79.

1930

REVISTA DE AVANCE

EDITORES:

Francisco Ichaso, Félix Izaso, Jorge Mañach, Juan Marinello.

LA HABANA — CUBA

Apartado, 2228. Compostela, 78.

REVISTA DE LAS ESPAÑAS

Publicada por la Unión Ibero Americana de Madrid

Suscripción, en España y América:

Año.....pesetas 15.00

MADRID — ESPAÑA

Calle de los Madrazo, 9.

NOSOTROS

Revista mensual de letras, artes, historia, filosofía y ciencias sociales

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi
Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

BUENOS AIRES (R. A.)

Lavalle, 1430

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de cultura hispánica

DIRECTOR:

J. García Monge

Apartado, 533

SAN JOSE — COSTA RICA

Centro América

AMAUTA

Revista mensual de Doctrina, Literatura, Arte y Polémica

DIRECTOR:

José Carlos Mariátegui

GERENTE:

Ricardo Martínez de la Torre

LIMA — PERU

Casilla 2107. Washington,
Izq. 544 - 970

INDICE

Organo del grupo "INDICE"

Mensuario de cultura actual, información, crítica y bibliografía

Dirección postal:

Clasificador 24-A Santiago

ATENEA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS
Y BELLAS ARTES

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE
CONCEPCION

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina ◊ Luis D. Cruz
Ocampo ◊ Eduardo Barrios
Raúl Silva Castro ◊ Félix
Armando Núñez (se-
cretario).

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que edita anualmente se trata de dar una visión completa, y siempre actual, de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de los demás países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año	\$ 16.00
Un semestre (cinco números)	9.00
A provincias, recargo de.....	4.00
Suscripción al extranjero (sólo año)	3 dólares o su equivalente, según el país.

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción y administración de la Revista los interesados pueden dirigirse, en Concepción, a don Félix Armando Núñez, y en Santiago, a don Raúl Silva Castro. Biblioteca Nacional.

